HISTORIA
DEL EMPERADOR
CARLO MAGNO,
DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA,
Y DE LA BATALLA QUE TUVO OLIVEROS con el esforzado Fierabràs, Rey de Alexandrìa.

COMPUESTO POR NICOLAS DE PIAMONTE.



CON LICENCIA.

Hallaràse en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, calle de la Paz.
Año de 1741.



Eemos en muchas de las Historias Troyanas, que despues de la destruicion de Troya huvo un Rey muy noble, y virtuoso, llamado Francus, el qual fue compañero de Eneas en muchas batallas, y grandes hechos de cavalleria: y partiendose el poderoso Rey Francus de Troya, huvo de aportar à la Region de Francia, que entonces se llamaba de otra manera, y por sus crecidas virtudes fue de la Comunidad muy bien recibido, y alzado por Señor, y quando se viò pacifico, y Señor de toda la Tierra, mandò edificar una Ciudad, y fue por honra de su nombre llamada Francia. Despues este fue alzado à la Magestad Real, y despues de Francus fue el primer Rey Priamo, y reynò cinco años: el segundo fue Merone, y reynò treinta y tres años: el tercero fue Fermundo, y reynò once años: el quarto fue Clovis, y reynò diez y ocho años: el quinto fue Moroveo, y reynò diez años: el sexto fue Hildericus, y reynò diez y siete años: el septimo el Rey Clovis II. y el primer Rey Christiano de Francia, el qual fue despues de la Encarnacion de nuestro Redemptor trecientos y ochenta años, de cuya vida harè alguna mencion.

CAPITULO PRIMERO.

Como el Rey Clovis, siendo Pagano, huho por muger à la noble Dama Clotildes, Christiana, hija del Rey de Borgoña.

EN el qual tiempo, siendo yà los Borgoñones Christianos, teniendo por Rey al noble Guido, el qual tenia quatro hijos, al primero llamaron Agabundo, y succediò en el Reyno, y despues hizo matar a un hermano suyo, llamado Hispercias, è hizo echar en un rio à su muger, y de dos hijas que tuvo, la una hizo desterrar de toda su tierra; la otra, llamada Clotildes, por sus virtudes tuvo consigo en grande honra. En este tiempo el Rey de Francia, llamado Clovis, gran Pagano, huvo de embiar sus Embaxadores para ciertos negocios al Rey Agabundo; y siendo detenidos algunos dias por la respuesta, tuvieron lugar de mirar la grande hermosura de Clotildes, sobrina del Rey Agabundo. Y bueltos à su Rey, y despues de dada la respuesta de la embaxada, le contaron muchas cosas que avian visto en los Palacios del Rey Agabundo, no acostumbradas entre ellos, afeando el modo de vivir de los Christianos. Dixeron assimismo de la grande hermosura de Clotildes, afirmando todos, no aver visto otra tan acabada de virtudes, las quales alabanzas engendraron crecido amor en el corazon del Rey Clovis, recibiendo pena por la no vista Doncella; y despedidos los Embaxadores, se puso à pensar de què manera podria haber tan perfecta Doncella por muger, teniendo por imposible, por ser ella Christiana, y èl Pagano; y estando assi algunos dias, fuele forzado descubrir su secreto dolor à un astuto, y sagàz Cavallero, llamado Aureliano, assi para aliviar su pena, como para vèr de èl consejo, y remedio de su passion. Oyendo Aureliano las dolorosas palabras del Rey, fue mucho maravillado; quisierale reprehender, mas viòle en tan gran manera afligido, que se rezelò ser causa de mayor pena; y no menos dexò de le reprehender, porque en tal caso pocas veces aprovecha la reprehension: y queriendole consolar, le dixo, que holgasse, que èl le prometia de le hacer vèr la hermosa Doncella de una manera, ù de otra, que à esto se obligaba de perder la vida, si no hiciesse lo que decia. El Rey dixo, que lo pusiesse luego por obra, y que todo lo que huviesse menester para ello, que lo pidiesse, que luego se lo daria: y Aureliano le fue à besar la mano, y despidiòse de èl, diciendo, que muy presto le sacaria de pena; y buelto à su posada, se puso à pensar como traeria à efecto este concierto; y despues de aver bien pensado en todas las cosas que mas provechosas le parecian para el tal hecho, vinole à la memoria como dentro de quince dias tenian los Christianos la Pascua de Navidad, y que la Doncella Clotildes tenia por devocion ir aquella noche à Maytines, y llevar gran copia de moneda, y à todos los pobres les daba cierta moneda por honra de la Fiesta; y pensando esto, se fue al Rey muy alegre, y dixole lo que avia pensado, diciendo, que tendria modo como hablasse à Clotildes, poniendose à la puerta de la Iglesia, y tomar la limosna con los pobres. Quando el Rey lo oyò, tuvo por bien su aviso, y le dixo, que solo mandasse hacer un anillo de oro muy rico, en que estuviesse esculpido su rostro: y assi se hizo. Venido el tiempo, se partiò Aureliano para la Ciudad, adonde estaba à la sazon el Rey de Borgoña, y Clotildes su sobrina; y la noche de Navidad se puso à la puerta de la Iglesia con los que esperaban limosna. Venida Clotildes, acompañada de muchas Damas, comenzò à dar limosna à los pobres, y quando Aureliano la viò cerca de los pobres, metiòse entre ellos hasta llegar à ella, y como ella tendiò el brazo para darle una moneda, la tomò Aureliano la mano, y se la besò, y ella le mirò maravillada, y conociò, que aunque sus vestidos eran pobres, que debia ser hombre de autoridad, y quisierale hablar, sino porque era mucha la gente. Acabados los Maytines, queriendo salir de la Iglesia Clotildes con sus Damas, viò solamente à Aureliano à la puerta, el qual, despues de averla mirado, le hizo reverencia, y gran acatamiento, como hombre de Palacio, y conociò Clotildes ser aquel el que la besàra la mano, y llegando à Palacio, se puso à pensar en èl, maravillandose de su atrevimiento; y deseosa de saber quien era, le embiò à llamar, pensando seria algun hidalgo pobre. Aureliano, considerando que assi seria, no se moviò de la puerta de la Iglesia hasta que le llamò el Mensagero, y fingiendo tur-

turbacion, se fue con èl à Palacio, y llegando delànte de Clotildes, la hizo tres reverencias, y sin empacho alguno se puso de rodillas para la besar là mano, y ella no se la consintiò; mas mostrando algun enojo, le dixo: Por què finges ser pobre? Aureliano, teniendo la una rodilla en el suelo, dixo: Señora, sabràs por verdad, que soy Mensagero del Rey Clovis de Francia, el qual te ruega quieras ser su muger, y seràs Reyna de Francia, y te embia este anillo en señal de fé, y prometimiento de matrimonio. Ella le tomò, y le dixo, que no pertenecia à Pagano tener Christiana por muger, y que allende de esto estaba el hecho en mano del Rey su tio, y no en la suya; y assi se despidiò, y conociò Aureliano, que no le pesaria de tal casamiento; y bolviòse à Francia con mucha alegria. El Rey Clovis, visto que Clotildes serìa contenta de ello, embiò Embaxadores al Rey Agabundo, demandandole à su sobrina por muger, el qual respondiò, que no consentia tal cosa: mas visto por su Consejo el bien que procedia de las amistades, y paz con el Rey Clovis, aconsejaron, y rogaron al Rey Agabundo hiciesse el casamiento, y èl rehusaba. En esto vino el Tesorero del Rey con el anillo, que el Rey Clovis avia embiado à Clotildes, que le hallàra en el tesoro, que Clotildes le pusiera alli, y dixeronle ser aquel el rostro del Rey Clovis. Entonces consintiò Agabundo en el casamiento, y Clotildes fue llevada con gran triunfo à Francia, y se desposò con el Rey, con condicion, que no fuesse apremiada à dexar la Fè de Christo.

CAPITULO II.

Como el Rey Clovis fue rogado de la Reyna Clotildes, dexando sus falsos Idolos, creyesse en la Fè de Jesu Christo.

VEnida la noche de las bodas, acostandose el Rey, y la Reyna Clotildes, ella inflamada en el amor de Dios, le dixo al Rey: Amado señor, yo te suplico, que me otorgues una merced antes que llegues à mi. El Rey la respondiò: Demanda todo lo què quisieres, que todo te serà otorgado. Lo primero que te demando (dixo ella) es, que creas en Dios todo Poderoso, que hizo el Cielo, y là Tierra, y en Jesu Christo su Hijo, que te comprò con su Sangre preciosa, y Passion, y en el Espiritu santo, Consolador, Iluminador de todas las buenas operaciones, y procedente del Padre, y del Hijo Santissimo, Trinidad en una essencia. Cree en la Santa Iglesia, y dexa los Idolos hechos por manos de hombres, y piensa de restaurar las Reliquias que estàn en tu poder. Y te ruego quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre à Agabundo mi tio, que lo hizo morir sin razon alguna. El Rey la respondiò: Tu me demandas cosa muy dificil para otorgar, que dexe mis Dioses, que tantas mercedes me han hecho, por adorar à tu solo Dios, pide otra cosa, que de buen grado te lo otorgarè. Respondiò Clotildes: Quanto à mi es possible te suplico, que adores à Dios, Hacedor de todas las cosas. El Rey no respondiò, ni ella le dixo mas, temiendo no enojarlo; y venida la mañana, el Rey embiò sus Embaxadores à Agabundo, pidiendole las tierras, que à Clotildes pertenecian: por consejo de los suyos diò grandes tesoros à los Embaxadores, por evitar discordias. A pocos dias la Reyna pariò un hijo, y le hizo bautizar, y viviò tres dias; y dixole el Rey à la Reyna: Si le ofrecieras à mis Dioses, no muriera; y la Reyna le respondiò: De esto no recibo mucha pena, antes doy gracias à Dios, que quiso recibir en su Santo Reyno el primer fruto de mi vientre. El año siguiente pariò la Reyna otro hijo, y fue bautizado, y estuvo muy enfermo, que todos pensaron, que muriera; y dixo el Rey à la Reyna: Bien te dixe yo, que no le bautizàras, y no muriera, mas yà no tiene remedio, que mis Dioses estàn ayrados contra mi por ello. Y la Reyna, por temor de su marido, rogò à Dios por la salud de su hijo, y luego fue sano.

CAPITULO III.

Como el Rey Clovis tuvo victoria contra sus enemigos, y se tornò Christiano.

EN este tiempo el Rey Clovis huvo de hacer guerra à los Christianos comarcanos de Francia, y estando con todo su poder en el campo, mandò fuessen contados los que eran para pelear, y se hallaron ciento y treinta mil hombres de pelea, y procurò saber de los Christianos cautivos quantos eran los Christianos, que esperaban la batalla entre ellos ordenada; y dixeron, que serian hasta sesenta mil hombres de pelea; y como esto supo, teniendo la victoria por cierta, diò grande priessa à mover su gente, è ir à buscar sus enemigos, que estaban muy lexos: los quales, como supieron la venida de los Paganos, con magnanimos corazones, confiados en el ayuda de Dios, puestos en buena ordenanza, los esperaron, y llegando à los Paganos sin orden alguna, comenzaron un brava batalla, y plugò à Dios, que en poco tiempo fueron los Paganos desvaratados, y fue forzoso al Rey Clovis huir à un montecillo, que cerca estaba, y de alli miraba como su gente, sin alguna resistencia, moria à manos de los Christianos; y estando maldiciendo à sus Dioses, se llegaron algunos Cavalleros, que por la predicacion de la Reyna creian en la Fè de Jesu Christo, y le dixeron: Señor, sin duda esto parece del infinito poder de Dios de los Christianos, y conviene para tu salvacion creer en el verdadero Dios, que la Reyna predica. En esto viò el Rey como su gente, arrojando las armas, entendian solamente en huir, y acogerse à un montecillo, adonde estaba el Rey. Y viendo esto, bañado en lagrimas, y puesto de rodillas, à grandes voces comenzò à decir: O Jesu Christo, Hijo del verdadero Dios, en el qual mi muger cree, y [illegible] ser aquel, que ayuda en las tribulaciones [illegible] medio à los que esperan en el [illegible]

te pido ayuda, porquè sea mi gente librada de las crueles manos de los Christianos, que con gran crueldad los matan. Yo he rogado à mis Idolos, y los hallo impotentes; por tu infinito poder, yo te prometo recibir tu Santo Bautismo, con toda mi gente. Acabado de decir esto, viò à los Christianos dexar el alcance; y sin mandado de los Capitanes, se traxeron donde estaba el comienzo de la batalla. El Rey Clovis mandò tañer sus trompetas, y recogida la gente que le quedaba, se bolviò à Francia, y contò à la Reyna lo que le avia passado con los Christianos, de lo qual ella huvo gran placer.

CAPITULO IV.

Como el Rey Clovis recibiò el Bautismo por mano de San Remigio, y como en el Bautismo milagrosamente fue traida una redoma del Cielo, de la qual, hasta oy dia, son ungidos todos los Reyes de Francia, y està en una Ciudad llamada Rems.

QUando la Reyna oyò que el Rey avia prometido de se bautizar, mandò llamar un hombre Santo, que llamaban Remigio, para instruìr al Rey en la Fè, y el santo hombre lo hizo assi, y le enseñò todo lo que avia de creer, y fueron edificadas las Iglesias, y hechas pilas de bautizar. Y estando S. Remigio bautizando al Rey, queriendo ungir con la Chrisma, como manda la Iglesia, milagrosamente vieron los presentes una Paloma, que descendiò del Cielo, con una redoma de Chrisma en el pico, y à vista de todos la dexò caer, y el Santo hombre la tomò, y de ella fue primeramente ungido el Rey Clovis, y despues todos los Reyes de Francia, la qual redoma ha estado siempre en la Iglesia de Rems; y bautizado el Rey, fueron todos los de su Reyno bautizados.

CAPITULO V.

Que habla primeramente del Rey Pepin, padre de Carlo Magno, y de el Emperador su hijo.

DEL primer Rey de Francia Christiano hace mencion este presente Libro, y de su linea, hasta el Rey Hildericus, el qual fue devoto, y curaba poco del mundo, sin exercitar las cosas Reales, se metiò en Religion, por vida solitaria. Dexarè de hablar aora de la generacion del Rey Clovis, que fue hasta Hildericus, y contarè de Pepin, Rey XXIII. de Francia, y su hijo Carlo Magno, de cuyas hazañas toma este Libro origen, y fin. Leese el libro, que se dice *Espejo Historial*, que puesto el Rey Hildericus en Religion, fue alzado Pepin, noble Cavallero, y de alta sangre, por Principe, y fue tan sagàz en hecho de guerra, y tan querido de todos los del Reyno, què procuraron alzarlo por Rey, aunque el Rey Hildericus vivia. Y aviendo su Consejo acordado de embiar un Embaxador al Papa Zacarias, diciendo: Qual era mas digno de la Corona Real, el que vela, y trabaja por la tranquilidad del Reyno; ò aquel que solamente curaba de su alma, puesto en su Religion? El Papa respondiò, que aquel que regìa el Reyno, y lo tenia en justicia, era verdadero Rey. Visto esto, los Grandes del Reyno, y imitando un dicho de Salomòn, que dice: *El Principe negligente hace al Pueblo perezoso, y que es bendita la tierra que tiene el Principe noble*: alzaron por Rey à Pepin, y fue ungido por Rey, con autoridad Apostolica, por mano de San Estevan, y ordenò, que los Reyes de Francia succediessen por generacion, y que no heredassen mugeres, porque ningun Estrangero señorease el Reyno. Y fue casado con la Reyna Berta, hija del Gran Heellin Cesar, de adonde el Linage de los Romanos, y Griegos desciende, por donde à su buen derecho, Carlo Magno su hijo, fue Emperador. Reynò el Rey Pepin diez y ocho años, y le enterraron en la Iglesia de San Dionis en Parìs, y quedò el Govierno à Carlo Magno su hijo.

CAPITULO VI.

Como Carlo Magno, hechas muchas constituciones con el Papa Adriano, fue alzado por Emperador de Romanos.

CArlo Magno fue, despues de la muerte de un hermano suyo, Rey de la Provincia de Francia, y fue llamado Magno por sus grandes virtudes, y en aquel tiempo el Papa Adriano hacia muy grande guerra à los Infieles, aumentando la Fè de Christo, y destruìa las Heregìas, y constituìa Iglesias, y mandaba hacer Imagenes, y representacion de los Santos, en corroboracion de la Fè de Christo. Carlo Magno assimismo no cessaba de guerrear à los Infieles, que con èl confinaban. Venidas à noticia del Papa las grandes hazañas de Carlo Magno, embiòle à rogar, quisiesse llegar à Roma, lo qual puso luego Carlo Magno por obra, y con la gente de guerra que tenia passò los Puertos, y entrò en Italia, y llegò à Roma, y fue con mucha honra recibido. De alli à poco tiempo el Papa Adriano llevò la gente què pudo, y con Carlo Magno discurriò por toda Lombardia, y las otras Provincias de Italia, tomando las Ciudades, Villas, y Fortalezas que estaban en poder de los Paganos, y tomaron la Ciudad de Pavia, y eligieron un santo hombre por Obispo, y ordenaron 153. Obispos, y Arzobispos, y fueron repartidos por todas las Provincias, instituyendo grandes Privilegios, y Constituciones en favor de la Iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos, el uno llamado Pepin, y el otro Luis, con los quales, y con los doce que estaban juramentados, avian prometido el uno al otro fidelidad, por morir por la Fè de Jesu Christo, y hizo grandes guerras à Infieles. En aquel tiempo los Romanos avian muer-

to à su Emperador; y entre ellos avia discordia, que unos querian à Constantino, hijo del muerto, y los Senadores no consentian que fuesse Emperador. Y visto esto, el Papa hablò con ambas las partes, loando las virtudes de Carlo Magno; de manera, que todos tuvieron por bien alzarlo por Emperador. De alli à pocos dias falleciò el Papa Adriano, y succediò el Papa Leon, hombre de santa vida, el qual, con el consentimiento de todos, le diò la Corona Imperial.

CAPITULO VII.

De la estatura de Carlo Magno, y de su modo de vivir.

SIendo Carlo Magno Emperador, hizo muchas cosas, y viviò Emperador trece años, y antes avia reynado veinte y dos años, y edificò, y reparò muchas Villas, y Ciudades, que fueron destruidas por guerras, y hizo otras grandes hazañas, que dexo de contar, por huìr de prolixidades. De su estatura, y vida escrive Turpin, Arzobispo de Rems, el qual anduvo en su compañia mucho tiempo, que era hombre de gran cuerpo, y bien formado, proporcionado de miembros, con mucha ligereza, y ferocidad en el mirar, la cara tenia larga, y traìa continuamente la barba larga, y negra; la nariz tiraba à redonda en el cabo; tenia honorable presencia, como Leon; sus cabellos tiraban algo à bermejos, y las cejas declinantes à roxas; y si estaba enojado, solo en mirar espantaba. El cinto que traìa tenia ocho palmos. Era ancho de lomos; los muslos, y las pantorrillas tenia bien fornidas; los pies muy grandes. Su comer era dos veces al dia; poco pan le bastaba; comia un quarto de carnero, y dos gallinas; su cena era de caza, y assada; bebia tres veces con muy poca agua; alcanzaba muy grandes fuerzas, que muchas veces le vieron hendir yelmos, y cabezas hasta los dientes; y estando cavallero, alzar un hombre armado, tan alto como su brazo, con un brazo solo. Tenia tres condiciones de gran virtud; primeramente era muy moderado en mandar; y en dàr, no como el Emperador Tito, hijo de Vespasiano, que era tan prodigo, que à veces no bastaba dàr lo que prometia; segundamente, era tan avisado en juzgar, que jamàs se pudo quexar nadie de èl, y usaba muchas veces de piedad, segun la persona, y calidad del delito; terceramente, era muy astuto, y manso en hablar; escuchaba con mucha atencion al que hablaba, para reprehender su intencion.

CAPITULO VIII.

Como Carlo Magno doctrinaba à sus hijos, y hijas.

CArlo Magno hizo enseñar à sus hijos, y hijas las siete Artes Liberales; y siendo los hijos de edad, los hacia enseñar à cavalgar, y mandabalos armar de todas armas, y jugar de hacha de armas, y lanza, porque fuessen diestros en la guerra; y finalmente, los hacia exercitar en todo genero de armas, y modo de pelear, assi à pie, como à cavallo. Mandabales ir al monte à caza de javalies, y ossos, y otros animales, y mandabalos huir siempre de toda ociosidad. A las hijas mandaba enseñar à texer, labrar, y hilar oro, y seda, y otros exercicios de mugeres, porque el ocio no les hiciesse caer en pensamientos desordenados. Y quando Carlo Magno estaba desocupado de sus arduos negocios, ocupabase en leer, y escrivir algunas cosas nuevas, tomando el exemplo que nos dexa San Pablo en sus Epistolas, amonestandonos à hacer siempre alguna cosa buena, porque el enemigo no nos halle ociosos. En Aquisgràn, en sus Palacios, mandò hacer una Iglesia à honra de Nuestra Señora, y dotòla de muchas rentas.

CAPITULO IX.

Del estudio, y obras caritativas de Carlo Magno.

SIendo Carlo Magno instruido en las Artes Liberales, y otras Ciencias morales, y especulativas, passaba à veces tiempo en leer libros Autenticos, assi de noche, como de dia, y visitaba la Iglesia tres veces al dia, à la mañana, al medio dia, y à la noche. En las solemnes Fiestas mandaba cumplidamente honrar las Iglesias, y distribuyendo de sus bienes, era caritativo, y limosnero; y no solamente con sus vassallos, y pobres de su Reyno, sino que embiaba cada año à Syria, Egypto, y Jerusalèn, à repartir grandes tesoros à personas necessitadas. A sus comidas, y cenas siempre tenia Lectores que leìan cosas de Dios, para hartar el anima de viandas espirituales, en union de gracia del Criador, como para conservar la salud del cuerpo. Deleytabase mucho en leer los libros de San Agustin, especialmente en uno, que llaman de *Civitate Dei*. Tenia por uso quebrar tres veces el sueño las noches, passeandose por la sala. Embiaba cada año dos veces hombres buenos, que visitassen las Ciudades, y Villas de sus Reynos, por saber si eran bien regidas: si executaban justicia, porque no fuessen los pequeños agraviados de los mayores. Y aviendo oìdo à Aaron, Rey de Persia, la magnificencia de Carlo Magno, le embiò un Elefante, y el Cuerpo de S. Cebrian, y el Cuerpo de Sancti-Spiritus, y la Cabeza de S. Pantaleon.

CAPITULO X.

Como el Patriarca de Jerusalèn embiò sus Mensageros à Carlo Magno, que le diesse socorro contra los Turcos.

EN el tiempo que Carlo Magno fue coronado por Emperador de Roma, el Patriarca de Jerusalèn fue tan combatido, que despues de muchas batallas, huvo de pedir consejo à algunos

nos Cavalleros; y algunos de sus Cavalleros, temiendo la muerte mas, que perder la honra, le decian, que hiciesse algun partido con los Turcos, porque no perdiessen las vidas. El partido que los Turcos les querian hacer, era, que dexassen la Ciudad, con todas las armas, y pertrechos que en ella avia. Y otro sì, decian, que pidiesse treguas por algun tiempo, lo qual no quisieron hacer los Turcos. Y no hallando remedio en su cuita, ni sabiendo como se defender de los Turcos, inspirado de la gracia de Dios, vinole à la memoria las virtudes, y hazañas de Carlo Magno, y luego le embiò las llaves del Santo Sepulcro, y de la Ciudad, y le embiò el Estandarte, y señal de nuestro Redemptor, como firme Pilar de los Christianos, y Defensor de la Fè. Esto hecho, el Patriarca se vino à Constantinopla al Emperador Constantino, y à su hijo Leon, y llevò consigo à Juan de Napples, y à otro llamado David, los quales el Emperador Constantino embiò à Carlo Magno, y con ellos embiò otros quarenta Hebraycos, y les diò una carta para Carlo Magno, cuyas razones son: Pareciòme, que una noche veìa delante de mi cama una muger muy hermosa, la qual me decia asi: Constantino, muchas veces has rogado à Dios te diesse victoria contra los Turcos que tienen la Tierra Santa; pues que tanto lo deseas, haz esto: procura tener contigo à Carlo Magno; y me mostrò un Cavallero armado, con una espada ceñida de gran valor, y una gruessa lanza en la mano, de cuyo hierro salian centellas de fuego: y era este Cavallero muy hermoso, y muy dispuesto de cuerpo, la barba crecida, los ojos relucientes, sus cabellos comenzaban à emblanquecer. O Emperador, que nunca te arredaste de los Mandamientos en Dios, alegrate en Jesu-Christo, y seas tu cercado en justicia, como has sido nombrado en honra, porque Dios te dè perseverancia en bien! Quando Carlo Magno viò las cartas llorò amargamente, por estàr el Santo Sepulcro en poder de Paganos, y mandò al Arzobispo Turpin, que se predicassen por el Reyno las lastimèras, y dolorosas nuevas, y à esta causa fueron movidos algunos Christianos à acompañar à Carlo Magno.

CAPITULO XI.

Como Carlo Magno se partiò con grande numero de gente para Jerusalèn.

MAndò pregonar Carlo Magno por todo su Reyno, que quien quisiesse ganar algun sueldo para tierra de Moros, que viniesse à Paris. Y quando se supo que el Emperador queria passar èn allende, muchos principales Cavalleros huvieron por bien de dexar sus casas, mugeres, è hijos, y passar la mar en compañia de tan noble Capitan, y fueron juntados en poco tiempo treinta mil hombres de pelea. Assi se partiò el Emperador Carlo Magno con mucha esperanza de victoria, viendose acompañado de tan lucida gente. Llegados al Puerto, tuvieron buen viento, y en pocos dias llegaron à Turquia, y por consejo de los Adalides, entraron en un monte, que tenia quarenta leguas de largo, y quince de ancho, y bien pensaron las guias passar el monte en un dia, y no pudieron en dos, que hallaron muchos Ossos, Leones, Tygres, Grifos, que les hacian grande daño, y con la fatiga de los animales perdieron el camino, y no sabian àcia dò ir, ni què se hacer; y andando buscando el camino, vino la noche, y hallaronse muy turbados, porque estaban cansados, y sin provision alguna; y Carlo Magno viendo esto, los mandò juntar todos en un vallecito, y puso los mas descansados à las entradas del valle, para defenderse de los animales. Carlo Magno se retirò al pie de un arbol, encomendandose à Dios, rogandole, que tuviesse piedad de su gente, comenzò à decir el Psalterio; y quando llegò al verso: *Deduc me Domine in semitam mandatorum, quia ipsam volui*, vieron una ave, que dixo: Tu oracion es oida; y todos fueron muy maravillados, y no por esso dexò Carlo Magno de rezar; y quando llegò al verso: *Educ de custodia animam meam*, el ave à mayores voces dixo: Carlo Magno, tu oracion es oida. Entonces mandò Carlo Magno mover su Exercito: puesto en buena ordenanza, y Carlo Magno el delantero, comenzaron à seguir el ave, la qual los siguiò hasta meterlos en el camino derecho; y es fama, que aun se hallan las tales aves en aquel monte. Fuera del monte los Christianos vieron hasta cien mil Infieles, y los Christianos en ordenanza, dexando algunas gentes en la retaguardia, comenzaron una muy cruda batalla; y Dios, por su infinita misericordia, diò à los suyos victoria; y bolviendo los Turcos las espaldas, huyeron hasta Jerusalen, pensando guarecerse; mas los Christianos los siguieron de tal suerte, que à la entrada de la Ciudad se hallaron juntos, y entraron en ellos de tal manera, que en poco tiempo fueron señores de ella, y mataron los Turcos que en ella hallaron, y ganaron los Lugares que los Christianos avian perdido.

CAPITULO XII.

De las Reliquias que el Emperador Carlo Magno traxo de la Tierra Santa; y de los milagros que nuestro Redemptor Jesu-Christo hizo por ellas.

DEspues que Carlo Magno quiso bolverse à su tierra, el Emperador Constantino, y el Patriarca les quisieron dàr grandes riquezas de oro, Elefantes, Dromedarios, Camellos, y otros diversos animales, no vistos en estas partes, y èl no quiso cosa alguna, diciendo, que hizo aquello por amor de Dios, y no por otra cosa; y mandò à los suyos, que ninguno tomasse valìa de un maravedi, so pena de muerte. Entonces dixo el Patriarca: Señor, pues no haces cuenta de estas riquezas, te mostrarè otras, que no tienen precio. Carlo Magno le respondiò, que le placia, y fuele mandado ayunar siete dias,

y al quarto dia fueron ordenados doce hombres de buena vida, para que traxeſſen las Santas Reliquias, y Carlo Magno ſe confeſsò con el Arzobiſpo Hebro, y recibiò el Santiſsimo Sacramento, y ſus Doce Pares comenzaron à cantar las Letanias, y algunos Pſalmos; y el Prelado de Napoles abriò el cofre donde eſtaba la precioſa Corona de nueſtro Señor, de la qual ſaliò tan ſuave olor, que à todos les parecia eſtàr en el Paraiſo. Entonces Carlo Magno, lleno de entera fé, y creencia, con lagrimas ſe tendiò en el ſuelo, y con gran devocion rogò à Dios, que por la gloria de ſu Santo Nombre quiſieſſe renovar los milagros de ſu Santa Paſsion; y luego vieron la Corona de nueſtro Redemptor florida, y de ella ſalian tales olores, que todos eſtaban maravillados. El Prelado tomò un cuchillo, y limpiòle para cortar la Corona, y cortando, continuamente ſalian nuevas flores, y crecia aquel ſuave olor. Y cortada una parte de la Corona, mandò Carlo Magno echarle en un cofrecito de marfil, y echaron en èl aſsimiſmo muchas Eſpinas de la dicha Corona; y tomandole Carlo Magno en las manos para darle al Arzobiſpo Hebro, dexandole Carlo Magno antes que el Arzobiſpo llegaſſe à èl, vieron eſtàr el cofre en el ayre, ſin que nadie le llegaſſe. Y viſitando deſpues la dicha Corona, hallaron las flores convertidas en el Manà, de la ſuerte que Dios le embiò à ſu Pueblo en el Deſierto; y mientras ſe trataba de las Santas Reliquias, hizo Dios grandes milagros, ſanando coxos, tullidos, mancos, y leproſos. El Pueblo à voces decia: Verdaderamente eſte es dia de ſalud, y reſurreccion, que por el ſuave olor de las flores, la Ciudad eſtaba purificada, y llena de gracias; que trecientos y quince enfermos ſe hallaron ſanos, entre los quales fue ſano uno, que avia diez y ocho años que eſtaba ciego, ſordo, y mudo; y al tiempo que ſe abriò el cofre, cobrò la viſta; y comenzandola à cortar, cobrò el oìdo; y en floreciendo, cobrò el habla. Deſpues el Prelado tomò un Clavo de los con que fue enclavado nueſtro Señor, y con grande reverencia le puſo en un Relicario, y entonces ſanò un mancebo, que de ſu nacimiento tenia la parte ſinieſtra del cuerpo ſeco, è impotente, el qual vino ligeramente corriendo à la Igleſia, dando voces, y dando gracias à nueſtro Redemptor. Allende de eſtas Santas Reliquias, llevò Carlo Magno una partecita de la Cruz de nueſtro Señor, y el Santo Sudario, y la Tunica de nueſtra Señora, y un Paño en que embolviò à ſu Hijo en los brazos de San Simeon. Y aſsi ſe deſpidiò Carlo Magno del Patriarca, y de los otros ſeñores, y partiòſe con las Reliquias para Alemania, y paſſando junto à un Caſtillo, viò llevar un niño muerto à enterrar, y mandò que le tocaſſen las Reliquias, y luego ſe levantò el niño. Y llegando à Aquiſgran en Alemania con las Reliquias, acudiò mucha gente por verlas, y hizo Dios aqueſtos milagros: cobraron ſalud muchos ciegos, y enfermos ſin numero, doce endemoniados, ocho leproſos, quince paraliticos, catorce coxos, ſeſenta y cinco de gota coral; muchos gotoſos, aſsi naturales, como eſtraños. Fueron pueſtas las Santas Reliquias en una devota Igleſia, que mandò hacer en la Ciudad de Aquiſgran, à honra de la Virgen Santa Maria nueſtra Señora, y fue ordenada, y eſtablecida una Fieſta cada año en el mes de Junio, y mueſtran las Santas Reliquias, y ganan grandes perdones. Fueron preſentes en tal ordenanza el Papa Leon, y el Arzobiſpo Turpin, y Aquiles, Obiſpo de Alexandria, Theoſio de Antioquia, y otros muchos.

CAPITULO XIII.

Como en un Lugar llamado Mormionda eſtaba cercado Carlo Magno de Infieles.

EN el primero Libro he hablado del primer Rey de Francia Chriſtiano, y deſcendiò, ſegun mi propoſito, haſta el Rey Carlo Magno, cuyas hazañas no podia hombre contar, y de los Doce Pares, cuyas proezas dirè en ſu lugar, ſegun que las hallè en las Chronicas Franceſas; y lo que arriba eſtà eſcrito, es ſacado de un Libro llamado *Eſpejo Hiſtorial*, y ſin diſcrepar lo bolvì de Latin en Caſtellano. Y eſte ſegundo Libro eſtà en metro Francès, y fui rogado bolverle en proſa Caſtellana, y bien ordenado por capitulos; y diceſe, que Fierabràs era un maravilloſo Gigante, y fue vencido de Oliveros, y recibiò Bautiſmo; y deſpues de la cruda batalla de Oliveros, hablarè de las Reliquias que cobraron los Chriſtianos, que eran en poder del Almirante Balàn, y harè eſto bolviendolo de Francès en Caſtellano, ſiguiendo al pie de la letra, ſin añadir, ni quitar coſa alguna. Y eſte Libro es por la mayor parte aplicado à la honra de Oliveros, aunque aya otras muchas ſentencias, y hechos, que pienſo contar de cada uno de los Doce Pares un poco, que eran Capitanes del Exercito, y muy valientes, ſegun cuentan las Chronicas Franceſas. Primeramente Roldàn, Conde de Cenobia, hijo de el Duque Milòn, y de Berta, hermana de Carlo Magno: Oliveros, Marquès, hijo del Duque Regner de Gems; Ricarte, Duque de Normandia; Guarin, Duque de Lorena; Jofre, Señor de Burdèos; Hol de Nantes; Urgèl de Danois, Rey de Diriate; Lamberto, Principe de Bruſelas; Tierri, Duque de Dardania; Boſin de Genovois; Gui de Borgoña; Aſtolfo, Rey de Inglaterra; Guadebonus, Rey de Friſa; Galalòn, que hizo deſpues la traycion; Sanſon, Duque de Borgoña; Riol de Nantes; Guillermo Creſcor, y Naymides, Duque de Babiera, y otros muchos, que aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, le eran ſubditos, y hacian ſu mandado; mas la mayor parte de los nombrados acompañaban à Carlo Magno continuamente.

*** *** ***

*** ***

***

CAP. XIV. *Como Fierabràs vino al Exercito de Carlo Magno à buscar algun Christiano con quien pudiesse combatir.*

UN hijo del Almirante Balàn, llamado Fierabràs, hombre de maravillosa grandor, y de muchas fuerzas, y muy diestro en armas, con gran numero de Infieles entrò en Roma, y llevò la Corona de nuestro Señor, y los Clavos, y otras muchas Reliquias, de las quales en este presente libro he hecho mencion como las cobraron milagrosamente los Christianos, con grande trabajo de Carlo Magno, y llamabase Fierabràs de Alexandria, el qual, como supiesse de sus espias como el Emperador, y los Doce Pares estaban en Mormionda con su Exercito, y lleno el Pagano de gran sobervia, cavalgò en un poderoso cavallo, y una lanza en la mano, y se fue à Mormionda, y no hallando à quien hablar, con espantable voz comenzò à decir: O Emperador Carlo Magno, hombre cobarde! embia un hombre solo que espere batalla, ù dos, ò tres, ò quatro de tus Varones, sea Roldàn, Oliveros, Tierri, y Urgèl de Danois, que te juro à mis Dioses de no les bolver la cara, aunque sean seis: Mira que estoy en el campo solo, bien apartado de los mios; y si esto no haces, por todo el mundo publicarè tu gran cobardìa, y de ellos no dignos de ser llamados Cavalleros: Tuviste ossadia de ir à la Morisma, y ganar Reynos; tèn, pues, esfuerzo para darle batalla à un solo Cavallero; y diciendo esto, atò su cavallo à un arbol, y quitandose el yelmo, se tendiò en el suelo, y desde à poco alzò la cabeza, mirando si venia alguno; y como no venia, dando mayores voces, dixo: O Carlo Magno, no digno de la Corona que tienes! con un solo Cavallero pierdes la honra, que con tanta multitud de Moros muchas veces has ganado? O Roldàn, Oliveros, y Urgèl de Danois, y los que llaman Doce Pares, de quien tantas cavallerias he oìdo! como no ossais parecer delante de un Cavallero? Aveis olvidado el pelear, ò teneis miedo à mi lanza? Venid todos juntos, pues que uno à uno no ossais.

CAP. XV. *Como preguntò el Emperador à Ricarte de Normandia quien era Fiebràs.*

DEspues que oyò el Emperador Carlo Magno las palabras de Fierabràs, maravillado de su atrevimiento, preguntò à Ricarte de Normandia, quien era el Turco que tanto le amenazaba? Señor, este es el hijo del Almirante Balàn, y se llama Fierabràs, hombre de grandes fuerzas, aquel que entrò en Roma, y matò al Apostolico, y llevò las Santas Reliquias, por las quales tantos trabajos has recibido. Entonces dixo Carlo Magno: Tengo esperanza en Dios, que su sobervia serà abatida; y viendo que no se movian para la batalla, huvo grande enojo, y entrò, y llamò à su sobrino Roldàn, diciendo: Sobrino, yo os ruego que os armeis, y salgais al campo contra Fierabràs, que yo espero en Dios que bolvereis con victoria.

CAP. XVI. *De la respuesta de Roldàn al Emperador.*

AL Emperador respondiò Roldàn: Señor, cierto yo no irè à la batalla si no vàn otros primero que yo vaya; y la causa es, que la postrera batalla que dimos à los Paganos, los nueve Cavalleros fuimos cercados de cinquenta mil Turcos, y hicimos tanto por nuestras personas, que à la mayor parte de ellos dimos muerte, mas no sin grande trabajo, y heridas de nuestros cuerpos, como se vè por Oliveros, que està à la muerte de ellas; y quando llegaste à tu aposento, estando cenando, dixiste, que los Cavalleros ancianos lo avian hecho mejor en la batalla; por ende embia tus ancianos Cavalleros, y verás como se han con Fierabràs, y en mi no tengas confianza, ni en ninguno de mis compañeros. Desque Carlo Magno oyò à D. Roldàn, con grande enojo que huvo, le arrojò una manopla de acero, y le diò con ella en las narices. Quando viò Roldan su sangre, con gran furia metiò mano à la espada, y de hecho hiriera al Emperador, si no se metieran los Cavalleros enmedio. Y mandò Carlo Magno à grandes voces, que lo prendiessen; y Roldàn sacò la espada, y dixo: No se llegue nadie à mi, sino el que tuviere aborrecido el vivir, que al que se moviere sacarè deste mundo; y Roldàn era tan querido en la Corte, que à todos pesò de su discordia; y apartado de delante del Emperador, se llegò à Urgèl de Danois, valiente Cavallero, y le dixo: Señor Roldàn, mucho errasteis en lo que hicisteis, que à vos era dado obedecer mas, que à otro ninguno, assi por el deudo, como porque siempre os honra mas que à otro Cavallero; y como ya avia perdido el enojo, le dixo: Señor Urgèl, en verdad yo le matàra, si vosotros no os hallarades alli, mas yo soy arrepentido, y me pesa averle enojado.

CAP. XVII. *De una reprehension del Autor contra Carlo Magno, y Roldàn, por la question passada.*

QUiero primeramente hablar contigo, Carlo Magno, noble Emperador, de las diferencias, y questiones que con tu sobrino Roldan tuviste; pues assi por la edad, como por las ciencias, de que en tu infancia fuiste instruido, avias de conocer la constancia de los ancianos, y la subita mudanza de los jovenes. Por què alababas mas à los ancianos, que à los jovenes Cavalleros, pues sabias que Oliveros estaba à la muerte de las heridas que aquel dia recibiò? Pues à tu sobrino Roldàn quien le viò jamàs huir de llevar la delantera en las grandes, y afrentosas batallas? O quien se hallò de mayor corazon, y ossadia, al qual ninguna

multitud de Paganos jamàs espantò, ni menos hizo bolverse atràs? Acordàraste de las grandes honras, que por sus cavallerìas señaladas avias recibido. Miràras asimismo, muy honrado, y discreto viejo, que los primeros movimientos no estàn en manos de los hombres; miràras el dicho del Philosopho, que dice: *Vindictam defer donec per transeat furor*. No debe hombre vengarse hasta que passe la ira. Y si no, miràras el dicho del Eclesiastico en el cap. 8. *Nihil agat in operibus injuria*. Considera, que todos los vivientes desean gloria, y alabanzas de buenos hechos; y por esto se ponen, assi los Reyes, y grandes Señores, como los menores, en las afrentas, y peligros; y los Cavalleros, menospreciando el vivir por dexar loable fama, ponen sus vidas à tablero por sus Reyes, lo qual muchas veces hizo tu leal sobrino Roldàn, y en lugar de su digna alabanza, te oygo alabar à otros, que no tan bien como èl lo merecian.

¶ Y tu, Roldàn, noble Cavallero, en quien no faltò virtud: de donde te procediò responder con tal sobervia al Emperador, hombre de tanta honra, y mayor, à quien la mayor parte del mundo teme, y honra, y tu tio, de quien tantas honras, y mercedes, y que le hablàras con tanta descortesìa? Y si todo esto no te movia à paciencia, miràras, que todos los jovenes son obligados à acatar honra, y obediencia à los mayores. Miràras el exemplo que nos dexò Isaac en la obediencia que tuvo à su padre, y aquella sentencia: *Iuvenes serviam amicos, addantque timorem*. Y el Apostol San Pablo nos dice en sus Epistolas, que debemos mucho honrar à los viejos; y si el Emperador loò los ancianos, no por esto desdorò las proezas de los jovenes.

CAPITULO XVIII.

Como herido Oliveros de muchas heridas, demandò licencia à Carlo Magno para salir à la batalla.

EStando muy triste, y enojado el Emperador Carlo Magno, assi de Roldàn, como porque ninguno de los suyos se ofrecia à responder à la demanda de Fierabràs, quiso armarse para salir à la batalla, si le dexàran los Cavalleros; y venido esto à noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido, huvo grande enojo, assi por la discordia de Don Roldàn, y de Carlo Magno, como por no se hallar dispuesto para la batalla con Fierabràs; y despues que supo que el Emperador se queria armar, y que ninguno de los Doce se movia à servir à Carlo Magno, movido de menosprecio, y amenazas que Fierabràs hacia à Carlo Magno, y sus Cavalleros, con mucha magnanimidad, y leal corazon de servir à su Señor, y por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra Infieles por la Fè de Jesu-Christo, saltò de la cama estirando sus miembros, por vèr si comportaria el trabajo de las armas, y mientras se vestia, mandò à su Escudero, que le aprestasse las armas. El Escudero le dixo: Señor, por Dios aved mancilla de vuestra persona. Oliveros le respondiò: Haz presto lo que mando, que no se debe tener en nada la vida à donde se espera gran honra. Grande mengua serà mia si el Pagano se fuesse sin batalla, y no es justo dexar el Emperador en tanta congoxa. Guarin le armò de todas armas, y armado Oliveros, saltò de un salto veinte y cinco pies, y del salto que diò se le abrieron las llagas, y de ellas saliò mucha sangre, y no por esto, ni por ruego del Escudero quiso desarmarse, ni dexar de ir à la batalla: y ciñòse su espada, llamada Altaclara, y ensillado el cavallo, saltò en la silla sin poner pie en el estrivo: y puesto su escudo en el brazo, le diò Guarin una gruessa lanza, y hecha la señal de la Cruz, se encomendò à Dios, suplicandole, por su infinita piedad, le quisiesse guardar en la cruel batalla que esperaba con el mas cruel Pagano, que en aquel tiempo se hallaba. Assi fue à donde estaba Carlo Magno acompañado de muchos Cavalleros, entre los quales estaba Roldàn, al qual le pesò mucho quando viò à Oliveros armado, que sabia que estaba mal herido, y de grado tomàra la empressa de la batalla, si no fuera por el juramento que hiciera; y llegando delante de el Emperador, y hecho el debido acatamiento, dixo: Muy noble, y esclarecido señor, yo te suplico quieras oìr mis razones: Yà sabes como hà nueve años que estoy en tu servicio, he servido segun mi poder, y no segun tu grande merecimiento; por ende yo te suplico, que aora en una merced me sea galardonado. Carlo Magno le respondiò: Oliveros, muy noble Conde, pide lo que tu quisieres, que ninguna cosa te serà negada por mi. El Noble Oliveros dixo: Señor, suplicote que me dès licencia para responder à Fierabràs, que tantas veces me ha llamado: en esto seràn mis servicios bien galardonados. Carlo Magno, y sus Cavalleros se admiraron de la demanda de Oliveros, y respondiòle el Emperador: Oliveros, de esto no tengas confianza, que tal licencia no te darè; pides batalla con el mas feròz hombre del mundo, y estàs mal herido? Entonces se levantò Galalòn con otros parientes suyos, que hicieron la traycion, como adelante se dirà, y dixo: Señor, ordenado es en tu Corte, que ninguna cosa que mandasses se revocasse, por ende es justo que Oliveros alcance la merced que le mandaste. Carlo Magno dixo: Galalòn, tu tienes malas entrañas, como otras veces lo he dicho: por lo que dixiste dexarè ir à Oliveros à la batalla, mas si muere, tu, y todo tu linage lo pagareis con la vida, como traydores. Quando Carlo Magno viò que no podia negar la merced à Oliveros, dixo: Oliveros, plegue à Dios, por su misericordia, te dè victoria, y te dexe bolver con salud: y echòle su guante, y Oliveros le recibiò muy alegre.

*** ***

CAPITULO XIX.

Como el Duque Regner rogò à Carlo Magno no dexasse ir à su hijo Oliveros à la batalla.

EL Duque Regner, quando supo que su hijo Oliveros iba à la batalla, con abundancia de lagrimas, temiendo la muerte de su hijo, se puso de rodillas ante Carlo Magno, y le dixo: Señor, por Dios que ayais piedad de mi hijo, y de mi, que es verdad no tengo otro contento, ni esperanza en mi vejèz, sino aquel, que si muere no serà mas mi vida quanto acabe de oìr las nuevas; y si esso, señor, no te mueve à piedad, muevante las heridas que en su cuerpo tiene, por las quales no està en disposicion de pelear, ni aun para sufrir las armas; por lo qual, ni seràs vengado del feròz Gigante, ni mi hijo evitarà la muerte, ni yo quedarè libre de subita muerte, ù desesperada vejèz. Carlo Magno dixo: Duque, no puedo revocar la merced que èl ha demandado, y yo le otorguè, que le di mi guante en señal de la licencia. Entonces bolviò Regner para su hijo, y con infinitas lagrimas le diò su bendicion. Assi se partiò Oliveros en busca de Fierabràs, y salieron todos los del Exercito à mirarle; lo uno, porque sabian que estaba herido; lo otro, porque tenian placer de verle armado.

CAPITULO XX.

Como Oliveros hablò à Fierabràs, y como el Gigante lo menospreciò.

LLegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabràs, viòle à la sombra de un arbol desarmado, y durmiendo; y despues de averle mirado, llamòle, diciendo: Levanta, y toma tus armas, y cavallo; pues me llamaste, soy venido para vèr si eres tan feròz en los hechos quanto tienes la fama. Fierabràs alzò la cabeza, y viendo à un solo Cavallero, no hizo cuenta de èl, y tornòse à recostar. Oliveros le llamò otra vez, y Fierabràs le preguntò quien era, que assi buscaba la muerte? Oliveros le dixo: Pagano, levanta, y toma tus armas, y cavallo, y vèn à la batalla, que no es hecho de Cavallero estàr tendido en el suelo viendo à su enemigo delante. Dices que vengo à buscar la muerte, es muy cierto ser la tuya mas cierta, como lo veràs presto. Fierabràs le dixo: Ossadamente hablas aunque eres pequeño de cuerpo; y si tomas mi consejo te bolveràs, y assi prolongaràs tu vida; y si todavia porfias de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de donde desciendes. Oliveros le dixo: No puedes saber ni nombre hasta que yo sepa el tuyo, y no me pareces en tus razones tal, que muestran tus amenazas contra el Emperador, el qual me embiò aqui para que diesse fin à tus dias, ù dexando tus Dioses hechos por manos de hombres sin entendimiento, creyesses en la Santissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres Personas, y un solo Dios Verdadero, que hizo el Cielo, y la Tierra, y en Jesu Christo, que naciò para nuestra salvacion de la Virgen Maria; y quando esto creas firmemente, mediante el Santo Bautismo, podràs alcanzar la Gloria eterna. Fierabràs le dixo: Quien quiera que seas eres muy presumptuoso en el hablar; y porque conozcas tu loco atrevimiento, quiero decirte quien soy: Yo soy Fierabràs, Rey de Alexandria, hijo del Almirante Balàn, y soy aquel que destruyò à Roma, y matò al Apostolico, y à otros muchos, y llevè todas las Reliquias que hallè, por las quales aveis recibido tanto trabajo, y tengo à Jerusalèn, y al Sepulcro donde fue puesto vuestro Dios. Oliveros le dixo à Fierabràs: Yo he tenido placer de saber tus nuevas, y aora tengo mayor deseo de batalla, que soy mas cierto de la victoria; levantate, y vèn à la batalla, que por ella se ha de librar nuestro pleyto, y no con palabràs. Dixo Fierabràs: Christiano, yo te ruego me digas, què hombre es Carlo Magno, Roldàn, Oliveros, y Urgèl de Danois, porque los he oìdo nombrar muchas veces en las partes de Turquia? Oliveros dixo: Pagano, sabe que Carlo Magno es poderoso Señor, y valiente por su persona, y hombre de grande sagacidad; levantate, y si no te herirè, y arrepentirte has quando no tengas remedio. Fierabràs le dixo: Dime, Cavallero, como no embiò Carlo Magno à Don Roldàn, ò à Oliveros, de quien tantas hazañas he oìdo? O por què no embiò tres, ò quatro de los Doce Pares; y si no uno solo? Oliveros dixo: Roldàn nunca hizo cuenta de un solo Pagano, por nombrado que fuesse, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir à la batalla, y si traxeras compañia te saliera à recibir, y vieras entonces quien era. El Pagano dixo: Y tu en què erraste à Carlo Magno, que assi te embiò aqui como quien embia un cordero al carnicero? Yo te juro à mis Dioses, por tu buena habla, y parecer, tengo grande lastima de tu mocedad; toma mi consejo, y vete à Carlo Magno, y dile que me embie quatro de los Doce Pares, que por el poder de mis Dioses de esperarlos, y darles batalla. Oliveros le respondiò: Pagano, dexate yà de tanta dilacion, que si no te levantas, hago juramento à la Orden de Cavalleria de herirte, aunque sea feo, y hacerte levantar mal de tu grado. Dixole el Pagano: Pues dime tu nombre antes que me levante. Oliveros dixo: Yo me llamo Guarin, pobre hidalgo, nuevamente armado Cavallero, y esta es la primera cosa en que sirvo al Emperador mi señor; y poniendo la lanza en el ristre, hiriò de las espuelas al cavallo, fingiendo herirle, y del salto del cavallo se le abriò una llaga, que tenia en un muslo, y preguntòle si estaba herido, y de donde procedia aquella sangre? Oliveros dixo no estàr herido, que la sangre procedia del cavallo, que era duro de espuelas; y viendo Fierabràs, que la sangre corria por las juntas de las armas, le dixo: Guarin, tu no dices verdad, no puedes negar, que estàs herido,

 lle-

llegate à mi cavallo, y hallaràs en el arzon de la silla dos barriles de balsamo, que por fuerza de armas ganè en Jerusalèn, y de este balsamo fue tu Dios embalsamado; y si de ello bebes, quedaràs luego sano. Oliveros dixo: Pagano, cumplido de razones mas que de hechos, no he menester tu brevage; y si no te levantas, como villano, tendido en el suelo, te harè dexar el pelear, y la vida. Fierabràs respondiò: Esso no es cordura, Guarin, y creo, que te arrepentiràs si entras conmigo en la batalla.

CAPITULO XXI.

Como Oliveros ayudò à armar à Fierabràs, y de las nueve espadas maravillosas; y como Oliveros dixo à Fierabràs quien era su proprio nombre.

Como Fierabràs huvo rogado à Oliveros dexasse su demanda, y no quisiesse entrar en batalla con èl, y viò que en ninguna manera lo queria hacer, le dixo: Guarin, estàs todavia en tu porfia? Mas creo, que quando me vieredes en pie, que solo de la vista te espantaràs. Oliveros, enojado de las platicas, baxò la lanza, y hizo semblante que le iba à herir, diciendo: Levantate, villano. Entonces Fierabràs con gran furor se levantò, y dixo à Oliveros: Por tu vida, Guarin, que me digas, què hombres son Roldàn, y Oliveros, y la estatura de sus cuerpos? Oliveros respondiò: Oliveros es de mi grandor, y tamaño, ni mas, ni menos. Y D. Roldàn? dixo Fierabràs? Quanto al cuerpo (respondiò Oliveros) es algo menor, mas en el corazon, y valor de su persona no tiene par en el mundo. Por la fè que debo à Apolin, y à Tavalgante mis Dioses, que me maravillo de lo que dices, que si diez Cavalleros como tu estuvieran aqui, no tenia à gran hazaña matarlos al filo de mi espada. Mucho hablas (dixo Oliveros) y creo que de mi tienes miedo. Armate, pues, que te espero, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor que eres. Entonces dixo Fierabràs: Guarin, yo te ruego que me ayudes à armar. Oliveros dixo: No creas serà esto fiarme de ti. Fierabràs dixo: Con mucha seguridad puedes fiarte de mi, que nunca en mi corazon reynò traycion. Entonces saltò del cavallo para ayudar à armar à su enemigo, y èl le dixo: Guarin, ruegote que en tus hechos seas hidalgo. Oliveros dixo, que sin duda lo seria, y assi le ayudò à armar, y primeramente se vistiò un cuero cocido, y despues una cota de malla de finissimo, y extremado temple, y despues un peto de acero, y encima de todo esto un arnès muy lucido, guarnecido de muchas piedras preciosas de gran valor. Vista la cortesia de Oliveros, nuevamente le rogò Fierabràs, que dexasse la demanda, ofreciendole todo el prez, y honra de la batalla. Pagano, no cures de hablar mas en ello, que yo te llevarè muerto, ò vivo à Carlo Magno mi señor. Entonces Fierabràs se ciñò su espada, llamada Plotanza, y tenia otras dos en el arzon de la silla, la una llamada Baptizo, y la otra Brava, las quales eran de tan buen temple, que ningun arnès, por fino que fuesse, las mellò, ni hizo señal en ellas; y estas tres espadas hicieron tres hermanos, y cada uno hizo tres, y llamabase el uno Galus, el otro Munificans, y el otro Anfiax; y Anfiax hizo las espadas llamadas Baptizo, Plotanza, y Brava, las quales tenia Fierabràs. Munificans hizo la espada llamada Durindana, la qual huvo Roldàn, y otra llamada Salvagina, y otra Corante, las quales huvo Oger de Danois. Galus hizo las otras, llamadas Flumberge, y Altaclara, y estas tenia Oliveros; y la que llaman Joyosa tenia Carlo Magno. Estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes, ni despues no hicieron otras. Y ceñida la espada, rogò Oliveros à Fierabràs, que cavalgasse, mas no quiso cavalgar hasta que viò à Oliveros en su cavallo: entonces, sin llevar pie al estrivo, saltò muy ligeramente en la silla, y armado, y à cavallo, era cosa espantable vèr, que tenia quince pies de largo, y bien fornido segun su grandor, y se puso un escudo de acero al cuello, que tenia arrimado; y buelto à Oliveros con fiero semblante, meneando la lanza como si fuera una paja, nuevamente le rogò, que se bolviesse sin batalla, diciendo, que era impossible evitar la muerte; Oliveros respondiò: Pagano, piensa este dia ser buen Cavallero, què tengo esperanza en el Señor, que por el Linage Humano recibiò Passion, y Muerte, de llevarte muerto, ò vivo à Carlo Magno. Dicho esto, bolviò el cavallo, y tomò de el campo à su placer, y puesta la lanza en el ristre, lo dixo que se defendiesse; y viendo Fierabràs no escusar la batalla, hincò la lanza en el suelo, y se fue para Oliveros, rogandole, que le oyesse dos razones, y dixole: Tu eres Christiano, y tienes confianza grande en la ayuda de tu Dios, por el qual te conjuro, y por el Bautismo que recibiste, y por la reverencia que debes à la Cruz, en quien fue tu Dios enclavado, y pendiente; y assimismo por la fidelidad que debes à Carlo Magno tu señor, me digas si eres Roldàn, ò Oliveros, ò alguno de los Doce Pares? que tu gran ossadia me hace creer ser alguno de ellos; y que por verdad sepa yo tu nombre, y el linage de donde desciendes. Oliveros le dixo: No sè, Pagano, quien te enseñò à conjurar al Christiano, que mas fuertemente no podias apremiarme à decir verdad: Por tanto, sepas, que yo soy Oliveros, hijo del Duque Regner, uno de los Doce Pares de Francia. Dixo Fierabràs: Por cierto bien conocì en tu atrevimiento, y ossadia, que eras otro que el que me avias dicho; y pues assi es, señor Oliveros, seais muy bien venido, que si antes os conociera, antes hiciera vuestro mandado; y porque os veo teñidas las armas en sangre, que de vuestro cuerpo sale, aveis de hacer dos cosas, la una, ò bolveros à curar de vuestras heridas, ò si no

del balsamo que aqui traygo ; y luego seràs sano, y assi podràs bien pelear. Señor Fierabràs (dixo Oliveros) en merced os tengo la buena voluntad, y sed cierto, que no tengo necessidad de ello, y dexemos las palabras, y entendamos en los hechos, que la batalla no se escusa ; salvo con condicion, que dexes tus Idolos, y te buelvas Christiano ; y si esto haces, tendràs por buen amigo al Emperador Carlo Magno, y à Roldàn, y yo te prometo de nunca dexar tu amistad, y compañia ; y Fierabràs dixo, que no lo haria.

CAPITULO XXII.

Como Oliveros, y Fierabràs comenzaron la batalla; y como rogò à Dios el Emperador Carlo Magno por el Cavallero Oliveros.

APercibidos los Cavalleros, rogò Fierabràs otra vez à Oliveros, que bebiesse de su balsamo. Oliveros dixo : Fierabràs, no quiero vencerte por virtud de tu balsamo, sino con mi espada, y armas, como Cavallero. Dicho esto, tomaron del campo à su voluntad, y con la fuerza que los cavallos alcanzaban, se vinieron el uno para el otro, y del encuentro hicieron las lanzas piezas, y metieron mano à las espadas, sin que en ellos se reconociesse ventaja alguna: y de esto fue muy maravillado Fierabràs ; y aunque estaban buen trecho apartados del Exercito, peleaban en lugar, que Carlo Magno con algunos Cavalleros lo podian vèr. Y viendo el Emperador el peligro en que estaba Oliveros, se retirò en su Oratorio, donde tenia un devoto Crucifixo, y puesto de rodillas, comenzò à decir : Dios mio, cuya remembranza tengo delante, yo te ruego humildemente, aunque indigno, quieras ser ayuda de Oliveros, que por aumento de tu Santa Fè està en peligro. Y en esto los dos estaban muy feroces en la batalla, de manera, que fuego salia de las armas ; y estando los Cavalleros cansados, se huvieron de apartar à descansar un poco; y buelto à su batalla, diò Oliveros à Fierabràs un golpe, que toda la pedreria, y el engarce de oro volaron por el suelo. Este golpe viò Carlo Magno, y sus Cavalleros, y huvieron muy gran placer ; y dixo entonces Roldàn : Oliveros, mi especial amigo, pluguiesse à Dios, que aora estuviera con mi espada Durindana en tu lugar, para dàr fin presto à la batalla, mas rezelome de tus heridas no te causen el fin de tus dias tanto como la fuerza del Gigante. Aquestas palabras oyò Carlo Magno, y dixole : Mejor fuera; cierto, que rogado, y sano fueras à la batalla, que no Oliveros, pues estaba muy mal herido, y si muere en esta batalla, jamàs olvidarè tu ingratitud. A esto no respondiò Roldàn ninguna cosa. Fierabràs tornado en sì, cobrò los estrivos, y riendas del cavallo, echando espuma por la boca, y sangre por los ojos : quitada la visera, llamando à sus Dioses, se fue para Oliveros, y con la espada llamada Baptizo, le diò tal golpe, que el yelmo le abollò, y le cortò los lazos, y hizo volar toda la malla por el suelo, y del golpe hiriò malamante al cavallo, y descendiò la espada à la pierna de Oliveros, y lo hiriò, y de este golpe fue aturdido, y cayera del cavallo si no se abrazàra del arzon delantero, y dixo : O Dios, y què mal golpe he recibido! O Virgen, y Madre de Dios! à ti me encomiendo : ruega à tu Divino Hijo, mi Señor Jesu Christo, que no permita morir à este su Cavallero à manos de este cruel Pagano: y para descansar algun poco se quitò la visera ; mas quando Fierabràs le viò tan demudado, dixo : Oliveros, noble Cavallero, yà sabes como corta mi espada, toma mi consejo; buelvete à tu posada, haz curar tus llagas, que si porfias en esta demanda, no viviràs dos horas: veote muy demudado por la sangre que has perdido, y embiame aqui à Roldàn, ò a qualquiera, que aqui esperarè ; y esto has de hacer antes que mas conozcas mis grandes fuerzas. Quando Oliveros oyò esto, lleno de enojo, y apretando la espada en la mano, le dixo : O Pagano, todo el dia me amenazas de me dàr muerte ! mas espero en aquel Justo Dios, que lo harè de ti. Y diciendo esto, se fue el uno para el otro, y se hirieron tan crudamente, que subian por el ayre las centellas, que de sus fuertes armas salian, y sin descansar un golpe no esperaba otro, que el ruido que hacian los grandes golpes parecia herreria. Estaba el Emperador, y sus Cavalleros espantados de la cruda batalla ; y entrando Carlo Magno en su Oratorio, con perfecta fè comenzò à decir : O Poderoso Dios, que por nosotros recibisteis Muerte, y Passion! plegate, por tu misericordia, ser en ayuda de Oliveros, que no perezca en manos de su enemigo. A este tiempo no cessaban los Cavalleros de herirse continuamente; de manera, que Fierabràs cortò un aro de hacero dorado, que tenia Oliveros al rededor del yelmo, y se le cayò sobre los ojos, y del golpe le falseò las armas, y lo hiriò en los pechos.

CAPITULO XXIII.

Como Oliveros hizo oracion à Dios, que lo favoreciesse, y guardasse contra el Pagano.

MAlamente herido Oliveros, con esperanza del socorro de Dios, comenzò à decir assi, O mi Dios, y Señor, Principio, Medio, y Fin de todas las cosas, que sobre el Firmamento estàn ! que con tu propria mano formaste à nuestro Padre Adàn, y por compañera le diste à Eva, sacada de su costilla, y en el Paraiso Terrenal los colocaste, un solo fruto le vedaste, y de aquel fruto, engañados del perverso Lucifer, huvieron de comer, y por ello perdieron el Paraiso : Y tu, Señor, doliendote de la perdicion del Humanal Linagè, baxaste acà, y tomaste carne humana en el Vientre Virginal de la Santissima Virgen, y Señora nuestra Santa Maria. Y los tres Reyes de longas tierras vinieron à te adorar, y te ofrecieron sus dones ; y despues el Rey Herodes, pensandote matar, hizo morir

los muchos niños Inocentes; y despues predicaste en este mundo tu Santa Doctrina, y los embidiosos Judios te enclavaron en la Cruz; y estando en ella, Longinos con la lanza abriò tu Santo Costado, y de él saliò Sangre, y Agua, cayendo en los ojos del ciego Longinos, cobrò la vista que tenia perdida, y creyendo en ti, fue salvo; y fue tu Santo Cuerpo en un Monumento puesto, y al tercero dia resucitaste, y sacaste à los Santos Padres que en el Limbo estaban; y el dia de tu Ascension, à ojos de tus Discipulos, subiste à los Cielos. Assi, Señor, como firmemente creo esto sin duda alguna de incredulidad, te suplico me seas en ayuda contra este Infiel, porque vencido, sea convertido à creer en ti, y entre en la verdadera carrera de la salvacion. Dicho esto, con entera esperanza besò la Cruz de la espada, y fue para Fierabràs, el qual con mucha atencion le avia escuchado, y riendose, dixo: Oliveros, por tu vida, que me declares la oracion que aora dixiste. Oliveros dixo: Pluguiesse à Dios, Fierabràs, que creyesses lo que dixe, como yo lo creo, porque dexadas las abusiones de tus Idolos, conociesses tu verdadero Criador, y conociendolo, recibiesses su Santo Bautismo, y guardasses sus Santos Mandamientos. De esso no me hables (dixo el Pagano) que mis Dioses son piadosos à quien los llama, y veo, que tu Dios no te quiere ayudar en tanta necessidad; por ende te doy por consejo, que dexes tu Dios, y te tornes Moro. Oliveros le dixo: Pagano, simplemente hablas en decirme que dexe al Criador, y Hacedor de Cielo, y Tierra por tu Idolo de oro, y plata, hecho por mano de hombres: Aquesto hacen los ciegos de los ojos del entendimiento, que trae el diablo engañados, como trae à ti, y los tuyos: dexemos las razones, y vengamos à la comenzada batalla. Fierabràs le dixo: Todavia porfias el morir à mis manos? Pues procura de te defender, que ninguna piedad avrè de ti. Oliveros le dixo: Ni yo de ti, hasta darte la muerte. Y arremetieron el uno para el otro con tanta ligereza como quando comenzaron la batalla; y diò Fierabràs à Oliveros tan gran golpe, que descendiò el golpe, y hiriò al cavallo en la cabeza, y se espantò el cavallo, y fue corriendo por el campo gran trecho, sin que Oliveros le pudiesse detener, y tirando de las riendas, las hizo pedazos; y quando Fierabràs viò que no podia detener el cavallo, diò de espuelas al suyo, y le hizo parar. Quando Oliveros le viò junto à si, pensando que lo asseguraba para lo herir, saltò ligeramente del cavallo, y dixole: Pagano, haz lo que pudieres, que ninguna ventaja te conozco. Fierabràs le dixo: No creas alce mi espada para herirte mientras estuvieres à pie, que tu no tienes la culpa de la falta de tu cavallo; adereza las riendas, y cavalga en èl, y tornemos à la batalla; si la quieres dexar para otro dia, en este campo te espero. Oliveros le dixo: No cessarà la batalla sin vencimiento de uno de los dos, y anudadas las riendas, saltò muy ligeramente en èl, bolviendo à la batalla; y quando se huvieron dado muy grandes golpes, rodeandose los Cavalleros el uno al otro por mejor se aprovechar cada qual de su enemigo, tropezò el cavallo de Fierabràs, y cayò en una acequia, que quedò Fierabràs debaxo, y no podia en ninguna manera salir. Y viendo Oliveros al Pagano, saltò del cavallo, y tomando el de Fierabràs por el freno, desviòlo que no lo pisasse; y viendo que su enemigo no se podia levantar, le tomò por los brazos, y le ayudò à levantar; y Fierabràs cavalgò muy ligeramente, y dixo à Oliveros: Tu muy grande virtud, y nobleza me hace olvidar el deseo de la batalla; por ende te lo pido por merced, que la dexes, y lleves la honra. Oliveros respondiò, que en ninguna manera podia ser si no iba con el al Emperador Carlo Magno; y no queriendo Fierabràs, tornaron à la batalla, y diò Fierabràs tan gran golpe à Oliveros, que le saliò la sangre por las narices.

CAPITULO XXIV.

Como Oliveros ganò por fuerza de armas el balsamo à Fierabràs.

QUando Fierabràs viò à Oliveros bolver con gran corazon à la batalla, le dixo: Grande es por cierto el esfuerzo de tu corazon; con tu sangre has regado el campo, y veo tu yelmo abollado, tu arnès despedazado, mi espada, y mi brazo teñido todo en tu sangre, y tu cavallo fatigado de los golpes que ha recibido, y tu corazon cansado, antes mas fuerte que al principio. Mucho quisiera que gozàras tu noble mancebia, y por esso te he rogado que dexasses la batalla, y de nuevo te lo rogaria por no acortar tus dias, si te viesse en proposito de tomar mi consejo; mas veo tus fuerzas en grande grado menguadas, tus brazos, y miembros fatigados, y por otra parte tu corazon arder en deseo de la batalla, no teniendo en nada los duros golpes de mi espada; y yà enojado de mis prolijas razones, jugar à cobardia, lo que nobleza en mi sangre à decir me obliga. Y pues que tanto huyes de lo que todos los valientes desean, que es el vivir, encomienda tu anima à Dios, en quien tanto confias de vencerme, que el cuerpo yà no tendrà poder de lo quitar de mi tajante espada. Aun no eran acabadas estas razones de Fierabràs, quando Oliveros, apretando su espada en el puño, y alzandose los dos valerosos Cavalleros en los estrivos, y olvidado todo temor, se dieron tan grandes golpes, que la fiereza de los escudos, ni la invencible fuerza de sus vigorosos brazos, no pudo defender, que las cortadoras espadas no llegassen à los fuertes yelmos: y fueron los golpes que los dos valientes guerreros se dieron de tanta fuerza, que ambos cayeron de pechos sobre los arzones de las sillas perdidos los sentidos, y de la grande fuerza hincaron los poderosos cavallos las rodillas en la tierra, y à los crueles golpes de las espadas, dos partes de los finos escudos cayeron en tierra; y el grande golpe del Gigante fue tal, que resvalando su espada del yelmo de Oliveros, descendiò à los pechos, [illegible] y todas las armas, y hiriò al [illegible]

pecho izquierdo. Viendo Oliveros salir de su mortal llaga tanta abundancia de sangre, temiendo la muerte, dixo: O todo Poderoso Dios! oid, oid el alma, pues el cuerpo no merece ser oìdo; vean tus clementissimos ojos aqueste indigno siervo, que te llama en su postrimera hora: no pido el vencimiento de la batalla, solamente te suplico, que esta pecadora anima, rescatada por tu preciosa Sangre, no pierda la gloria, que à tus Fieles prometiste. O Madre de Misericordia! ruega por tu Cavallero, que te llama en tan grande necessidad. Dicho esto, se cubriò con la parte de su escudo que le avia quedado, y se fue para Fierabràs, diciendo: Ea, Cavallero, demos fin à nuestra comenzada batalla, y procurate defender, que si yo puedo en el campo, trabajarè para que no te alabes en poblado. Quando Fierabràs le vido tan demudado, assi en la habla, como en la color del rostro, le dixo: Oliveros, noble Cavallero, como me pesa de tu mal; pero vente para mi presto, y beberàs del balsamo, y cobraràs entera salud. Oliveros dixo: O generoso Pagano, quanta es tu nobleza! Bien tiran tus condiciones à la sangre de donde desciendes, mas sepas que no llegarè a tu balsamo, si con la espada no te lo ganàre: y luego, como fieros Leones, se fue el uno para el otro, y los golpes fueron tales, que los Christianos vieron el fuego que de las armas salìa, y Oliveros acertò al Pagano en un muslo, y falseadas las armas, le metiò la espada por la carne, y le salìa mucha sangre. Viendose Fierabràs tan mal herido, desviado algo de Oliveros, bebiò muy presto del balsamo, y quedò sano de su herida. Desto fue muy triste Oliveros, y con grande enojo le diò un grande golpe de espada, y Fierabràs se cubriò el escudo, y descendiò el golpe al arzòn de la silla, y cortò una cadena en que estaban asidos los barriles del balsamo, y cayeron ambos en el suelo, y del golpe se espantò el cavallo, y huyendo, se desviò gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar de apartarse, y beber del balsamo à su placer, y luego fue sano, como si nunca huviesse sido herido, y de esto diò infinitas gracias à Dios, y dixo entre sì: Nunca Cavallero debe pelear con esperanza de tales brevages, y tomò los barriles, y echòlos en el rio Caudal, que cerca de alli estaba. Y he leìdo en un libro de lengua Toscana, que habla deste Fierabràs, que los dias de San Juan aparecen los dos barriles encima dell agua. Quando Fierabràs vido sus barriles perdidos, con grande enojo dixo à Oliveros: O hombre simple! por què echaste à perder lo que con todo el tesoro del mundo no se podrà comprar? Apercibete, pues, que en tiempo est às, que lo avràs menester; y diciendo esto, con grande ferocidad se fue para èl; mas Oliveros, que mas dispuesto que antes estaba, le esperò, y se dieron mortales golpes: y el golpe de Fierabràs fue de tanta fuerza, que resvalando del fuerte escudo del noble Cavallero Oliveros, acertò en el pescuezo del furioso cavallo, y se lo cortò à cercèn, y Oliveros quedò à pie, y fue maravillado Fierabràs como su cavallo no arremetiò para Oliveros, porque dello era acostumbrado, y à muchos avia dado la muerte de esta suerte.

CAP. XXV. *Como los Cavalleros hicieron su batalla à pie: y como Carlo Magno rogò à Dios por el noble Cavallero Oliveros.*

Oliveros fue muy triste viendose sin cavallo, y dixo à Fierabràs: O Rey de Alexandria! valerosamente has mostrado oy contra mi, y te alabaste, que cien Cavalleros, tales como yo, darias batalla, me mataste el cavallo, sabiendo que el Cavallero, que en desafio mata cavallo, debe perder el suyo. Fierabràs dixo: Dices verdad, bien viste que yo no tiraba al cavallo; mas tu no quedaràs quexoso de mi, cata aqui mi cavallo, del qual me espanto como no te despedazò luego que te viò à pie, que assi lo ha hecho à otros: y apeòse; y Oliveros le dixo: No creas que ninguna cosa reciba de ti, si justamente no la ganàre por armas; y assi à pie los dos Cavalleros comenzaron su batalla. Parecia Fierabràs una torre junto à Oliveros, que era mucho menor, aunque no en los golpes, y destreza de pelear, ni en la ligereza: y siguiendo su batàlla, tirò Fierabràs un golpe con toda su fuerza, pensando acertar à Oliveros en la cabeza, y desviòse Oliveros ligeramente, no se apartando de su enemigo, y diò el golpe en el suelo, y antes que alzasse el brazo, le diò Oliveros dos recios golpes, y fue de ellos muy desatinado. De la fuerza que puso Oliveros en herir à Fierabràs, se le atormentò el brazo, y la mano; y se le cayò la espada, y cubriendose de su escudo, se baxò para alcanzarla: el Pagano le diò tal golpe, que de la parte del escudo que tenia hizo muchas piezas. Oliveros quedò sin escudo, ni espada, y el brazo atormentado del golpe. Esto viò un Escudero que estaba en una Torre mirando la batalla, y con grandes voces entrò donde estaba Carlo Magno, y Regner, y muchos Cavalleros, y dixo, que Oliveros estaba sin espada, ni escudo, y el Pagano bien armado, y procurando de darle muerte. Oyendo Roldàn estas nuevas, tomando su escudo, y espada Durindana, pidiò licencia à Carlo Magno para ir à guarecer à Oliveros de la muerte, mas no lo consintiò el Emperador, que ninguno se moviesse para favorecerle, diciendo, que le serìa mal contado. Y Carlo Magno entrò en su retraimiento, y puesto de rodillas delante de un devoto Crucifixo, derramando muchas lagrimas por su rostro, rogò à Dios por su Cavallero Oliveros, diciendo: Señor, suplicote por tu misericordia, quieras ser en ayuda de Oliveros, que por tu Santa Fè està en gran peligro: y hizo grandes votos. Acabada la oracion, oyò una voz, que dixo: Carlo Magno, no te fatigues por tu Cavallero, que sin duda, aunque sea tarde, llevarà la victoria. El Emperador diò muchas gracias à Dios, y con alegria saliò de su Camara, y contò todo esto à Regner, padre de Oliveros, por le consolar, que estaba en grande congoxa por su hijo. Quando Fierabràs viò à Oliveros sin espada, ni escudo, que no se ossaba ba-

baxar, le dixo: O noble Oliveros, Cavallero de grande honra! por cierto yo he alcanzado ſobre ti algo de lo que yo deſeaba, y tu no penſabas; mas bien te puedes dàr por vencido, pues que eſtàs yà ſin eſpada, y por tu nobleza te quiero hacer un partido, porque puedas lograr tu noble mancebìa, y es, que prometas dexar tu Ley, y adorar mis Dioſes, y pedirles perdon de los muchos daños que à los Turcos has hecho, y deſta manera podràs evitar la muerte, y caſarte he con mi hermana Floripes, la mas hermoſa dama que ay en Turquia; y ſi eſto haces, antes de un año bolverèmos con muy grande armada, y ganarèmos todo eſte Reyno, y deſpues entrarèmos por toda la Alemaña, y todo lo que ganàremos ſerà tuyo, y de las tierras que poſſeo te darè mucha parte, ſi tu la quieres. Oliveros le reſpondiò: Pagano, en valde hablas, que digo, que por todos los Reynos, ni por todos los teſoros del mundo harìa nada deſſo que dices, y antes me conſintiera deſmembrar todo mi cuerpo miembro por miembro, que diſcrepar un punto de la Ley de Dios. Fierabràs dixo: Juro al poder de Mahoma, que eres el mas pertinàz hombre del mundo, ningun peligro, trabajo, ni heridas te han podido hacer mover el propoſito, ni afloxar el corazon, y te puedes loar, que nunca hombre durò tanto delante de mi, y por tu gràn valor quiero uſar eſta corteſìa contigo, que tomes tu eſpada, y buelvas à la batalla, que tanto tiempo ha que tenemos comenzada, y dexarè mi eſcudo, porque quedemos iguales en las armas. Oliveros reſpondiò: Noble Pagano, no puedo negar tu gran corteſìa, y nobleza, mas por todo el haber del mundo no harè tal, que ſi por corteſìa yo cobraſſe mi eſpada, y con ella alcanzaſſe algun poder ſobre ti, como te podria negar la paz, ò tregua, ſi me la pidieſſes? haz lo que pudieres contra mi, que mi vida, y muerte dexo en las manos de mi Redemptor, por cuya gracia eſpero cobrar mi eſpada. Y dixole Fierabràs à Oliveros: Tu eres muy porfiado, mas preſto veràs tu penſamiento vano.

CAPITULO XXVI.

Como Oliveros ganò una de las eſpadas de Fierabràs, y con ella lo venciò.

QUando Fierabràs vido que Oliveros no queria tomar ſu eſpada, ſe lo tuvo à mucha locura, y cubierto de ſu eſcudo, con gran ferocidad fue para èl, y tenia Oliveros para defenderſe un pedazò de eſcudo, ſin otra arma alguna, y como viò que Fierabràs alzaba el brazo para le herir, tiròſelo à la cara, y quebròle la viſera, y Fierabràs diò un grande grito, del qual ſe eſpantò ſu cavallo, diò un ſalto àcia Oliveros, y Oliveros buelto àcia el cavallo, viò las eſpadas que eſtaban colgadas del arzòn de la ſilla, y ofreciendoſe oportunidad, tomò la eſpada llamada Baptizo, y buelto al Pagano, le dixo: Fierabras, mira por ti, que eſtoy proveìdo de buena eſpada. Quando Fierabràs le vido ſu eſpada en la mano, dixo muy enojado: O mi eſpada! mucho tiempo te he guardado, y me peſarìa que te perdieſſe. Y dixo Oliveros: Cavallero, toma tu eſpada, y dexa la mia. Oliveros dixo: Por cierto no dexarè la eſpada haſta que vea ſi es tal como tu la alabas, por tanto aparejate para la batalla; y diciendo eſto, ſe fue el uno para el otro, y Oliveros le diò tal golpe à Fierabràs, que le hizo hincar las rodillas en el ſuelo, y levantandoſe Fierabràs, tornaron à la batalla, y fueron ſus golpes tales, que en poco rato ſe hallaron deſarmados, y quitadas las viſeras para deſcanſar, vidò Oliveros à Fierabràs el roſtro demudado, y parecìa eſtàr canſado, y dixo: O todo Poderoſo Dios, quanto bien vendria à la Chriſtiandad, ſi eſte Pagano ſe convirtieſſe! que èl, Roldàn, y yo baſtariamos à conquiſtar toda la Turquia. O Virgen, Madre de Dios, ſuplica à tu Bendito Hijo, que inſpire en el corazon de eſte Pagano, que dexados los Idolos, venga à conocimiento de ſu Criador! Fierabràs le dixo: Oliveros, dexa yà tus razones, y mira ſi quieres dàr fin à la batalla. Oliveros dixo: Aora lo veràs: y como Leones ſe comenzaron de nuevo à herir, y Oliveros diò tal golpe al Pagano, que le deſarmò todo el hombro izquierdo haſta el codo, y Fierabràs le metiò la eſpada por el yelmo haſta la carne, que les fue forzoſo apartarſe el uno del otro; y Oliveros eſpantado de vèr ſu yelmo cortado, y el Pagano atemorizado de bolver à ſu batalla por la falta de las armas, y viendo Oliveros, que ſu enemigo ſe rezelaba de entrar en la batalla, con doblado corazon, alzando el brazo de la eſpada, llegandoſe à èl, le dixo: Noble Cavallero, vente para mi, y darèmos fin à nueſtra batalla, que yà no tendràn poder tus Dioſes para te guardar de mis manos. Y Fierabràs le dixo: Aora veràs ſi tu Dios tiene algun poder: y dieronſe muy grandes golpes, y andando peleando, vido Oliveros que Fierabràs alzaba ſiempre el brazo izquierdo, porque no le laſtimaſſe en el hombro deſarmado, vido como àcia el lado de la hijada le faltaba una pieza del arnès, y levantando la eſpada, hizo ſemblante de le tirar un recio tajo, y como el Pagano alzò el brazo, y le tirò un revès por lo baxo, bolviendo el cuerpo àcia la parte deſarmada, le hiriò en la hijada.

CAPITULO XXVII.

Como Fierabràs ſe convirtiò, y como llevandole Oliveros, huvo gran batalla con los Turcos.

EL Pagano como ſe viò tan mal herido, y que yà no podia reſiſtir à Oliveros, alumbrado de la gracia del Eſpiritu ſanto, conociò el error, y ruina de los Paganos; y pueſta la mano izquierda ſobre la herida, dixo à Oliveros: Noble, y virtuoſo Cavallero de gran valor, por honra de [illegible] Dios, el qual confieſſo ſer verdadero, y [illegible] potente Criador, y Hacedor de todas las [illegible]

te ſuplico, que no me dexes morir haſta que aya recibido el Santo Bautiſmo, y deſpues haràs de mì todo lo que quiſieres, pues me venciſte en muy leal batalla; y ſi por tu mucha negligencia yo muero Pagano, ſeràte demandado delante de Dios; y pues moſtrabas, que mucho deſeabas verme Chriſtiano, pon cobro en mi vida, ſi no morirè delante de tus ojos, y ſerà mi anima perdida. Huvo tanto placer Oliveros de vèr à Fierabràs convertido, que de placer le ſaltaban lagrimas de los ojos, y con grande amor le curò la llaga lo mejor que pudo. Entonces dixo Fierabràs: Oliveros, cumple que, porque mi alma ſe ſalve, cavalgues en mi cavallo, y me ayudes à ſubir en las ancas, ò à lo menos en el cuello del cavallo, y me lleves à tierra de Chriſtianos, porque reciba Agua del Bautiſmo, que ſi tu te detienes, tengo temor, que no tendràs poder para te valer, que eſta mañana dexè diez mil Turcos en eſte montecillo. Quando Oliveros oyò eſto, pesòle de ello, tanto por el deſeo de vèr à Fierabràs Chriſtiano, como por el peligro de ſu vida: y ſaltò en el cavallo de Fierabràs, y tomò la eſpada, y puſola en el arzon de la ſilla, y dixole Fierabràs: Aora tienes quatro eſpadas, que valen quatro Ciudades: y llegòſe Oliveros con el cavallo quanto pudo para ayudar à ſubir à Fierabràs, y con grande trabajo le atravesò en el arzon delantero, y ſe puſieron en camino: y mirando ſiempre Oliveros àcia el monte donde eſtaba la gente de Fierabràs, vido una eſpìa, que iba à meterſe en el monte para aviſar los que en la zelada eſtaban, y ſaliò un Cavallero armado, y tras èl venian los demàs dando grandes alaridos. De eſto pesò mucho à Oliveros, porque no podia poner en ſalvo à Fierabràs, y no menos peſaba à Fierabràs, y dixo Oliveros: Señor Fierabràs, perdonadme, que os cumple apearos, porque no ſe eſcuſa aver batalla con los Turcos, veislos vienen à rienda ſuelta para mì, penſando, que por fuerza os llevo. O noble Cavallero, el mas valiente que jamàs viſtiò armas! tu me ganaſte en juſta batalla con fuerza de tu animoſo corazon, y aora me quieres dexar? Mira que la honra ſe gana en acabar bien las coſas, que ſi tu me dexas aora, ninguna alabanza mereces por tu trabajo. Reſpondiò Oliveros: Tu hablas como Cavallero, y por eſſo te prometo de no te dexar mientras pudiere menear la eſpada. Fierabràs dixo: Señor Oliveros, vueſtras armas eſtàn muy perdidas, por eſſo apartemonos del camino, y tomareis de eſtas mias lo que falta: y deſviados del camino, puſo Oliveros à Fierabràs al pie de un arbol, y tomò ſu yelmo, y con muchas lagrimas ſe deſpidiò de èl, y bolviòſe al camino por donde los Turcos venian, y venìa algo delantero un Turco, que primero ſaliera de el monte: y eſtando Oliveros ſin lanza, eſperò à ſu enemigo, que con una grueſſa lanza ſe venìa para èl, y quando llegò à èl, penſando herirle à ſu ſalvo, deſviò el cuerpo Oliveros, y paſſando la lanza, llegò à èl, y le diò tal golpe, que quedò dentinado, y le tomò Oliveros por el brazo, y le ſacò el yelmo de la cabeza, y con el golpe de la eſpada le hizo ſaltar los ſeſos, y tomò ſu lanzon, y fueſe para los Turcos, que venian al ſocorro; y viniendo los diez mil Turcos para Oliveros, fueron las eſpìas al Almirante, y le dixeron como ſu hijo Fierabràs eſtaba en poder de Chriſtianos, y en poco tiempo ſe hallaron contra el noble Oliveros cincuenta mil de à cavallo, de los quales muchos perdieron las vidas, mas fueron tantos los Paganos, que el cavallo de Oliveros fue muerto, y las armas deſpedazadas.

CAPITULO XXVIII.

Como Oliveros fue preſo, y vendados los ojos fue llevado al Almirante.

HAllandoſe ſolo Oliveros entre tantos Turcos, como lobo rabioſo, ſin eſperanza de vivir, andaba entre ellos derribando, y cortando brazos, y piernas, abollando yelmos, y deſguarneciendo arneſes, de ſuerte, que eſtaban eſpantados de vèr ſus bravos golpes; mas acudiò tanta multitud de Turcos, que eſtando muy canſado, y en muchas partes herido, lo derribaron en el ſuelo, y atadas las manos atràs, lo puſieron en una acemila; y viendoſe tan maltratado, y ſin ningun ſocorro, dixo: O Carlo Magno, muy noble Emperador! donde eſtàs aora? Sabes por ventura la extrema neceſſidad en que eſtà tu ſiervo Oliveros? O noble Roldàn! deſpierta ſi duermes, venga à tu noticia mi deſdicha. Si à tu noticia ha llegado, por què tardas al ſocorro? Mira que me llevan donde ſin rezelo de tu ſocorro me pueden dàr vituperioſa muerte. O Pares de Francia, à quien con mucha fidelidad, y derramamiento de mi ſangre acompañaba en las batallas! no ſeais perezoſos en ayudar al que en las batallas crueles nunca perezoſo ſe hallò. O Chreſtianos, los que en los mortales trances huviſtis de Oliveros muchas veces ſocorro: haced vueſtros pies apreſurados, ſi ingratitudes no los detienen! O caro, y amado padre, quanto mejor fuera nunca averme engendrado, pues en galardon de tus beneficios te darè la muerte, y deſeſperada vejèz! Y bien creo, que no ſeràn mas tus dias de quando ſepas la deſaſtrada muerte de tu hijo Oliveros. Un ſolo conſuelo te quedarà en eſta pena, que de mi muerte recibiràs, y es, que ſeràs libre de muchos enojos, que viviendo te daba. Siempre que me veìas armado te temblaban las carnas, eſpecialmente quando ſalì à la batalla con el noble Cavallero Fierabràs; mas fuera gran conſuelo para tu vejèz, que fenecieran mis dias en la batalla de tan noble Cavallero, y no en poder de tan vituperoſa gente, que atado de pies, y manos, y los ojos vendados, me llevan al degolladero. O muy juſto Dios! plegate conſolar à mi padre, y guardar al tu convertido Fierabràs, y à eſte cuerpo dà paciencia en ſu vergonzoſa muerte, porque el anima no pierda la gloria, que à tus Fieles prometiſte.

El ruido de la gente era tan grande, que los Chriſ-

Christianos, lo huvieron de sentir; y rezelandose del peligro de Oliveros, saliò Carlo Magno con poca gente, y no muy bien apercibida, y llegando al campo comenzaron una cruda batalla, y murieron en poco tiempo tres mil Turcos, mas sobrevino grande numero de ellos, que viniendo la noche se hallaron cercados, y murieron muchos, y fueron presos quatro de los Doce Pares. Como Roldàn viò la noche, comenzò à recogerse, no sabiendo de la prision de los quatro Cavalleros, mas quando viò que le faltaban, puso los Christianos que le quedaban en buena ordenanza, y èl delante siguiendo los Turcos, que yà bolvian riendas con la presa, y fue tanta la matanza que en los Turcos hicieron, que grandes arroyos de sangre corrian por el campo, y los Christianos, que seguian à Roldàn no podian passar adelante por los cuerpos muertos, de manera, que dexaron el campo. Recogidos los Christianos se bolvieron donde se havia comenzado la batalla, y alli èstuvieron hasta la mañana.

CAPITULO XXIX.

Como Fierabràs fue hallado en el campo, y Carlo Magno le hizo bautizar, y curar de las heridas.

VEnida la mañana mandò Carlo Magno, que fuessen buscados los Christianos muertos para que los enterrassen; y quando viò el numero de ellos llorò amargamente, assi por muertos, como por los que iban presos, y mandò, que todos los heridos fuessen curados; y hecho, mandò à Roldàn, que mirasse toda la gente, y la hiciesse armar, y le siguiessen: y assi andaban los Christianos discurriendo por el campo, desarmando los muertos para proveerse ellos, y tomando los cavallos que andaban sueltos por el campo, y andando assi, huvieron de hallar à Fierabràs donde le dexò Oliveros, el qual, por la mucha sangre que avia perdido, estaba para espirar, y esforzandose quanto pudo, decia: O Jesus, consuelo de afligidos, no permitais que assi perezca este convertido Turco! Los Christianos con muy grande piedad le llevaron à donde el Emperador Carlo Magno estaba, el qual mandò fuesse curado de sus llagas; y despues que fuesse tornado en sì, y sin peligro yà de las heridas que avia recibido en la sangrienta batalla, que huvo con Oliveros, le dixo Carlo Magno: O noble Fierabràs, quanto me cuesta tu venida! Por tì he perdido cinco nobles Cavalleros, que cada uno de ellos era mejor que tu. Fierabràs le dixo: En quanto son Christianos conozco ser mejores que yo, mas otra ninguna cosa les debo; salvo al noble Oliveros, de quien soy preso: Yo soy hijo del Almirante, y soy coronado Rey de Alexandria, y otras muchas Provincias, lo qual todo he por bien dexar por ser Christiano, y servir à Dios. De esto huvieron gran placer los Christianos, y dixo Carlo Magno: Yo huelgo mucho de ello, y yo, y mi sobrino Roldàn, y este noble Duque, [illegible] de Oliveros, serèmos tus padrinos; y pues estàs sin peligro de tus llagas, esperarnos has en Mormionda, que yo quiero ir en busca de mis Cavalleros. Fierabràs hincò las rodillas en tierra para le besar la mano, y Carlo Magno le abrazò, y levantò, y estuvieron departiendo todos juntos de lo que avia passado con Oliveros, alabando siempre sus proezas; y queriendo Carlo Magno ir adelante, le dixo Fierabràs: Señor, no es tiempo aora, que tienes poca gente, y avrà el Almirante mi padre llevado la mayor parte de la Turquìa, por esso yo te aconsejo serà mejor bolver à tierra de Christianos, y proveerte de gente. A todos pareciò muy buen consejo, y bueltos à Mormionda, por mano del Arzobispo Turpin fue bautizado Fierabràs: fueron padrinos Carlo Magno, el Duque Regner, y Don Roldàn.

CAPITULO XXX.

Como Oliveros con sus quatro compañeros fueron llevados al Almirante Balàn.

LOS cinco Cavalleros fueron las manos atadas, y Oliveros los ojos tapados, llevados ante el Almirante, el qual preguntò à Brulante qual de ellos avia vencido à Fierabràs? Y èl dixo: Señor, este à quien tapamos los ojos venciò à tu hijo, y es entre los Christianos tenido en mucho, y sepas, que este antes que le prendiessen matò mas de tres mil Turcos, y sus fuerzas, y animo no tienen par en todo el mundo, y si acaso se le soltasse, era bastante à poner en afrenta à todos los de tu Real. El Almirante preguntò à Oliveros quien era, y como se llamaba? Oliveros le respondiò: Señor, yo me llamo Egino, pobre Cavallero, y todos cinco somos de la Provincia de Lorena, y venimos à servir à Carlo Magno. O Mahoma (dixo el Almirante) como estoy engañado, que pensè que tenìa cinco Cavalleros de los mejores de Francia, y que tenìa por ellos una llave del Reyno! y llamò à su Camarero, y dixole: Pon diligencia, que estos Cavalleros sean llevados al campo, y les sean dadas crueles muertes. Brulante dixo: Señor, yà es tarde para hacer justicia, tus Varones no estàn en la Corte, y si esperas à mañana, estaràn presentes todos tus Cavalleros, y les darèmos vil muerte: y allende de esto, debemos tomar consejo, si era mejor embiar al Emperador Carlo Magno si querrà embiar à tu hijo en trueque de estos Cavalleros. El Almirante tuvo por bueno aquel consejo, y hizo llamar à Brutamante, Carcelero, y le encomendò los Cavalleros.

*** *** *** *** *** ***

CAPITULO XXXI.

Como los cinco Cavalleros fueron puestos en una obscura Carcel, y como fueron visitados de Floripes, hija del Almirante Balàn, y de su grande hermosura.

EL Carcelero, à quien entregaron los Cavalleros, por temor de que no se le fuessen, no los metiò en la Carcel donde tenia otros presos, sino encerròlos en una obscura Torre, y metiòlos por arriba, haciendoles descender por una escalera de mano, y cerrò una trampa de hierro con tres candados. Estaba la Torre junto à un brazo de mar, y quando crecia entraba en ella mucha agua por los cimientos, y aquella noche se hallaron los cinco Cavalleros metidos en el agua hasta los pechos, y recibieron gran daño en sus personas, y mucho mas Oliveros, porque tenia muchas heridas en su cuerpo, y con el agua salada recibia gran dolor, y comenzò à decir: O hombre desgraciado, sujeto à contraria fortuna! Mejor me fuera nunca aver nacido, que verme aora tan miserablemente morir, y decia otras palabras de gran dolor; y dixole Geraldo de Mondifer: Por Dios, señor Oliveros, que no os congoxeis, consolaos con Dios, que nunca desamparò à los suyos. Oliveros le dixo. Si yo pudiera salir de aqui con armas, assi herido como estoy oy pondria al Almiranre, y à su gente en tal aprieto, que les pesaria averme traido aqui. Estando los Cavalleros en estas razones, Floripes, hija del Almirante, que era de edad de diez y ocho años, de muy acendrado saber, y discrecion, blanca como la nieve, con moderado color en las mexillas, las cejas muy negras, los ojos grandes, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados, y de color de brasil, los dientes blancos, y menudos, la barba tiraba à redonda, con un hoyo enmedio de ella, el rostro largo moderamente, los cabellos como madexas de oro fino, los ombros derechos, y muy iguales, y tenia dos pelotitas muy redondas, que parecian postizas debaxo de su garganta; angosta de la cintura, ancha de caderas, segun la buena proporcion de su cuerpo, y traia vestido un brial todo de purpura, bordado con letras Moriscas, que lo hizo una Hada, y tenia tal virtud, que en la casa donde estaba no podia aver ponzoña alguna, y si la avia, luego perdia su fuerza: traia un habito à la Turquesca, abierto por los lados, todo bordado de pedreria de gran valor, hecho en la Isla de Colcos, à dò Jason ganò el Bellocino dorado, como se lee en la destruicion de Troya; y tenia este habito tan suave olor, que con solo olerlo podia un hombre passar tres dias sin comer, ni beber, y hizolo assimismo una Hada. Avia esta noble Dama oìdo (como dixe) las quexas de los Cavalleros presos, y movida à compassion, y no menos herida del amor del noble Gui de Borgoña (como adelante se dirà) con el proposito de hablarlos, mandando llamar à Brutamonte el Carcelero, y le dixo: Dime, què hombres son aquessos que en tan estrecha prision estàn? Señora, son Cavalleros de Carlo Magno, que jamàs cessan de destruirnos, y dàr muerte à los nuestros, menospreciando à los Dioses, y entre ellos està el que venciò à Fierabràs. Entonces dixo ella: Abreme la puerta, que quiero hablar con ellos. Brutamonte la dixo: Señora, por dos cosas no conviene ir allà, la una, que el lugar es muy hediondo: la otra, que vuestro padre me ha mandado, que à nadie dexe llegar à la Torre. Ella dixo: No pongas escusa alguna, que quiero hablarlos; y Brutamonte respondiò: Perdonadme, señora, que no consentirè que los hables si no estoy delante, que muchos buenos han recibido mengua, y aun la muerte, por fiarse de mugeres. Encendida Floripes en gran enojo, le dixo: Vè, villano, pues, y abre la puerta, y oiràs, si quieres, lo que les quiero decir; y ido el Carcelero, tomò Floripes un garrote, metiòle debaxo del habito, y llamò un Escudero, de quien se fiaba, y con èl fue para la Torre, y estaba Brutamonte esperandola; y siendo llegada, bolviò el Carcelero para abrir la puerta, y Floripes le diò con el garrote tal golpe, que diò con èl en tierra muerto, y tomandole las llaves, abriò la Torre, y mandò al Escudero, que echasse el muerto de alli abaxo, y èl lo hizo assi, de lo qual fueron maravillados los Cavalleros, y mandò Floripes à su Escudero traxesse una hacha encendida, y metida por la trampa de la Torre, despues de los aver mirado, saludolos, y dixoles: Cavalleros, yo os ruego por el amor que à vuestro Dios teneis, me digais la verdad, que os quiero preguntar. Oliveros dixo: Señora, por las mercedes que en tu sola vista avemos recibido, te dirèmos la verdad de lo que supieremos, aunque por ello supiessemos perder las vidas. Ella dixo: Què merced es la que de mi vista aveis recibido, no sabiendo si viene para remediar vuestra prision, ò para sentenciaros à muerte? El dixo: Gran consuelo recibe el preso en ser visitado, y mas de persona, que puede bastantemente dàr alivio à su pena, como tu puedes; y como la presencia se muestra de lo que en las entrañas esta encerrado, esperamos, que habràs piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en apariencia de las cosas se fian (dixo Floripes.) La rosa, por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas; porque si mi venida fuesse sentida, yà os podria causar mayor pena que la que teneis. No me quiero detener mas en estas platicas; mas tu, que ossadamente has hablado, dime quien eres, y tu linage, y de essos que contigo estàn, sin discrepar de lo cierto: El dixo: Yo soy Oliveros, Conde de Proenza, hijo del Duque Regner, y vassallo de Carlo Magno. Ella dixo: Venciste tu à mi hermano Fierabràs? Y èl dixo: En muy leal batalla hice de èl lo que èl queria hacer de mi, y de su voluntad èl se tornò Christiano; y estos señores son todos de alto linage, y nos llaman los Doce Pares de Francia. Ella preguntò si estaba alli Gui de Borgoña? Y èl dixo que no, que quedaba con Carlo Magno. Entonces dixo Floripes: Daisme la

fé todos cinco de hacer lo que os dixere, acudir à un poco que os he menester? Oliveros la dixo: Señora, por mì, y por los que conmigo estàn, te doy la fé como Cavallero de te favorecer en quanto à nos fuere possible en todo quanto nos mandares, con que no vamos contra nuestra Ley; y si fuere cosa en que ayamos de perder nuestras personas, mandanos proveer de armas, que para alzarte con el Reyno, y echar à tus parientes, no has menester mas gente que nosotros. Floripes dixo: Como, Cavalleros, estais en la prision, y no sabeis quando saldreis, y amenazais à los que estàn libres? Mas vale callar, que locamente hablar. Geraldo de Mondifer la dixo: Señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le dexa callar. Floripes le dixo: Bien sabeis escusar à vuestro compañero, quedaos, y no os congoxeis, que esta noche os sacarè.

CAPITULO XXXII.

Còmo los Cavalleros Christianos fueron sacados de la Torre por mandado de Floripes.

VEnida la noche, Floripes con tan solamente un Escudero se fue para la Torre, y llevaron una maroma, y un palo bien atado en ella, y abierta la trampa, echaron la maroma con el palo atado. Luego, à ruegos de los otros, tomò la cuerda Oliveros, y le subieron arriba Floripes, y su Escudero. Desque fue subido se puso de rodillas delante de Floripes, y la besò la mano, y ella le abrazò, y levantò del suelo, y le dixo: Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos, los amenazais? Oliveros la dixo: Soy el que por esperanza de servirte he por bien de aver venido à tus prisiones. Y ella le diò la maroma, y dixo, que subiesse à sus compañeros, y subidos, los abrazò à todos con tanto amor, como si de mucho tiempo los huviera conocido; y tomò à Oliveros por la mano, y el Escudero delante, y se fueron à su Camara, cuya entrada era muy rica à maravilla, y tenia tres escalones de oro fino, y las puertas eran de marfil, con clavos de oro, y en ellas engastadas muchas piedras preciosas de gran valor: el cielo de la Camara estaba pintado de mano de grandes Maestros, con Planetas, y Signos, y enmedio la figura de Mahoma, toda de oro, tan grande como un hombre, y tenia debaxo de los pies un puerco, y en su mano derecha dos dardos, como que los tiraba à los Christianos, y las paredes eran labradas de oro, y azul, y en ellas pintados todos los Reynos de los Moros passados; y entrando los Cavalleros fueron maravillados de las grandes riquezas, y no se hartaban de mirar la diversidad de labores de la Camara; y estando hablando, le preguntò Floripes, què le parecia de la Camara? Y Oliveros dixo, que no la avia visto, dandola à entender, que miraba à ella, y no la labor de la Camara; y ella mostrò, que no lo entendia. Luego pusieron la mesa, y fueron traìdas muchas viandas, y los [illegible]

fueron servidos de cinco Damas ricamente ataviadas, y Floripes estaba repartiendo con ellos, assentada à la cabecera de la mesa en una rica silla de marfil. Desque huvieron cenado, dieron los Cavalleros gracias à Dios, y Floripes preguntò, què era lo que decian? Oliveros la declarò la bendicion, y dixole, que daban gracias à Dios por las mercedes, que cada dia les hacia; y alzadas las mesas, mandò Floripes traer un cofre de unicornio muy rico, y sacò de èl una caxita de oro maravillosamente labrada, toda llena del Manà, que embiò Dios à los hijos de Israèl, y con una cuchara de oro sacò de ella, y la diò à Oliveros, diciendo: Cavalleros, tomad esto, y escusareis Fisicos para vuestras heridas. Oliveros con gran acatamiento la tomò, y quando la huvo comido se sintiò mas sano, y dispuesto, que nunca avia sido, y diò gracias à Dios por ello. Luego vinieron las cinco Damas con sendas hachas encendidas, y llevaron los Cavalleros à acostarse cada uno en su cama, y despidiendose de ellos, les dixo: Señores, perdonad, que por aora no tengo otros Pages que sirvan. Oliveros la dixo: De Dios sean galardonadas, y de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Y venida la mañana, las Damas llevaron à los Cavalleros ricos vestidos labrados à la Morisca, y embiò Floripes à Oliveros una ropa rozagante de oro, y seda texida, aforrada en purpura, y tenia en el ruedo, y las bocas-mangas, y en el collar hasta los pies unas letras Moriscas doradas, y sacadas del Alcoran, en que estaba toda la secta de Mahoma. Vestidos los Cavalleros, entraron en el aposento de Floripes, la qual los estaba esperando por los vèr vestidos à la Morisca; y en entrando, la saludaron con grande acatamiento; ella los recibiò con grande alegria, y les dixo, que parecian bien vestidos à la Morisca. Oliveros dixo: Mejor pareceramos armados; y ella respondiò: Cada cosa en su tiempo; para con vuestros enemigos son necessarias las armas, mas aora estais entre Damas, que no vistieron armas, ni ciñeron espadas. Oliveros la dixo: Por tu cierta virtud tenemos amistad, y paz contigo, y con tus Damas, y no la tenemos con tu padre, y su gente, ni la tendràs tu si à su noticia viene lo que por nosotros has hecho. Por ende te suplicamos nos mandes proveer de buenas armas, como nos has proveìdo de vestidos. Ella respondiò, que yà tenia aparejadas las armas que avian menester; y con grande alegria, mezclada con una pequeña risa, le preguntò si sabìa leer aquellas letras Moriscas, que estaban en aquella ropa, y èl dixo que no. Floripes le dixo: En las letras de la ropa se encierra toda la secta de Mahoma; por estò no sè si te llame Christiano, ò Moro. Oliveros respondiò: Señora, el habito no [illegible] Monge, y Dios mira solamente la volun[illegible] que se hacen las cosas, y recibe la pu[illegible] entrañas. Floripes se pagaba mucho [illegible] chos de Oliveros; y desque huvi[illegible] algunas cosas de placer, [illegible]

entràran en una sala, y à una parte de ella estaban cien arneses blancos muy ricos, y à la otra parte cien arneses trenzados para ginetes, y avia tambien ducientas espadas, mas de ducientos puñales muy ricos de gran valor, y dixoles Floripes: Escoxa cada uno las armas que mejor le armaren, y tengalas en su aposento, para quando fueren menester: y los Cavalleros dexaron las ropas, y con mucha diligencia se armaron el uno al otro, y despues de armados fueron à besar la mano à Floripes, y los abrazò con mucho amor uno à uno. Oliveros viò un andamio tan alto, quanto un hombre podia alcanzar con la mano, hecho à manera de altar, y en èl un Idolo, à quien se encomendaban los Cavalleros que se armaban en aquella sala, y con pequeño movimiento saltò en èl, y tomò una lanza, y corriendo con ella à la pared, la quebrò en muchas piezas; y Floripes se bolviò à sus Damas, y las dixo: Por cierto estos Cavalleros son para muy grandes hechos, y no me maravillo aora del mucho miedo que mi padre de ellos tenia. Y quiso dàr parte de su crecido placer à una muy vieja Aya suya, que avia estado presa en tierra de Christianos, y por esso los conocia muy bien, y los nombraba por sus nombres, y dixo à Floripes: Señora, tèn modo como los buelvas à la prision, si no yo no callarè tan grande traycion, porque estos son muy enemigos de tu padre el Almirante, y de nuestros Dioses, perseguidores de nuestra Secta. De aquesto pesò mucho à Floripes, mas dissimulando con mucha discrecion, fingiò, que queria hablar con ella en secreto, para le demandar consejo, y para esto subieron à una azotèa, y hablando con ella, la hizo llegar bien poco à poco al cabo de la azotèa, y desque tuvo tiempo oportuno, diò à la vieja descuidada con la mano en los pechos, y diò con ella abaxo, diciendo: Vete, maldita vieja: y luego se baxò con muy alegre semblante a donde estaban los Cavalleros; y quando la dixeron que su ama era caìda, porque no se sintiesse que ella lo havia hecho, hizo muy gran llanto, y hizola enterrar con mucha honra. Y venida la hora de comer, pusieron la mesa, y en ella fue puesta grande abundancia de manjares, y assentada Floripes en la silla, y los Cavalleros en sus lugares, comieron; y desque huvieron comido, fue alzada la mesa, y comenzò à hablar Floripes de esta manera à los Cavalleros Christianos: Muy nobles Cavalleros, bien teneis en la memoria, como en la Torre me prometisteis de me ayudar en lo que os huviesse menester, y para ello me disteis vuestra Fè. Sabreis, señores, como aora diez años, estando el Almirante mi padre, y Fierabràs en Roma, huve de vèr al noble Gui de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tan grandes, que sembrò en mis entrañas firme amor, que ningun tiempo, ni los muchos daños que el Almirante mi padre de èl aya recibido, no tuvieron poder para desarraygarle de mi corazon, y por esta causa he desechado à los mayores Reyes de Turquìa, que en casamiento me pedian. Y quando mi padre, y mi hermano venian de las batallas contra Chrstianos, y contaban lo que avian passado con ellos, si acaso nombraban los Doce Pares, me alegraba; y si nombraban à Gui de Borgoña, me turbaba, y mudaba el color, tanto, que muchas veces temia mi turbacion no descubriesse mi secreto amor: Yo os digo, que quando mi padre el Almirante, y toda la Corte lloraba, entonces estaba yo mas alegre, que su enojo procedia de la victoria de los Christianos, y con ella holgaba mi corazon, el qual, preso del amor de un solo Christiano, deseaba la buena andanza de todos los Christianos. Y porque sè que de ello serà servido mi señor Gui de Borgoña, he hecho por vosotros lo que haveis visto: y harè mas, que tendrè modo, que à vuestro salvo os bolvais à vuestra tierra, porque lleveis mis encomiendas al Cavallero, que està bien inocente de mi pena, y le direis, que estoy aparejada para me tornar Christiana, y que darè muchas Reliquias que los Christianos perdieron, y le darè mas tesoros que ningun Christiano le podia dàr: y todo esto aveis de hacer por mì, que le roguèis de vuestra parte, me quiera recibir por su muger, certificandole, que mas soy suya, que mia. Los Cavalleros huvieron gran placer, y Oliveros la dixo: En verdad, señora, que tu no podrias hallar mejores Mensageros; por ende huelga, que has hallado buen aparejo para salir de tu pena, porque Gui de Borgoña mi primo harà lo que yo le dixere, y mas esto, de donde tanta honra le procede. Aora dexarè de hablar de los cinco Cavalleros, y de Floripes, y dirè del Emperador.

CAPITULO XXXII.

Como el Emperador Carlo Magno embiò al Almirante Balàn los otros siete Pares de Francia por Embaxadores.

MUY enojado estaba Carlo Magno por sus Cavalleros, y mas Regner, padre de Oliveros; y temiendo que el Almirante Balàn hiciesse morir los valientes Cavalleros, no le ossaba dàr guerra, y ordenò de embiarle una embaxada, y llamò à Roldàn, y dixole: Yo queria que fuessedes à Aguas-Muertas al Almirante, y le digais de mi parte, que me embie mis Cavalleros, y las Reliquias que tiene, si no, que no cessarè hasta echarlo del Reyno, y hacerlo morir. Roldàn dixo: Señor, tu consejo no es bueno, que sin duda procurarà darme la muerte. Dixo Carlo Magno: No os cumple escusarlo, que no podreis dexar de ir. Entonces dixo Gui de Borgoña: Señor, mira lo que haces, que no me parece bien que vaya Roldàn de esta manera al Almirante. Carlo Magno dixo muy enojado: Y vos aveis de ir con èl. Y Gui de Borgoña le dixo: Señor, irè por buscar à mi primo Oliveros, aunque sea con gran peligro. Ricarte le dixo: Bueno serà, señor, embiar la embaxada, mas embia otra gente, y no los que quieres, porque si algun infortunio nos viniere, no falte quien te sirva. Carlo Magno dixo: To-

dos huìs de la ida, mas hago juramento à Dios de embiar todos los Doce Pares. El Duque Naymes le dixo: No creas, señor, que ninguno de nosotros huye de hacer tu mandado: mas decimos nuestro parecer, por esso mira no te arrepientas quando sea tiempo. Carlo Magno dixo: Aparejaos, Duque, que aveis de ir con ellos. Urgel de Danois le dixo: Haz tus hechos con maduro consejo, y no seràs reprehendido. El dixo, que le aparejassen todos siete para ir con embaxada al Almirante Balàn. Venida la mañana, preguntò Roldàn al Emperador, en què manera les mandaba ir? Si irian armados, ò sin armas? El les dixo: Que pues iban como Embaxadores, que no era necessario llevar armas. Roldàn le dixo: Si no recibes pesar, bien serà llevarlas, que creo bien seràn menester. Carlo Magno les dixo, que hiciessen como les pareciesse; y bueltos los Cavalleros à sus porfiadas, fueron armados, y con sus lanzas en las manos se bolvieron à Carlo Magno, y dixo el Duque Naymes de Babiera: Muy poderoso Emperador, aqui estamos los siete Cavalleros para cumplir tu mandado, y te suplicamos nos dès licencia para ir donde tu quieres, y me digas, què es lo que hemos de decir al Almirante? Y el Emperador dixo: Mis caros Varones, à Dios os encomiendo, y le suplico, por los meritos de su Sagrada Passion, os libre, como librò à Jonàs del vientre de la Vallena: y direis al Almirante, que me embie mis Varones, y las Santas Reliquias que tiene, y que se bautice, que tendrà las tierras que tiene de mi mano, pagando el tributo que bueno fuere; y si esto no hace, le direis, que tengo jurado de lo echar de toda su tierra, y le darè vituperosa muerte. Y dixo Gui de Borgoña: Poderoso Embaxador, nosotros llevarèmos tu embaxada, y le dirèmos lo que nos mandas decir, aunque por ello supiessemos perder las vidas; y hincando las rodillas en tierra, fueron uno à uno besandole la mano, y se despidieron todos de èl. Y buelto à los Cavalleros del Real, que lo estaban mirando, dixo el Duque Naymes: Muy nobles Cavalleros, yà aveis sabido como el Emperador nos manda ir con embaxada al Almirante Balàn, y como la venida tenemos por dudosa, no sabemos què serà de nosotros, os rogamos generalmente, que si en alguna cosa os avemos enojado en dichos, ò en hechos, que nos perdoneis, que assimismo nosotros perdonamos qualquiera injuria que ayamos recibido, porque nuestro Señor, por su infinita Bondad, nos quiera perdonar. Y assi se despidiò cada uno de sus amigos, y cavalleros en poderosos cavallos, encomendandose à Dios, se fueron à sus caminos.

*** *** *** ***

CAPITULO XXXIII.

Como el Almirante Balàn embiò quince Reyes al Emperador Carlo Magno para que les diesse à su hijo Fierabràs; y como los siete Cavalleros encontraron en el camino, y mataron los catorce.

EL Almirante Balàn tenia gran enojo por la ausencia de su hijo Fierabràs; y esperando que Carlo Magno se ofreciesse à embiarlo en trueque de los cinco Cavalleros que le tenia presos, y por esto no se los avia embiado à demandar, acordò de embiarle una embaxada, y mandò llamar quince Reyes Turcos, y les dixo, que fuessen à Mormionda à Carlo Magno, y le dixessen de su parte, que le embiasse sin mas dilacion à Fierabràs su amado hijo, y que le embiaria cinco Cavalleros Christianos, vassallos, y servidores suyos, que tenian presos en sus carceles, y entre ellos estaba el valeroso Cavallero que venciò à su hijo Fierabràs; ò que si no se lo embiaba, que muy presto iria à verle à su Tierra con ducientos mil hombres armados; y mas, que no cessaria hasta que lo echasse vilmente de sus Reynos, ò le hiciesse morir cruda, y vergonzosa muerte. Maradas, uno de ellos, le dixo: Muy poderoso señor, à nosotros no conviene amenazar al Emperador Carlo Magno delante de sus Varones, porque son muy valientes hombres, y no sufriràn nuestras amenazas: solamente le dirèmos, que embie à tu hijo, que le entregarèmos à los cinco Cavalleros que tiene presos. El Almirante le dixo: O cobarde! no te atreveràs à hacer lo que yo te digo? Respondiò otro de los Reyes: Señor, esso, y mas dirèmos: y si hallaremos algunos Christianos en el camino, les harèmos tan buen juego, que los otros avràn miedo. Y armados muy ricamente, con muchas piedras preciosas en los yelmos, y en poderosos cavallos, se partieron por donde estaba el Emperador Carlo Magno; y passados una legua de la Puente de Mantible, vieron los siete Cavalleros Christianos, y dixeron enrre sì: Estos Christianos buscan algunos Turcos para cautivar; y dixo el uno de ellos: Veamos si son Christianos, llevemoslos al Almirante: y los Christianos se [illegible] de ellos, pensando que avia alguna [illegible] Roldàn à sus compañeros: Esperadme, [illegible] quiero vèr què gente es, que me parece [illegible] muy principales, y si pudieramos pa[illegible] lla, no la buscarèmos, porque podamos [illegible] tra embaxada. Los seis Cavaller[illegible] quedos, y Don Roldàn se adela[illegible] gò à los quince Reyes: y viendole [illegible] puso la lanza en el ristre, hac[illegible] [illegible] y Roldàn alzò la mano [illegible] blar [illegible] ellos [illegible] llegando [illegible] [illegible]

ois, que sois Mensageros, que traeis embaxada, por esso os cumple dexar las armas, y las manos atadas à las colas de nuestros cavallos, os llevarèmos delante del Almirante Balàn: y si embaxada traeis, èl os oirà. Roldàn le dixo: Señor, bien os daria yo mis armas, mas no querràn estos señores dàr las suyas, que son hombres de grande estima. Y dixole Maradas: Aunque fuessedes los Doce Pares assi no podeis huir de dexar las armas, ò morir. Roldàn les dixo: Si os damos las armas, assegurarnos heis la vida? Dixo uno de ellos: La vida por aora os asseguramos, mas de la manera que os dixe avemos de llevaros al Almirante, y èl os mandarà echar en una carcel, donde tiene otros cinco Christianos, vassallos de Carlo Magno, y despues harà de vosotros lo que quisiere. Roldàn dixo: Quien sois vosotros, que tan ricas armas teneis? Dixeron ellos: Somos vassallos del poderoso Almirante Balàn, y Reyes coronados. Dixo Roldàn: Si vosotros fuessedes cuerdos, iriades à demandar perdon à Carlo Magno, y èl os haria mercedes, que es mas noble, y poderoso señor, que el vuestro, y dexar vuestros Idolos, que os traen engañados; y si no quereis de grado, yo os llevarè por fuerza, y apercibios, que no os aprovecharan lucidas armas, ni dorados yelmos. Dicho esto, se cubriò de su escudo, y puso la lanza en el ristre, y luego saliò Maradas, y encontrandose con toda la fuerza, que los cavallos alcanzaban, Maradas quebrò la lanza en el escudo de Roldàn, y Roldàn le hiriò por la visera, y diò con èl en el suelo muerto, y quedò la lanza entera, y fue para otro, y le metiò la lanza por los pechos, y sacando la espada, antes que llegassen sus compañeros comenzaron una muy cruda batalla, y dixo Gui de Borñoña: Señor Roldan, tened esse passo, que yo los quiero rodear de manera, que ninguno buelva con las nuevas. Oìdo esto por uno de los Reyes, dexando sus compañeros en la pelea, bolviò à riendas sueltas por donde avia venido; y Ricarte de Normandia, que lo viò huir, hiriò al cavallo de las espuelas, y le siguiò gran trecho. Viendo el Moro, que Ricarte le seguia, dexò el camino, y metiòse por un monte, y perdiendole de vista, se bolviò à sus compañeros, los quales yà avian dado fin de los otros Reyes, y dixo Roldan: Estos no nos haràn mas guerra; mas rezelome, que aquel que và huyendo serà causa que nosotros nunca bolvamos à ojos del Emperador, ni de nuestros amigos, ni podemos dexar de llevar nuestra embaxada à Balàn. Gui de Borgoña dixo: Señores, desviemonos del camino, y descansaràn nuestros cavallos; y mirèmos lo que avemos de hacer. Apartados en un prado, echaron los cavallos à pacer, y dixo el Duque Naymes, que era mas anciano: Señores, à mi me parece que nos debemos bolver, y no nos culparà el Emperador, contandole lo que ha passado, y por mas certeza llevarèmos sendas cabezas de los muertos. Roldàn dixo: Señor Naymes, si la honra que con tantos trabajos avemos llevado adelante, no queremos poner en olvido, no podemos dexar de ir à hablar al Almirante, que aunque tenga placer Carlo Magno de lo hecho, no quedarà satisfecho de su embaxada; y aunque quedasse muy satisfecho, y nosotros sin culpa para con èl, serèmos culpados para con otros, que diràn que Carlo Magno nos mandò uno, è hicimos otro. Y quien quita que no digan, que adrede entramos en un peligro, por evitar otro mayor, diciendo, que no sabian si los muertos eran pocos, ò muchos, si los matamos nosotros, ò los hallamos muertos? Y dexados estos inconvenientes, quedaràn nuestros corazones querellosos, pues partimos para llevar embaxada al Almirante, y de medio del camino nos bolvimos. A todos pareciò bien estas razones, y le dixeron, que ordenasse à su voluntad, y dixo: Para que nuestros hechos merezcan alabanza, es necessario hacer lo que nos fuesse mandado, y assi que llevassemos sendas cabezas de los muertos al Almirante, y le dirèmos que eran salteadores, que nos quisieron robar.

CAPITULO XXXV.

Del Puente de Mantible, y del tributo que en ella se pagaba; y como mañosamente los Cavalleros Christianos passaron.

AViendo yà llegado al Puente de Mantible, dixo Oxer de Danois: Señores, este es el peor passo que ay en toda la tierra, porque el Rio es muy grande, y no pueden passar sino por el Puente, y el Puente es muy fuerte, y grande, y en èl ay dos Torres de marmol blanco muy bien labradas, y en cada una de estas ay un Puente levadizo con quatro cadenas de hierro; y es guardado esse Puente de un Gigante espantable, que siempre està armado, y tiene diez mil Turcos en su ayuda. Del tributo no hablo nada, porque no venimos con proposito de pagarlo; mas digo esto, porque mirèmos, què modo avemos de tener para salir bien de nuestra demanda. Entonces Roldàn dixo: De esta manera ganarèmos el Puente: Yo irè delante, y dirèmos que llevamos embaxada al Almirante Balàn; y si el Gigante dixere que no podemos passar, ò por el tributo, ò por otra qualquier cosa, dirèle que abra, que à èl mismo le dirè la embaxada, porque haga relacion de ella al Almirante; y si pongo el pie en el postigo, sed ciertos, que harè buen lugar por donde todos passemos. El Duque Naymes dixo: Señor Roldàn, no es cordura dàr un golpe, y recibir otro: dexadme à mi el cargo, y hallarè modo como passemos sin batalla. Roldàn dixo, que hiciesse su gusto, y el Duque le rogò que estuviessen quedos: y fuese para la puerta, y llamò, y el Gigante abriò, y le preguntò, què buscaba? Y èl dixo: Somos Mensageros del Emperador Carlo Magno, y vamos al Almirante Balàn con presentes, que vienen aqui atràs. El Gigante le dixo: Vosotros aveis de perder las vidas, ò pagar el tributo. El Duque le dixo: Dime, què te avemos de dàr? Por el poder de mis Dioses, dixo el

el Gigante, no es poco lo que has de pagar, que te pido treinta pares de perros de caza, cien halcones, y cien cavallos con sus jaeces, y por cada pie de cavallo un marco de oro fino. Este es el tributo que ha de pagar el Christiano, que passa esta Puente; y si no le puede pagar, ha de dexar la cabeza en las almenas. El Duque Naymes le dixo: Todo esso tenemos, sin que cosa alguna falte, demás de los presentes, que llevamos al Almirante, que presto vendràn, y nosotros vamos delante por tomar las posadas. El Gigante pensò, que assi era, y los dexò passar, y Don Roldàn, que avia oìdo la maña del Duque Naymes, no podia tener la risa; y yendo por la Puente adelante hallaron un Turco, que muy maravillado se los puso à mirar; y apeandose Roldàn se llegò à èl, y tomòle por el cinto, y le echò de la Puente abaxo. El Duque Naymes le dixo: Señor Roldàn, Dios nos quiere hacer mercedes en dexarnos passar esta Puente sin batalla, y no quereis recibirlas. Don Roldàn dixo: Señor, si pensàra que me abrieran como à vos, nunca buscàra maña para passar, antes procuràra vèr si el Gigante era tan feròz en los hechos, como es grande en el cuerpo; y ganada la Puente, tuvieramos la venida mas segura; mas si le place à Dios que bolvamos, con Durindana entiendo pagarle el gran tributo que pide.

CAPITULO XXXVI.

Como los siete Cavalleros llegaron delante del Almirante Balàn, y dixeron su Embaxada.

QUando llegaron los Cavalleros à Aguas-Muertas, donde estaba el Almirante, en gentil ordenanza se fueron hasta las puertas de el Palacio, y dixeron à los Porteros dixessen al Almirante, que le querian hablar de parte del Emperador. Como lo supo el Almirante fue muy alegre, pensando que le embiaria à pedir los cinco Cavalleros en trueque de su hijo Fierabràs; y porque era tarde, mandò al Maestre Sala les diesse possada, y les sirviò de todo lo que huvieron menester; y desque huvieron cenado, les diò à cada uno su aposento muy rico. A media noche llegò al Palacio el Rey, que se escapò de las manos de los siete valerosos Cavalleros, y entrando en el Real Palacio no parò hasta el aposento del Almirante; y quando supo que no bolvia mas de uno fue, muy maravillado, y le mandò entrar, y entrando, dixo: Muy poderoso señor, tu embiaste quince Reyes por Embaxadores à Carlo Magno, y en el camino encontramos siete Cavalleros Christianos, y nos dixeron, que traiàn Embaxada de parte de Carlo Magno, y creyendo que serian salteadores, que robaban en los caminos à tus criados, los quisimos traer presos à tu Corte, y ellos fueron tan valientes, que mataron en muy poco tiempo los catorce Reyes, sin que ninguno de ellos muriesse, ni fuesse derribado; y yo, mediante la ligereza de mi cavallo, me escapè del furor de sus espadas, y son los siete Cavalleros, que esta noche han venido à tu Corte; por ende, si acaso de ellos te quieres vengar, tienes buen tiempo, y legitimamente para lo hacer morir vituperosamente. Quando el Almirante oyò estas tristes nuevas, de el gran pesar que recibiò comenzò à maldecirse, y à quexarse à grandes voces de sus Dioses. A sus voces entrò el Maestre Sala, y dixole: Señor, no te fatigues, ni te quexes de tus Dioses, que aunque por tus yerros han permitido, que tus Reyes muriessen, pues à tu poder traxeron los matadores porque tomasses venganza, dales gracias por ello, y descansa, que mañana los traerè presos, y à buen recaudo, y haràs en ellos à tu voluntad. El Rey, que de sus manos escapò, le dixo: Señor, pues estàn en tu poder, tèn modo, que no sean señores de sus armas, que si vèn que los quieren prender, no podrà con ellos todo tu Exercito, y quizà no te pesarà menos de su venida, que à mi de los aver encontrado en el camino. El Maestre Sala dixo: Perded cuidado, y dexadme à mi este cargo, que yo los traerè mañana à buen recaudo, aunque fuessen ciento. Y despedidos del Almirante, se fueron el Rey, y el Maestre Sala al Cavallero en cuya casa estaban los Christianos aposentados, y le contaron el caso, y el Cavallero tuvo modo de hurtarles las armas à los Cavalleros. A la mañana fueron armados tres mil Turcos con sendas hachas de armas, y à todos los prendieron, y les ataron muy fuertemente las manos, y los llevaron al Almirante Balàn, el qual despues de muchas, è injuriosas palabras, y amenazas, les preguntò, que por què avian muerto los Reyes sus Embaxadores? Roldàn le dixo: Los que matamos no eran Reyes en sus hechos, que aunque fueron informados, que veniamos à tu Corte con Embaxada, no dexaron de nos acometer para matarnos, mas ellos fueron bien castigados, que los catorce quedàron en el campo, y traemos sendas cabezas, porque certificado de ello nos asegures el camino. El Almirante le dixo: Qual diablo os mandò entrar en mis Reynos? Y Roldàn respondiò: El que te echarà de ellos si no haces lo que con nosotros te embia à decir, y es el muy poderoso Emperador Carlo Magno, que te manda, que te bautices, y le embies sus Cavalleros, y las Santas Reliquias, que estàn en tu poder; y si no lo haces, ha jurado de te echar de toda tu tierra, y te ha de hacer morir mala muerte. El Almirante dixo: Ossadamente hiciste tu Embaxada, mas no bolveràs la respuesta, que antes que coma oy, os verè à todos hechos quartos, con los otros que tanto he guardado, pensando trocarlos por mi hijo Fierabràs. Ricarte de Normandia dixo: Tu hijo es mas cuerdo que tu, que cree en Dios todo Poderoso, y ha dexado todas las abusiones de sus Idolos, y està muy contento con el Santo Bautismo, y por todo el haber del mundo no vendrà acà, ni dexarà à Carlo Magno su Señor. El Almirante conociò à Ricarte de Normandia, y dixole: Bien me place tenerte aqui porque pagues la muerte del noble Cavallero Corsubel, mi hermano, [illegible]

les dixo: Muchos de tus Cavalleros avemos muerto los pocos que aqui eſtamos, mas no atados, ni de la manera que nos amenazas de matar; por ende, ſi te quieres vengar de noſotros, danos nueſtras armas, y cavallos, y manda apercibir tu gente contra noſotros, y entonces, ſin reprehenſion, tomaràs, ſi pudieres, de noſotros venganza. El Almirante le preguntò, como ſe llamaba? Y èl dixo: A mi me llaman Gui de Borgoña. El Almirante le dixo: Tambien tu pagaràs lo que contra mi hiciſte en Roma, y ſerà eſta muerte eſcarmiento para otros; y luego mandò llamar dos Conſejeros ſuyos, llamado uno Brulente de Montierre, y el otro Sortibràn de Coimbres, y les preguntò, què harian de los Chriſtianos? Y reſpondieronle, que fueſſen arraſtrados à las colas de ſendos cavallos, y hechos quartos, y pueſtos por los caminos, y las cabezas pueſtas à las puertas de la Ciudad, y deſpues cercarèmos à Carlo Magno, ſin mucho trabajo le prenderèmos, que eſtos ſon los principales de ſu Exercito, y ganarèmos el Reyno de Francia. El Almirante les dixo, que decian bien, y les mandò que preſto traxeſſen los cinco Cavalleros, y que ſe hicieſſe lo que avian ordenado.

CAPITULO XXXVII.

Como por induſtria de Floripes, los ſiete Cavalleros fueron con los otros cinco; y como la noble Floripes les enſeñò las Santas Reliquias.

Eſtuvo Floripes eſcuchando toda la contienda que ſu padre tenia con los Cavalleros Chriſtianos; y quando viò que mandaba traer los cinco, que penſaba eſtaban en la Torre, fue preſto à ſu Camara adonde tenia los cinco Cavalleros; mandòlos armar de ſus armas, y diòles ſendas hachas de armas, diciendo, que de ellas ſe aprovecharian mejor en los Palacios, que de las lanzas; y dixoles: Nobles ſeñores, aora ſe ofrece tiempo para que pagueis los beneficios recibidos, que haciendo eſſo, guarneceis vueſtras vidas, y las de vueſtros amigos los ſiete Pares de Francia, los quales, las manos atadas, y cadenas à los pies, eſtàn en los Palacios de mi padre, ſentenciados à muerte con voſotros, y aora voy à eſtàr con el Almirante, por vèr ſi los traerè aqui con voſotros; y ſi no pudiere traerlos, no ſeais perezoſos en ſalir, ni tampoco uſeis de piedad con algun Turco. Luego Floripes fue para ſu padre con diſſimulada alegria, fingiendo que tenia gran deſeo de vèr la muerte de los Cavalleros Chriſtianos; y pueſta ante el Almirante ſu padre, preguntò, què hombres eran aquellos, que aſsi eſtaban atados con cadenas? Y èl dixo: Hija mia, eſtos ſon vaſſallos del Emperador Carlo Magno, y ſon de quien tanto daño avemos recibido, y he mandado, que eſtos, con los otros cinco, ſean arraſtrados, y pueſtos en quartos. Floripes le dixo: Señor, eſte es muy pequeño caſtigo, porque mucho mas merecen, y es bien darles mas cruel muerte, porque ſea eſcarmiento à otros; y eſto, ſeñor, ſe harà deſpues que ayas comido, que ſi ſe hace juſticia antes, no podràs comer à tu hora acoſtumbrada; y ſuplicote, que me los dès en guarda, haſta que los mandes ſacar à hacer juſticia de ellos, porque en ellos vengue la injuria de mi hermano Fierabràs. El Almirante dixo, que le placìa, y ella mandò à ſu Eſcudero los llevaſſe donde eſtaban los otros. Sortibràn dixo al Almirante: Muy eſclarecido ſeñor, ſuplicote, que traygas à la memoria las creìdas deſdichas que avràs leìdo, y aun viſto, que à eſpeciales hombres han acaecido, por tener confianza de mugeres: Mira que ſu mayor ſaber, en el tiempo de la neceſsidad, ſiempre les falta, de ſu natural ſon mudables, y muy livianas en creer, y ſubitas en la venganza, y no te ciegue el amor de la hija. Quando Floripes huvo oìdo las razones de Sortibràn, demudado en mucho grado, hecha tartamuda del demaſiado enojo, le dixo: Sortibràn, hablaſte como deſleal, y malo, que debes ſer, y por tal debes ſer juzgado; por hablar eſſas palabras, que el traydor no pienſa que ay fiel alguno, y por ſus dañadas entrañas juzga las agenas; mas no quedaràs ſin el pago de tus falſas razones. Dicho eſto, ſe fue tras el Eſcudero, y los preſos que yà eſtaban cerca de la Torre donde Oliveros, y ſus compañeros fueron pueſtos, que el Eſcudero no los oſsò llevar à la Camara de Floripes, por la mucha gente que los miraba. Floripes le llamò, y le dixo, que los llevaſſe à ſu Camara, que ella ſerìa la Carcelera, y otro no; y aunque algunos lo vieron, y oyeron, no ſoſpecharon mal alguno. Entrados los Cavalleros en la Camara de Floripes, hallaron à los cinco Cavalleros, amigos ſuyos, bien armados de todas armas, y fueron muy maravillados de ello los unos, y los otros. Oliveros tuvo gran laſtima de Don Roldàn, que lo viò con una cadena grueſſa al pie, y al cuerpo otra, y tenia las manos bien atadas, y muy preſto lo deſatò, y quitandole las cadenas, ſe abrazaron todos con mucho amor. Floripes los miraba uno à uno, por conocer à Gui de Borgoña; y conociendo eſto Oliveros, le dixo: Señor Gui de Borgoña, què os parece de vueſtra carcel, y de nueſtro Carcelero? Gui de Borgoña le reſpondiò: Digo, que aunque la carcel fuera la peor de todo el mundo, ninguna perſona ſintiera mal, ſegun la perfeccion, y gracia del Carcelero. Oliveros le dixo: A vos, y à la ſeñora Floripes damos las gracias, porque conociendo ella que en aqueſto os hacia placer, nos ſacò del mas hediondo lugar de todo el mundo. Y Floripes, llorando del grande placer que ſu corazon ſintiò, venciendo el amor à la verguenza, que comunmente las honeſtas doncellas tienen, abrazò à Gui de Borgoña, le besò en el ombro con mucho amor, Gui de Borgoña hincò las rodillas en tierra, y la quiſo beſar la mano; mas ella de ningun modo lo conſintiò, y cariñoſamente, pueſto un brazo al cuello, y la mano en la barba, lo levantò de tierra, y eſtaba Gui de Borgoña muy eſpantado del mucho amor que le moſtraba, porque no ſabìa la cauſa.

Don Roldàn le dixo: Bien crèo, señor Gui de Borgoña, que no recibierades pena aunque estuviessedes mucho tiempo en aquesta prision. Gui de Borgoña le respondiò: Yo rezelo mucho mas la salida de la Torre, que tenìa la entrada, si tengo de apartarme del Carcelero. La hermosa Floripes dixo: Dexèmos esto para quando aya mas oportunidad, y entendamos en lo que tanto nos conviene; y tomando à Gui de Borgoña por la mano, dixo à los otros Cavalleros que estaban desarmados, que la siguiessen, y llevòlos à la sala donde se armaron los otros cinco Cavalleros, y dixoles, que se armassen muy presto, y ella armò à Gui de Borgoña; y desque fueron bien armados à su placer, se bolvieron à donde estaban los otros cinco armados. Floripes los hizo assentar, y ella se assentò en una silla de marfil, mas allegada à Gui de Borgoña, que à los otros Cavalleros, y les dixo de esta manera: Muy nobles Cavalleros, pues que vuestra fortuna, y mi dicha os ha traido à tiempo, que de mis pequeñas, y mugeriles fuerzas tuviessedes necessidad; por tanto, tengo propuesto, olvidando mis Dioses, y el amor del padre, de salvar vuestras vidas, aunque yo supiesse por ello perder la mia; y me atrevo à pediros à todos por merced, y à vos, señor Roldàn, primeramente demando la fee de que todos me aveis de ayudar; y Roldàn la dixo: Virtuosa Dama, nunca fui jamàs ingrato à persona alguna, menos lo serè à las grandes mercedes què de ti todos avemos recibido, por ende mandame qualquiera cosa, que no discrepe à la Ley Christiana, y veràs el deseo que tengo de servirte; y Floripes se levantò dandole las gracias por ello; y buelta para Gui de Borgoña, le dixo: Y vos, señor Gui de Borgoña? Y èl respondiò: Yo, con todos estos señores, decimos lo que el señor Roldàn dice. Y ella les dixo: Lo que mi corazon desea sobre todas cosas del mundo, es servir, como su muger legitima, al señor Gui de Borgoña. Estas son las mercedes que à èl, y à vosotros, señores, pido, y de grado me tornarè Christiana, y os darè las Santas Reliquias, que con tanto trabajo aveis buscado. Gui de Borgoña la dixo: Por cierto, señora, yo tenia propuesto de no tomar muger, sino por mano de mi tio el Emperador, como han hecho los otros Pares de Francia; mas porque tan hermosa Dama, como vos, no se halla en todas partes, y no menos por la merced que de vos avemos recibido, con voluntad, y consentimiento de todos estos señores os recibo por mi legitima esposa, como lo ordena la Santa Madre Iglesia. Y Don Roldàn se levantò, y les hizo tomar la mano el uno al otro, haciendolos abrazar; y les dixo, que lo demàs fuesse guardado hasta que ella fuesse Christiana; y de esto huvo gran verguenza Floripes, y mandò à sus Damas, què pusiessen las mesas, y traxessen de comer; y dixo à los Cavalleros: El Almirante, mi padre, y Sortibràn han ordenado de daros la muerte despues que aya comido; mas deciros he como le deis mala comida, porque no vengan à efecto sus deseos; y assi, armados como estaban, se sentaron à comer todos, y Floripes con ellos junto à Gui de Borgoña.

CAPITULO XXXVIII.

Como el sobrino del Almirante, llamado Lucafer, entrò en la Camara de Floripes, y lo matò el Duque Naymes.

LOS Cavalleros fueron muy servidos de las Damas, y despues que huvieron comido, Floripes les dixo: Señores, el Almirante querrà comer, y no comerà sin mi; por ende, porque no me vengan à llamar, irè allà, y dirè que no quiero comer, què estoy mal dispuesta, y mirarè bien lo que se ha de hacer antes que buelva, y quiero primero mostraros las Santas Reliquias que tengo, porque tengais los corazones mas contritos, y le pidais ayuda à vuestro Dios, porque bien la aveis de menester: y sacò un cofre que tenia, en el qual estaba parte de la Corona de nuestro Señor, y un Clavo con que fue enclavado en la Cruz, y un Paño en que fue embuelto quando Niño, y unos Zapatos de nuestra Señora, y parte de sus Cabellos; y quando los Cavalleros las vieron, se hincaron de rodillas, y lloraron, demandando à Dios perdon, suplicandole los dexasse bolver à ojos de Carlo Magno, y que pudiessen llevar à Floripes para bolverla Christiana, y mas pudiessen llevar las Santas Reliquias à tierra de Christianos. Floripes se maravillò mucho de las devotas lagrimas de los Cavalleros: y quando huvieron hecho su oracion, dixo Floripes à Gui de Borgoña, que bolviessen las Reliquias al cofre, que le era mas licito à èl, que à ella, por quanto no era Christiana, y èl lo rogò à Don Roldàn, y Don Roldàn lo rogò al Duque Naymes; y encerradas las Santas Reliquias, y estando los Cavalleros en esto, vino à los Palacios del Almirante un Cavallero, sobrino suyo, llamado Lucafer, que venia solo por vèr morir à los Christianos; y preguntando por ellos, el Almirante le dixo, como su hija Floripes los tenia en guarda hasta que huviesse comido. Lucafer dixo, que los queria vèr, por conocer al Cavallero que venciò à Fierabràs. El Almirante le dixo que fuesse, y que con èl se viniesse su hija Floripes à comer, y despues mandaria juntar la gente para hacer justicia de ellos. Y llegando Lucafer à la puerta de la Camara de Floripes, la hallò cerrada, y empujò con toda su fuerza, y quebròse la cerradura, y abriòse de par en par. Quando viò los Cavalleros armados, no quisiera aver entrado, y de su entrada pesò mucho à Floripes; y el Duque Naymes entrò con el Moro [illegible] razones, y preguntòle muchas cosas, y èl respondia con miedo; y queriendose ir, alzò el Duque [illegible] puño, y diòle tan gran golpe en la cabeza [illegible] diò con èl muerto en el suelo, y de ello pl[illegible] ripes, y dixo, que aquel golpe no era [illegible] viejo; y èl dixo: Otros mejores verás [illegible] salir de aqui. Ella dixo: No se escusa [illegible] to en ello, por ende, [illegible] mi padre, que estará [illegible]

ha procurado de casar conmigo, y vosotros guardad la Camara. Llegada Floripes delante del Almirante su padre, la dixo que comiesse, que ella se sentia mal dispuesta del enojo, que la diera Sortibràn. El la preguntò por Lucafer, y dixo, que se quedaba hablando con los presos, y que no queria comer. El Almirante pidiò de comer por hacer justicia de los presos, que la gente estaba apercibida para sacarlos fuera. Floripes mirò por la ventana, y viò grande numero de Turcos armados, y la pesò dello; y despedida de su padre, bolviò à su Camara, y dixo à los Cavalleros: Señores, ved si os falta algo. Gui de Borgoña dixo, que no; y ella dixo: Aora es ocasion que salgais, y entonces salieron los Doce Cavalleros de la casa, y Roldàn al delantero; y entrados en el Palacio del Almirante, hallò un Rey, que se llamaba Corsubel, y le hendiò la cabeza. Oliveros matò à Sortibràn, y Gui de Borgoña matò siete Cavalleros, que hallò en unos corredores, y otros hizo saltar de los corredores abaxo; de manera, que no quedò hombre à vida de quantos en el Palacio estaban, salvo el Almirante, que saltò por una ventana, y fue recibido de su gente, sin hacerse daño, y quisieron salir del Palacio para dar la batalla à los de afuera. Floripes no los dexò, porque eran muchos, y ellos llevaron toda la provision, que hallaron, à la Torre. El Almirante mandò cercar la Torre, haciendo juramento à sus Dioses de no partirse de alli hasta hacer quemar à los Cavalleros, y a Floripes con ellos, y decia: Dexadlos, que ellos vendràn à mis manos, porque no tienen mantenimiento para mas de tres, ò quatro dias, y despues de esto no sabe CarloMagno de ellos para darles socorro, y caso que supiesse, no podrà passar la Puente de Mantrible. Y fueron los que se hallaron en el cerco de la Torre ciento y cinquenta mil hombres de pelea, y dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar. Passados los tres dias, acordòse el Almirante de un cinto que su hija tenia, y mandò llamar un Nigromantico, nombrado Morpin, y dixo: Morpin, aora cumple, que muestres tu saber. Morpin le respondiò: Señor, si es cosa possible à hombre del mundo, no dudes que lo harè. El Almirante le dixo: Sabràs que mi hija tiene un cinto, y mientras le tuviere ella, ni alguno de su compañia, no pueden padecer hambre, y queria que se lo hurtasses; y si lo haces te lo pagarè muy bien. Morpin le dixo: Señor, esso no es grande cosa hacer, mañana te lo traerè sin duda. Venida la noche, se hizo llevar de un diablo encima de la Torre, y de alli hizo sus encantamientos para hacer dormir à Floripes, y à todos los de su compañia. Aquella noche velaban la Torre Gui de Borgoña, Ricarte de Normandia, y Oger de Danois, y sobre ellos no tuvo poder el encantamiento, y todos los otros fueron de gran sueño dormidos. Entrando Morpin en la Camara, vido à una parte Floripes, y à la otra los Cavalleros durmiendo, y buscando el cinto con mucha diligencia, y hallandole, se le ciñò, y llegò à Floripes, que desviada estaba, y quitòla la ropa de lienzo, y viendola tan hermosa, no pudo estar sin besarla. Floripes estaba soñando, que un Turco la queria hacer fuerza, y que daba voces à Gui de Borgoña, que la valiesse, y traia los brazos à una parte, y à otra, como que se defendia del Turco, y por esto no osò llegar mas à ella. Y saliendo Morpin de la Camara, despertò Floripes dando voces, y acudieron los que velaban, y hallaron à Morpin, que iba huyendo, y diòle Gui de Borgoña con la espada, y cortòle la cabeza, y el cuerpo lo echò por una ventana de la Torre en la Honda Caba, y assi se perdiò el cinto, y Floripes huvo gran llanto por èl. A los Cavalleros pesò mucho quando supieron la virtud que tenia.

CAPITULO XXX.

Como los Cavalleros, Floripes, y sus Damas padecieron hambre; y como los Idolos del Almirante Balàn fueron derribados.

VIendo el Almirante, que Morpin no venia, fue muy enojado, llamò à sus Consejeros, y les preguntò, què se debia hacer? Y le dixeron: Señor, Morpin es muerto, pues no viene; y assi manda juntar toda tu gente, y darèmos combate à la Torre. El Almirante mandò llamar cien mil hombres de pelea, y dieron combate à la Torre con grandes trabucos, y hondas, y durò el combate todo el dia, mas no la pudieron ganar, que los Cavalleros derribaron una parte de los Palacios del Almirante, y con las piedras defendian la Torre, de manera, que los Turcos no ossaban llegarse à la Torre. Y venida la noche mandò el Almirante, que no cessasse el combate, apremiada la gente para subir por la parte de la Torre, y no cessò el combate en toda la noche. En la mañana se hallaron dos mil Turcos muertos. Quando el Almirante supo la grande mortandad de los suyos sin daño de los Christianos, pensò perder el sesso del enojo que recibiò, y à grandes voces maldecia à sus Idolos; y un Cavallero le dixo: Señor, no te fatigues assi, ni enojes à los Dioses, que ninguna culpa tienen, mas manda hacer escaleras muy largas, que alcancen à las ventanas de la Torre, y manda apercibir toda la gente de armas, y armados subirèmos por las escaleras. Tuvo el Almirante este consejo por bueno, y mandò, que luego fuessen hechas las escaleras; y viendo Floripes subir seis Cavalleros por una escalera, dexòlos subir hasta que llegaron à la ventana, y con una hacha de armas diò tan grande golpe al delantero, que diò con èl de la escalera abaxo. Y viendo todo esto el Almirante su padre, se mesò las barbas, maldiciendo la hora en que le engendràran. Y por otra ventana subian otros tantos Cavalleros, y Ricarte de Normandia tomò un gran canto, y diò al primero, derribòlos à todos juntos en el suelo. Viendo esto no osò ninguno à subir, ni llegarse à la Torre. Faltandoles yà la provision, estuvieron dos dias sin comer, y Roldàn dixo: Señores, pareceme, que si la necessidad

dad nos hace hacerlo lo que antes que viniera avia-
mos de aver hecho, que ninguna honra alcanza-
mos en estàr encerrados; y pues la vitualia nos ha
faltado, aparejemonos para salir à nuestros ene-
migos, que mas vale morir peleando, que perecer de
hambre en esta Torre. A todos pareciò bien lo que
dixo Don Roldàn, y acordaron de hacerlo assi. En-
tonces comenzaron à llorar Floripes, y sus Damas,
temiendo la muerte de los Cavalleros, por la mul-
titud de los Turcos, y con abundancia de lagri-
mas les dixo: Por cierto, señores, muy poco hace
vuestro Dios por vosotros, viendoos en tanta
necessidad, y si vosotros creyessedes en mis Dio-
ses, sin duda yà huvieran usado de misericordia
con vosotros. Roldàn respondiò: Señora, mues-
tranos essos Dioses que dices, que queria vèr si ten-
dràn poder de nos proveer de vituallas, ù de traer
socorro de Francia. Ella dixo, que le placia de
ellos y muy alegre, pensando que creerian en ellos,
los llevò à todos por una cueva debaxo de tierra, y
al cabo de la cueva hallaron una sala muy bien la-
brada; y enmedio de ella estaba un tablado muy
rico, y en èl estaban quatro Idolos del grandor de
un hombre, todos quatro de oro fino; y el uno se
llamaba Apolin, el otro Tavalgante, el otro Ma-
gor, y el otro Igdin, y la sala olia tan suavemente,
que los Cavalleros estaban maravillados. Gui de
Borgoña dixo à Floripes: Señora, quien hizo estos
Dioses? Ella respondiò: Dos Plateros, los mejo-
res Maestros, que se pudieron hallar. El dixo: Quien
diò à este oro el poder, que dice que tiene? Ella
estuvo dudando, y èl la dixo: Los Maestros que
los hicieron no eran hombres como nosotros? Ella
dixo, que sì. Gui de Borgoña dixo: Si quisiessemos
aora labrar otra cosa alguna de aquel oro, no lo
podriamos hacer? Ella respondiò, que sì: y èl di-
xo: Luego mas poder tienen los hombres, que tus
Dioses? Mira como no tienen poder alguno: y sa-
cando la espada, diòle al bulto con ella en la cabeza,
y le derribò en el suelo; y Roldàn con la hacha de
armas echò en tierra los otros, y dixo: Señora, mi-
ra el poder de tus Dioses. Entonces Floripes, ve-
nida al conocimiento de la verdad, viendo que sus
Dioses no se movian, dixo: Aora confiesso no aver
otro Dios sino el de los Christianos, el qual me dè
lugar de recibir su Santo Bautismo, y à vosotros
quiera sacar de tan grande afliccion.

CAPITULO XL.

Como los Cavalleros Christianos salieron de la Torre, y dieron batalla à los Turcos, que los tenian cercados, y los tomaron la provision, que en el Real avia.

EStando Floripes, y los Cavalleros en estas ra-
zones, una Dama de Floripes cayò de su esta-
do desmayada de hambre, y no se hallò en el Pa-
lacio, ni en la Torre bocado de pan, ni otra cosa
alguna que la poder dàr, y de esto hubieron grande
lastima Floripes, y los Cavalleros, y ordenaron
todos de salir al Real, y rogò Oliveros al Duque
Naymes, que quisiesse quedar en compañia de las
Damas, para abrirles quando bolviessen. El Duque
respondiò: Señor Oliveros, aunque soy viejo, no
dexarè de hacer el deber contra nuestros enemigos;
y rogaron al Duque Tierri se quisiesse quedar; y
assi quedò en guarda de la Torre, y ellos subieron
à la Camara de Fierabràs, y tomando sendas lanzas,
cavalgaron en los cavallos, que avian quedado del
Almirante, y mirando al tiempo que el Real estaba
mas descuidado, salieron de la Torre, y acometie-
ron à sus enemigos con tanta felicidad, que llega-
ron à las tiendas del Almirante, derribando, y ma-
tando Cavalleros. El Almirante fue presto armado,
y con el Rey Clarion su sobrino, con quince mil
hombres de pelèa, y era este Rey Clarion muy es-
forzado à maravilla; y quando Don Roldàn los vi-
do, se bolviò à sus compañeros, y les dixo: Seño-
res, aora se nos ofrece tiempo de alcanzar honra,
no nos desmandèmos en ninguna manera, y con la
orden que hasta aqui avemos tenido entrèmos en
nuestros enemigos, y no quede atràs ninguno, sino
juntos como estamos sigamos nuestra batalla, por-
que el uno ayude al otro, y Oliveros, y yo en su
compañia llevarèmos la delantera, y no se espante
nadie de la multitud de los Moros, que en las gra-
ves afrentas son conocidos los buenos; y si estos
delanteros vencemos, con muy poco trabajo serè-
mos señores de los otros, y llevarèmos de comer à
las Damas. Y diciendo esto, llegaron con muy gran-
des alaridos los Turcos, y llevaba la delantera el
Rey Moro, que viniera de allende en ayuda de el
Almirante, que se llamaba Rapin, el qual no era
menor en todos sus hechos, que en el desmesurado
grandor de su cuerpo: y viendole Oliveros, le saliò
à recibir; fueron los encuentros tales, que el Tur-
co cayò en el suelo muerto, y luego salieron dos
Cavalleros para vengar su muerte, y quebrando la
lanza, metiò mano à la espada, y de los primeros
golpes cayò el un Turco muerto, y el otro no ossò
esperar à Oliveros, y iba haciendo cosas espanto-
sas, matando infinitos Turcos; y Roldàn derribò
à poco rato diez y ocho Cavalleros à vista del Almi-
rante, y cobrò de ello gran temor, y luego al pun-
to comenzò à retraerse, por huir de los Cavalleros.
Viendo esto Gui de Borgoña, diò de espuelas al
cavallo, derribando à una parte, y à otra los Turcos,
y los siguiò hasta su tienda, y peleaba con grande
numero de Paganos, que defendian la entrada. Vien-
do Oger de Danois venir al Real veinte acemilas
cargadas de vituallas, les llamò à Don Roldàn, y
à Oliveros, y sin conocer la falta de Gui de Borgo-
ña, fueron àcia las acemilas, que venian en su guar-
da docientos hombres, los quales se pusieron à
defender las vituallas, mas en poco rato muriò la
mayor parte de ellos, y quedaron los Christia-
nos señores de las acemilas, y huvieron de
passar por medio del Real para lle-
varlas à la Torre.

***

CAPITULO XLI.

Como el noble Gui de Borgoña fuè preso.

EL Noble Cavallero Gui de Borgoña quedò desamparado en el campo, y rodeado de toda la gente del Exercito, peleò la mayor parte de la noche, y diò con la tienda del Almirante en el suelo, y despues que le mataron el cavallo, hallòse entre tantos cuerpos muertos, que un passo no podia andar sin tropezar: y yà que queria amanecer, llagado en muchas partes del cuerpo, vino à caer, y alli le prendieron, y fuè llevado al Almirante; y viendose Gui de Borgoña en poder de sus enemigos, creyendo ser llegada su postrimera hora, dixo: O Jesu Christo, verdadero Dios, y Hombre! no desampares à tu convertida Floripes, porque consolada de ti, no se desvie de su buen proposito; O Nobles Cavalleros Christianos! Dios por su infinita piedad os guarde de tanta desdicha quanta al sin ventura Gui de Borgoña oy ha venido. El Rey Clarion le dixo: No cures de quexarte, que al Almirante vamos, donde seràs ahorcado. Gui de Borgoña le preguntò, que quien era, que tanto le amenazaba? Y èl dixo, que era el Rey Clarion. Gui de Borgoña le dixo: Mucho me amenazas aora que no tengo manos, que quando las tenia no me hablabas, ni aun me esperabas que te hablasse. Llegado Gui de Borgoña delante del Almirante, descolorido, assi por aver estado dos dias sin comer, como por el trabajo de la batalla, mandò el Almirante, que fuesse desarmado; y porque para desarmarle era necessario quitarle las ataderas de las manos, fuè primero desarmado de las piernas, y le ataron à un poste, y despues le soltaron las manos; y estaba tal, que el Almirante no le conociò, aunque le avia visto otras veces; y preguntòle el Almirante, quien era? Y èl dixo: No creas que niegue la verdad, sepas que me llamo Gui de Borgoña, sobrino del Emperador Carlo Magno, y primo del Noble Cavallero Roldàn. El Almirante dixo: Gran tiempo ha que te conozco, y grandes males me has hecho; por tus amores mi hija Floripes diò mi Fortaleza à mis enemigos, y à mi mismo me entregàra en su poder, si mis Dioses no me guardàran. Dime: quien son los que en la Torre quedan, que tanta guerra me haveis dado? Los que en la Torre estàn son todos hombres de sangre: por ende no dudes, que estos agravios que les haces no te sean demandados. Un Turco, viendo que el Almirante avia tomado enojo, quiso darle à Gui de Borgoña una puñada en la cara, y èl le escusò con el brazo, y con la mano derecha le asiò por los cabellos, y le arrojò à sus pies, y pusole el pie en el pescuezo, y antes que le pudiessen valer, le ahogò. El Almirante dixo: Creo que toda esta gente del Emperador Carlo Magno es endiablada, ved lo que ha hecho ante mis ojos. Y Gui de Borgoña le dixo: Si yerro ha avido, tu hombre le causò, que no era licito herirme sin tu mandado; y pareceme que ha recibido la pena de su yerro; y creo cierto, que nunca mas passarà tu mandado; y assi atado al poste sin comer cosa alguna estuvo hasta otro dia. Aora tornarè à hablar de Roldàn, y los Cavalleros que estàn en la Torre muy tristes, y no menos Floripes, y las Damas, por la falta de Gui de Borgoña. No conocieron Roldàn, y sus compañeros, que faltaba Gui de Borgoña, hasta que entraron en la Torre con la vitualla; y quando vieron que no venia, como hombres desesperados, olvidada la hambre que tenian, salieron todos, y entran con tanto animo en sus enemigos, que en poco tiempo mataron dos mil Turcos: alli muriò Bosin de Genovois, un especial Cavallero, y de su muerte les pesò à todos mucho. Y viendo que por la obscuridad de la noche se podrian perder, les fuè forzado retirarse à la Torre, donde con lastimèros llantos, què à los Cielos subian, de la triste de Floripes fueron recibidos, la qual, tirando de sus cabellos, tendida à los pies de Don Roldàn, besandolo muchas veces, le dixo: O Cavallero de nobleza! duelete de tu leal compañero Gui de Borgoña. Roldàn con un nudo en la garganta, que no le dexaba hablar, la levantò del suelo, y buelta à Oliveros, le dixo: Quanto mejor me fuera, señor, el dia que matè al Carcelero para sacaros de la prision, me mandàra mi padre matar? Una sola pena llevàra mi anima al salir de las carnes, y es no aver detenido à Gui de Borgoña: aora soy de mil congoxas cercada, en pensàr, que por darme vida, fue èl à tomar muerte. Muriera yo de hambre delante de sus ojos, y no viviera yo sin èl. O padre mio, si supiste què es querer, no me culpes en lo que hice contra ti, mira que el corazon que engendraste es del Cavallero que preso tienes, desde aquel dia que en Roma le vi; y pues que suyo era, no podia huìr de lo que à su servicio cumplia; no pienses que me arrepiento, que antes tendrè en poco perder la vida por sacarle de pena; y si algun paternal amor te ha quedado, duelete de tu triste hija; y si por ventura te quieres vengar de la injuria recibida justamente, cata que yo matè à tu Carcelero por sacar los Christianos de la Torre, y à la vieja mi Aya echè de la azotèa abaxo, porque no te dixesse lo que hacia por los Christianos: Y finalmente los armè, y tu Torre, y tesoros entreguè; pues cosa conocida es, que ellos no erraron en aceptar los servicios que con tanto amor les hacia; y lo mismo hicieras tu si en mi lugar te hallàras; y pues en mi sola se halla el excesso, suplicote que no lo pague el inocente Cavallero. Bendita Madre de Dios, en quien mi señor Gui de Borgoña tiene devocion, pon en el corazon del Almirante la creencia que en mis entrañas tengo ingerida, porque convertida à tu bendito Hijo, no maltrate al Cavallero. Dicho esto, con lagrimas, que de las entrañas le salian, quedò amortecida, y Roldàn la alzò con mucho amor. Y tornada en sì, la dixo: Señora, tened paciencia, que vuestro esposo no es muerto, y antes que mañana anochezca, lo traerè aqui. Mandò Roldàn traer la provision que ganaron, y hallaron mucha vianda guisada à uso de Turquia.

CAPITULO XLII.

Como los Paganos quisieron ahorcar à Gui de Borgoña, y como los diez Cavalleros Christianos se lo quitaron.

LA mañana venida, el Almirante mandò llamar sus Consejeros, y preguntòles, què avia de Gui de Borgoña? y ellos dixeron: Para que los otros escarmienten, mandaràs poner una horca muy alta, que la puedan bien vèr los que en la Torre estàn, y en ella mandaràs ahorcar al Cavallero preso, y tambien poner diez mil hombres en zelada, porque creemos, que sus compañeros no dexaràn de salir en su socorro, y los tomaràn en medio, y todos seràn muertos, ò presos, para que tu hagas de ellos à tu voluntad. Aprobado este consejo, el Almirante luego mandò, que alzassen una grande horca en un montecillo que cerca estaba, y mandò esconder diez mil Turcos, y mandò al Rey Clarion que los siguiesse, y estuviesse atento para salir quando fuesse menester; y mandò atar las manos à Gui de Borgoña, y taparle los ojos, porque no viesse adonde le llevaban; y mandò, que tres mil hombres lo llevassen à la horca, y quando le tuvieron en su poder, le daban muchos palos, y puñadas, pensando que con aquello eran vengados. Puesto el Noble Gui de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora, dixo: O mi Dios, y mi Criador, por cuyo Nombre voy à recibir deshonrada muerte! por los meritos de tu Santa Passion, te suplico recibas mi anima, pues el cuerpo và à tomar fin, y assi como vès la he menester, me embies paciencia, porque me sea esta muerte en remission de mis pecados. O Cavalleros de Francia! yà no me vereis mas, aunque no dudo, que si ello viene à vuestra noticia, salgais todos en mi socorro. O nobles compañeros! encomiendoos à la triste de Floripes, que no tendrà yà deseo de vivir sabiendo las tristes nuevas. En este instante estaba la noble Floripes con los Cavalleros à las ventanas de la Torre, mirando los que alzaban la horca, no sabiendo para quien era, hasta que vieron los tres mil Turcos que traìan à Gui de Borgoña; y aunque no lo vieron, sospecharon que era èl, y Floripes lo conociò en los grandes alaridos que los Turcos daban; y puesta de rodillas delante de los Cavalleros, les dixo assi: O Nobles Cavalleros! seràn vuestros corazones tan sin virtud, que delante de vuestros ojos consientan, que vuestro leal amigo sea ahorcado? O Noble Roldàn, cuyas cavallerias por el mundo son sonadas! por aquel Dios en quien crees, y adoras, te suplico no desampares à la triste Doncella que te se encomienda, ni olvides à tu primo el Noble Gui de Borgoña. Roldan la respondiò: Señora, tèn esperanza en aquella Virgen Madre de Dios, y ruegala quiera ser en nuestro favor, porque le traygamos con salud ante tus ojos, y mediante su bendita gracia, podamos ir à tierra de Christianos, y salir en su favor. No lo dudes, que no dexarèmos de poner todas nuestras fuerzas para sacarle de peligro. Y Floripes, derramando muchas lagrimas por su rostro, los abrazò à todos, y les dixo, que mientras los cavallos se ensillaban se subiessen à la Camara de Fierabràs, y se proveyessen de todas las armas que huviessen menester; y bien armados los Cavalleros, cavalgaron en sus cavallos, y antes que saliessen de la Torre, les hablò Don Roldàn de esta manera: Señores, en este dia se nos ofrece tiempo para ganar honra, y ayudar à nuestro leal amigo, y compañero, ò para recibir muerte à manos de nuestros enemigos; por ende os ruego, que no os engañen vuestros corazones esforzados, por codicia de matar veinte, ò treinta, ò quarenta de nuestros enemigos, no salgais de buena ordenanza, que de este modo se perdiò Gui de Borgoña, sino que todos juntamente entrèmos en la batalla, y que el uno guarde al otro, y que si el uno cayere, sea de los otros levantado; y si esto hacemos, aunque somos pocos, serèmos muchos en fortaleza. Y antes que saliessen de la Torre, traxo Floripes el cofre en que estaban las Santas Reliquias, y se humillaron con gran devocion, y pusieron el cofre encima de sus cabezas, y encomendandose à la Santissima Trinidad, salieron de la Torre, y vieron los que llevaban à Gui de Borgoña, que estaban yà cerca de la horca, y dixo Oliveros: Señores, cumple que los tomemos la delantera, porque mientras peleamos con los de atràs, no reciba muerte de los delanteros. Y quando los Turcos los vieron venir, un Capitan llamado Cornife, puso los Turcos en orden, y mandò à diez Peones, que llevassen à Gui de Borgoña à ahorcarle mientras que iba à dàr la batalla à los Christianos, y con una gruessa lanza tomò la delantera, y se fue à recibir à los Cavalleros Christianos; y quando Oliveros le vido, dixo: Señor Roldàn, perdonad, que quiero salir à recibir este Turco, que tan sobervio viene, y le encontrò de suerte, que diò con èl del cavallo en tierra. Alli fuè una muy cruda batalla, y fueron detenidos gran rato los Christianos, que no pudieron passar adelante, y alzado Roldàn sobre los estrivos, vido como subian à Gui de Borgoña por la escalera de la horca, y dixo: Señores, mucho nos tardamos; por esso cada uno trabaje bien por seguirme, que Gui de Borgoña està yà en la escalera de la horca. Entonces los Cavalleros, olvidado todo temor de morir, puestos en buena ordenanza, entraron en los enemigos con Roldàn, que era tan conocido, que ninguno se le paraba delante, y à su lado iba Ricarte de Normandia, derribando Cavalleros, y Peones, y al otro lado iba Oliveros desguarneciendo arneses, y cortando brazos, y cabezas, sin dàr golpe en vacio. Urgèl de Danois traìa sus armas teñidas de sangre. Llegados los Cavalleros al pie de la escalera, tuvieron lastima del Cavallero que tenia una soga al cuello, y mientras los otros peleaban, saltò Ricarte de Normandia de su cavallo, y le quitò la soga, y le desatò las manos. En este tiempo salieron los diez mil Turcos, que estaban en zelada, y como Oliveros los vido, [illegible]

la rienda un poderoso cavallo, que entre ellos andaba suelto, y llevòlo muy presto à Ricarte de Normandia, y dixo: Proveed de armas à Gui de Borgoña, cavalgue en este cavallo, y vamos à la batalla, que vienen diez mil Turcos; y hecho esto, bolviò à sus compañeros, y viò à Gerardo de Mondifer à pie, y cercado de mas de cien mil Turcos, que trabajaban de le dàr la muerte, y arremetiò con tanto denuedo, que presto llegò à donde Gerardo estaba, y se puso delante de èl, defendiendo, que no le matassen; y peleando los Cavalleros, llegandose quanto podian los otros, vido Gerardo como un Cavallero Moro bolviò riendas al cavallo por no encontrar con Oliveros; y ofreciendose tiempo, saltò en las ancas del cavallo, y trastornò al Moro, sin le hacer mas mal: y assi se fueron à juntar con los compañeros, y Oliveros dixo: Señores, detengamonos aqui, y esperèmos à Ricarte de Normandia, y à Gui de Borgoña, porque nos hallemos todos juntos à dàr la batalla à los que vienen de refresco; mas no pudieron esperar tanto, que no llegassen antes los Turcos, que estaban en zelada; y como los Cavalleros Christianos estaban sin lanzas, rezelaron mucho los primeros encuentros. Ibàn Roldàn, y Oliveros delante, casi como amparo de los otros, con los escudos en los brazos, y las espadas en las manos, y en los primeros encuentros mataron el cavallo à Roldàn, y un Cavallero le diò un golpe en el yelmo, y desque vido à Roldàn alzar la espada, quiso huir, mas Roldàn diò un salto, y le alcanzò con Durindana en el ombro izquierdo, que le hendiò hasta los pechos. De este golpe fueron muy espantados los Turcos; y viendo un Cavallero el daño que Roldàn hacia, queriendole herir à salvo, le tirò la lanza, y Roldàn se la desviò, y saliò muy presto con èl, que mas aparejado estaba para huir, que deseo de esperarle, y lo tomò por el brazo, y saltò en el cavallo, y tomò la lanza, y comenzò à discurrir à una parte, y otra, derribando Cavalleros sin tener ordenanza; y rogò à sus compañeros, que no saliessen de ella, y que esperassen à Gui de Borgoña, y à Ricarte, y èl andaba por el campo mirando donde estaban los Capitanes mas principales del Real: y fueron sus golpes tan conocidos, que assi iban huyendo sus enemigos de èl, como el ganado huye del carnicero lobo. Armado Gui de Borgoña, y cavallero en un poderoso cavallo, dixo à Ricarte de Normandia: Mirad, señor Ricarte, lo que hace Roldàn, que èl solo hace mas que cien Cavalleros: vamos nosotros por aqui atajarèmos el camino à los que vàn huyendo, y tomaron los dos la delantera, y hizo Gui de Borgoña tan grande matanza en ellos, que Roldàn estaba espantado, y muchas veces dexò la pelea por verle herir de la espada; por manera, que los que huian de Roldàn caìan en manos de Gui de Borgoña, y de Ricarte de Normandia; y los que de ellos escapaban, los recibia Don Roldàn. Llegado Roldàn donde estaba Gui de Borgoña, lo abrazò, y le dixo: Placeme, primo, que os vengueis de vuestros enemigos muy bien. Estando ellos en esto, llegaron los otros nueve, y los abrazò à todos Gui de Borgoña, dandoles las gracias del trabajo, que por èl avian recibido. Viendose libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias à Dios: mirando el campo fueron muy maravillados del gran numero de los muertos, y dixo Roldàn: Alabado sea Dios, que huvo piedad de sus Cavalleros; y despues dixo Gui de Borgoña: Señores, què harèmos en la Torre sin vitualias? Mas nos vale morir en el campo peleando, que en la Torre de hambre: sigamos à nuestros enemigos; y todos fueron de este acuerdo; y viendo Floripes de la ventana, que iban adelante, llamò à grandes voces à Gui de Borgoña, y el noble Cavallero con los otros se llegaron al pie de la Torre, y hallaron à Floripes, que estaba muy alegre, y dixeronla, que les cumplia seguir sus enemigos, que ya llevaban de vencida, por tomarles la provision que tenian; y despedidos de ella siguieron el alcance de sus enemigos.

CAPITULO XLIII.

Como los Cavalleros tomaron todas las provisiones que hallaron en el Real; y como la Torre fue combatida con grandes ingenios.

LOS Cavalleros se pusieron en ordenanza, y fueron en busca de sus enemigos, los quales, pensando descansar, avian dexado las armas; y viendo el Almirante los Cavalleros, diò muy grandes voces à los suyos, que se armassen, y llegaronse todos à unas tiendas donde tenian la provision del Real; y conociendo esto los Cavalleros Christianos, les dieron muy cruda batalla, y durò hasta la noche. Quando pensaron los Turcos, que los Christianos se retraerian, entonces les dieron mayor guerra; y como no ossaban huir, murieron tantos, que los Christianos estaban teñidos en sangre, y cansados de herir en ellos: y entraron en las tiendas, y hallaron doce Camellos cargados de pan, y carne, caza, y otras muchas provisiones; y bolviendo con ellos hasta la Torre hallaron el cuerpo de Bosin de Genovois, y lo llevaron à la Torre, donde fueron con grande alegria recibidos de las Damas, especialmente Gui de Borgoña de Floripes, la qual lo tenia en sus brazos, y tenia tanto placer, que no se podia hartar de lo mirar; y dexandolo, se puso à los pies de Roldàn, queriendoselos besar, y los abrazò à todos, dandoles muchas gracias por lo que por Gui de Borgoña avian hecho; y puestas las mesas, cenaron. No cumple decir el enojo que el Almirante recibiò quando supo, que los Christianos se avian proveìdo de vituallas; y diciendo mal de los Dioses, y de la hora de su nacimiento, decia: O desdichado viejo, olvidado de tus Dioses, y de toda tu gente! No puedo creèr, que mi gente pudiesse pelear contra estos Cavalleros, ò ellos estàn encantados, que tan grande estrago han hecho en los mios. O ingrato Carlo Magno! Como puedes

tu

tu olvidar los tus nobles Cavalleros ? Por cierto ninguna razon teneis de los olvidar, pues que tu Corona es por grandes hechos muy honrada. Con estos doce podras dàr guerra à todo el mundo, y con doscientos mil no osso yo entrar en el campo. Quanta merced me harian mis Dioses si estos Cavalleros quisiessen vivir conmigo, y les perdonaria el mal que me han hecho, y les haria grandes mercedes! Estaba tan enojado, que ninguno de los suyos se ossaba poner delante, y estuvo toda la noche en estas quexas passeando por su tienda. Venida la noche mandò llamar sus Consejeros, y les preguntò, què les parecia que se debia hacer? Ellos le dixeron, que hiciesse apercibir su gente, y diesse combate à la Torre, que no tendrian yà los Christianos cosa alguna para defenderse, y assi fue hecho. Los Christianos se defendieron valerosamentè, y Floripes, y sus Damas estaban à las ventanas tirando à los Turcos. De esto tenia el Almirante grande enojo; y como vido, que el combate no avia aprovechado, antes avia perdido muchos de los suyos, tornò à maldecir su fortuna, y à quexarse de sus Dioses; y dixole un Cavallero: Señor, creo, quando los Christianos entraron en tu Corte, que perdieron tus Dioses su poder. El Almirante le dixo, que callàsse, y no dixesse tales palabras, que los Dioses le traerian à los Christianos à su poder.

CAPITULO XLIV.

Como la Torre en que estaban los Cavalleros Christianos fue minada de los Turcos, y cayò una parte de ella.

TAN enojado estaba el Almirante de los Christianos, y no menos de su hija, que buscaba todos los modos que podia para vengarse de ellos, y mandò llamar un Nigromantico, y dixole si sabria algun modo para ganar la Torre? Y èl dixo, que sì, que mandasse apercibir la gente para recibir à los Cavalleros si saliessen de la Torre, que èl haria arder la Torre; y venida la mañana, hizo sabiamente arder la Torre, y maravillosamente. Quando los Cavalleros vieron arder la Torre se armaron muy prestamente para salir, mas Floripes les dixo, que se estuviessen quedos, que ella sabia como se hacia aquel fuego, y diciendo ciertas palabras lo hizo apagar. Bien conoció el Almirante, que aquello lo hizo Floripes su hija, y jurò de la hacer quemar, y mandò al Encantador, que diesse otra orden para combatir la Torre: y luego mandò hacer grandes reparos con mucha madera, y puestos sobre unas ruedas, los hizo llevar al pie de la Torre para defenderse de las piedras, y dieronle un fuerte combate. Y como los Cavalleros no tuviessen que les tirar, concertaron de salir à sus enemigos, y Floripes les dixo, que esperassen, y baxando à donde estaba el tesoro de su padre el Almirante, traxo grandes piezas de oro, y plata, y dixoles, que tirassen con ellas, que tambien matarian à quien acertassen como las piedras. Y despues que les huvo traìdo los Idolos, que eran todos de oro, y plata, los cortaron todos en pedazos, y con ellos tiraban à sus enemigos. Quando los Turcos vieron tanta riqueza olvidaron el combate por tomar de aquel tesoro: y sobre ello huvo gran mortandad. El Almirante mandò cessar el combate, diciendo, que de ellos se seguian dos daños, porque moria su gente, y perdia sus tesoros. Recogida la gente, mandò curar todos los heridos, y dixo à los otros, que descansassen la noche, y que en siendo de dia bolverian à combatirlos, y que con los ingenios, y reparos fuesse minada la Torre. Venida la mañana fue puesto por obra el combate, y minaronla tanto, que dieron con una esquina de la Torre abaxo. Floripes tomò otros muchos tesoros, y con ellos tiraban por las ventanas, y huvo sobre esto gran batalla entre los mismos Turcos, y entrò el Almirante en un poderoso cavallo, y los metiò en paz, y mandò pregonar, que so pena de la muerte, ninguno fuesse ossado de baxarse por ningun oro, ni plata, y les mandò secretamente, que reposassen el dia, y que en la noche minassen la otra esquina de la Torre. Venida la noche estaba Floripes à la ventana, viò traer ciertos manjares al Maestre Sala, y conociò, que el Almirante estaba cenando, y dixolo à Gui de Borgoña, y èl dixo à Don Roldàn: Señor, toda la gente està sossegada, y el Almirante està cenando, à buen tiempo llegarèmos para darle mala cena en pago del combate; y acordaron todos de salir à sus enemigos, y como fueron armados entraron en ellos, que descuidados estaban de su venida: algunos se pusieron en defensa, y otros huyeron hasta la mesa del Almirante, que estaba cenando con el Rey Espoliante. El Rey fue prestamente armado de un lucido arnès, y cavallero en un poderoso cavallo, y tomando una gruessa lanza en su mano, y con mucho orgullo saliò à darles la batalla à los Christianos, èl delantero de todos los suyos, y encontrò primeramente con el valeroso Roldàn, y quebrò la lanza en su escudo, y luego puso mano à la espada, y Roldàn le diò tal golpe en la cabeza, que le hendiò el yelmo hasta la carne, y cayò del cavallo, y uno de los suyos diò grandes voces, diciendo: Socorred, Cavalleros, que el Rey Espoliante es derribado del cavallo; y oyendo esto Roldàn lo llevò arrastrando hasta la Torre.

CAPITULO XLV.

Como los Doce Pares de Francia ordenaron, que uno de ellos fuesse à hacer saber à Carlo Magno el peligro en que estaban puestos.

AViendo estado los Cavalleros tanto tiempo en la Torre sin socorro alguno, desconfiados del socorro de Carlo Magno, estaban muy [illegible] y dixo el Duque Naymes: Señores, Carlo[illegible] no debe de saber donde estamos, y [illegible] [illegible] con gran [illegible]

nosotros tenemos en esta Torre; y creo, que si de uno de nosotros no es informado, nunca oirà nuestras nuevas, que el Lugar es muy desviado, y por èl nunca viene Christiano; y allende de esto, el Almirante avrà mandado guardar los passos porque no lleven las nuevas; por ende me parece, que uno de nosotros partiesse secretamente para Carlo Magno, que no ay duda, sino que si supiesse donde estamos, vendria con todo su poder à buscarnos. Gui de Borgoña respondiò: Señor Duque, por demàs es hablar en esso, que es impossible poder passar nadie, porque bien sabeis, que han de passar por la Puente de Mantible, y sabeis las Guardas que ay en ella; ved, pues, como passarà un hombre solo, ni aun muchos, sin grande peligro. Viendolos Floripes estàr tan tristes en estas razones, les dixo: Señores, de pensar es, que Carlo Magno sabe donde estais, y de la necessidad que teneis, que bien sabe yà, que los cinco fuisteis presos quando Oliveros venciò à mi hermano Fierabràs, y vosotros, por su mandado, venisteis con embaxada al Almirante mi padre, y à otros negocios, y por falta de gente no avrà podido venir en vuestro socorro, mas no es de creer, que os tiene olvidados: por ende no os fatigueis, mas esperareis algunos dias; y si no viniere socorro, yo sè, que qualquier partido harà el Almirante con vosotros por rescatar este Rey que tenemos preso, porque es su sobrino, hijo de su hermana, y es Señor de muchas Provincias. Pareciò bien à todos lo que Floripes dixo, y esperaron algunos dias. Viendo Oliveros que la vitualla se apocaba, y no les venia socorro, dixo, que queria ir à Carlo Magno, y con el ayuda de Dios les traeria socorro; y el Duque le dixo: Señor Oliveros, mas vale que qualquiera de nosotros vaya, que no vos, ni Roldàn, que sois nuestros Capitanes; y si los enemigos supiessen que no estais con nosotros, nos darian mucha mayor guerra; por ende si vos quereis, yo irè de buen grado: y assi cada uno con buenas entrañas se ofrecia al grande peligro por traer socorro à sus compañeros; y no sabiendo determinadamente el que avia de ir, dixo Ricarte de Normandia: Señores, yo tengo un hijo, como sabeis, y segun sus principios, serà buen Cavallero, y si acaso muriere, ò fuere preso en este camino, tengo quien me vengue: por ende à mi me conviene la ida, porque con el ayuda de Dios, antes que os falte provision, os pueda traer socorro: y assi concluyeron que fuesse, aunque mucho les pesaba, por el gran peligro à que se ponia; y dixo Ricarte, que en la noche calladamente saldria de la Torre, y tomaria su camino para la Puente de Mantible. Roldàn dixo: Señor Ricarte, no creais que estèn los Turcos de noche sin Guardas, por lo qual, en amaneciendo, saldrèmos todos juntos, y los acometerèmos muy varonilmente, y despues que los viere mos metidos en la batalla con nosotros, os desviareis, tomando vuestro camino, y yo les darè tanto en que entender, que no tendràn poder para poderos seguir. Levantaronse los Cavalleros dos horas antes que amaneciesse, y despues de muy bien armados, abrazaron à Ricarte con muy grande amor, encomendandole à Dios, que lo quisiesse guardar de tanto peligro; y el buen Ricarte de Normandia se fue à despedir de la muy hermosa Floripes, y ella, con abundancia de lagrimas, lo abrazò, y sacò el cofre, y mostrò las Santas Reliquias, que en èl tenia, y Ricarte se humillò devotamente, y derramando infinitas lagrimas, se encomendò muy de veras à su Criador. Despedido de Floripes, baxò adonde los demàs estaban esperando, y subiendo en sus cavallos, hallaron toda la gente del Rey Espoliante guardando la salida de la Torre, y comenzaron una muy cruda batalla, è hicieron tanto los Christianos, que los hicieron retirar hasta las tiendas dònde estaba el Almirante Balàn. Tanto se metiò Ricarte de Normandia en la batalla, que quando quiso salir de ella para meterse en el camino, no podia, y hiriendo en los Turcos, diò una voz, porque supiessen sus compañeros donde estaba; y oyendole Oliveros, se metiò como feròz Leon matando, y derribando Turcos, hasta que le hizo camino por donde passasse. Viendo Ricarte, que queria amanecer, teniendo lugar, se puso en camino para tierra de Christianos.

CAPITULO XLVI.

Como el Rey Clarion siguiò à Ricarte de Normandia, y como Ricarte le matò, y tomò su cavallo.

PUesto en camino Ricarte de Normandia, se metiò por un monte, desviandose del camino, por la multitud de los Turcos, que venian al Real del Almirante; y como subiesse por un puerto alto, siendo yà de dia claro, fue visto de algunos Turcos: y el Rey Clarion mandò apercibir su gente para lo seguir. Quando Ricarte estuvo encima del puerto, no sabiendo que nadie le seguia, se apeò del cavallo, y le quitò el freno para que paciesse; y estando arrimado à un arbol con muy crecidas congoxas, por el peligro que avia en passar la Puente de Mantible, como por dexar à sus compañeros cercados, viò venir al Rey Clarion en un poderoso cavallo. Sintiendo el cavallo de Ricarte las pisadas del cavallo del Pagano, se fue para su señor para que cavalgasse, y Ricarte lo enfrenò, y subiò en èl. Quando el Rey Clarion vido à Ricarte, le dixo: Juramento hago à mis Dioses, Christiano, de bolverte al Almirante, y no tendràn tus compañeros poder para defenderte, como hicieron al otro que llevàmos à ahorcar. Ricarte de Normandia le dixo: Tù con toda tu gente no me pudiste prender, y solo me quieres llevar preso? El Rey Clarion le dixo: Al pie del Puerto dexo quatro mil hombres de pelea, que bien presto seràn aqui. Ricarte dixo: Mientras los tuyos vienen piensa ser buen Cavallero; y baxando las lanzas, se encontraron, y de los encuentros, el cavallo de Ricarte, que muy cansado estaba, cayò en el suelo, mas luego fue el Cavallero puesto en pie, con la espada en la mano, y diò tal golpe al Rey Clarion, que

que de su escudo hizo dos partes; y sintiendo Ricarte venir la gente de Clarion, le diò tan gran golpe en el brazo derecho, que le hizo soltar la espada, y le asiò del brazo, y sacandole de la silla, le cortò la cabeza, y saltò en su cavallo. Este cavallo era muy bueno, y era desde la cabeza hasta el medio cuerpo blanco, con unas pintas bermejas, y del medio atràs con unas pintas negras: tenia el pelo largo como el dedo, y la cabeza pequeña, los ojos muy grandes, las orejas muy chicas, y muy redondas, las narices romas, las ventanas muy abiertas, y de la parte de adentro muy coloradas, el pescuezo corto, y ancho, la cola, y las cerdas de ella muy gordas, y muy esparcidas, que quando corria, parecia que traìa una grande ala, y era muy ligero, que por correr cincuenta leguas à rienda suelta, no se sentia cansado. Quando se viò en aquel hermoso, y galàn cavallo, acordò de matar el suyo, porque no quedasse en poder de Paganos, y despues dixo: Buenos servicios he recibido de ti, no es razon darte mal galardòn, Dios te lleve à poder de Christianos, y mucho me pesaria si cavalgasse en ti Moro alguno, que muy pocos cavallos ay en el mundo mejores que tu. Sintiendo el ruido que traìan los del Real, Ricarte, sin seguir camino alguno, comenzò à caminar àcia el Puente de Mantible, y su cavallo se bolviò por donde avia venido. Y quando la gente del Rey Clarion lo vieron, pensaron que Ricarte era muerto, y lo quisieron tomar, mas no pudieron, y passò por el Real de los Paganos sin que lo pudiessen tomar, ni ossar llegar à èl. Quando el Almirante le vido, dixo: O muy noble Rey Clarion, mi amado sobrino! en muy grande merced te tengo lo que oy has hecho por mi; pues mataste al Mensagero de los Christianos, del qual nos podìa venir gran daño si al Emperador Carlo Magno llegàran las nuevas de sus Varones. Y el cavallo no parò hasta la puerta de la Torre, y como los Christianos lo vieron, con muchas lagrimas le abrieron, y dixo el Duque Naymes con gran dolor: O noble Ricarte de Normandia! malas nuevas que tu cavallo nos traxo, Dios por su piedad reciba tu anima en su Santa Gloria. Y Don Roldàn dixo: O mi leal amigo! mucha culpa tengo yo de tu muerte por consentir en tu partida, aviendo tan gran peligro en ella. Mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Carlo Magno no venia; mas de una cosa seràs seguro, que tu muerte serà bien vengada. No bolverè jamàs à la Corte, ni à Durindana meterè en la vayna, hasta que al Almirante corte la cabeza.

***

CAPITULO XLVII.

Como la gente del Rey Clarion le hallò muerto, y le llevaron al Real del Almirante.

Siguiendo la gente del Rey Clarion à Ricarte de Normandia, hallaron à su señor muerto en el campo, haciendo gran llanto, lo llevaron al Real. Llegados al Real, oyò el Almirante los llantos que hacian, y saliòles à recibir, y preguntòles por su sobrino el Rey Clarion, y respondiòle un Cavallero, que de su muerte tenia gran pesar: Señor, en fuerte hora venimos en tu socorro, tu perdiste à tu Capitan el Rey Clarion, y nosotros perdimos à nuestro señor. Antes que el Cavallero acabasse de hablar, cayò el Almirante amortecido, y estuvo un gran rato de esta manera. Oyendo los Cavalleros Christianos los gritos que daban los del Real, salieron à las ventanas, por saber què cosa era, y Floripes entendiò, que el Rey Clarion era el muerto, y con grande placer lo dixo à Gui de Borgoña, y à los otros Cavalleros, los quales dieron muchas gracias à Dios por ello, y fueron muy alegres con esperanza de aver socorro. Tornado en sì el Almirante, tirando con gran rabia de sus barbas, y cabellos, maldiciendo à sus Dioses, y amenazando à los Christianos, mandò llamar à su Turco, llamado Orages, y dixole: Yà sabes como el que matò al Rey Clarion es ido con mensage à Carlo Magno, para le informar de la necessidad en que estàn sus Cavalleros, y segun el gran poder de Carlo Magno, gran daño nos podrà venir: por ende te mando, que muy presto lleves mis cartas à Galafre, Guarda del Puente de Mantible, y dile que estoy muy enojado porque dexò passar los siete Cavalleros de Carlo Magno, y que se guarde de que passe el Mensagero, que oy partiò de aqui; si no, que le harè ahorcar de la ventana de la Torre. Señor (dixo Orages) de esso pierde cuidado, que yo llegarè antes que èl. Y llegando al Puente de Mantible, dixo à Galafre: Yo soy Mensagero del Almirante Balàn, el qual te manda, so pena de la vida, que no dexes passar al Christiano que viniere por aqui, que lleva à Carlo Magno mensage de unos Cavalleros que estàn cercados, y allende de esto, està mal contento de ti, porque dexaste passar ciertos Christianos, que le han hecho muchos enojos. Quando Galafre oyò el Mensagero, y leyò las cartas del Almirante, subiò encima de una Torre, y tocò una vocina, y luego se juntaron en el Puente diez mil Turcos armados, y saliò con ellos por todos los caminos en busca del Mensagero de los Christianos.

*** *** *** *** ***

CAPITULO XLVIII.

Como Ricarte de Normandia passò el Rio Flagor milagrosamente, mediante un ciervo blanco, que le guiò.

MUy deseoso estaba Ricarte de Normandia de llevar socorro à sus compañeros, que quedaban en la Torre, y por esso temia mucho la passada de la Puente; y estando combatido de muchos, y muy diversos pensamientos, andando todavia adelante por su camino, sintiò pisadas de cavallo, y mirando à una parte, y à otra, vido gran numero de gente de Galafre, y con grande congoja se desviò de ellos, diciendo: O' Jesu Christo, Rey de la Gloria! en esta hora yo te suplico, que seas en mi guarda, porque mediante tu gracia pueda traer socorro à los Cavalleros, que de tantas angustias dexo cercados! El Rio es grande, y las guardas de la Puente son muchas, por donde conozco, que sin tu ayuda no llevarè consuelo à mis compañeros. Diciendo esto, vido delante de sì diez Cavalleros, que à grandes voces le amenazaban, diciendo, que no le aprovecharia el ligero cavallo del Rey Clarion. Queriendose apartar de la batalla, pensò el buen Ricarte de huir, confiado en la ligereza del cavallo; mas considerando, que por la Puente no podria passar, ni por el Rio menos, con magnanimo corazon, cubierto de su escudo, y la espada en la mano, arremetiò à ellos, y saliòle al encuentro un Cavallero con una gruessa lanza, y la quebrò en su escudo, sin que Ricarte hiciesse mudanza alguna en la silla, y iba su cavallo con tanta fuerza, que se huvo de juntar con el Turco, y diò con èl, y con el cavallo en tierra; y bolviendo à los otros, diò à uno tan gran golpe en la cabeza, que se la hendiò hasta los dientes. De este golpe fueron muy espantados, y Ricarte los dexò, y guiò para la Puente de Mantible; y viendo de lexos como la entrada de la Puente estaba guardada de mas de diez mil Turcos, sin que le viessen se metiò en una Isla que estaba cerca del Rio, pensando què haria para passar: mas Dios, que nunca olvida los suyos, le embiò un ciervo blanco, que delante de èl se metiò en el Rio, y passò à la otra parte, y despues bolviò à mirar à Ricarte, y viò que no ossaba meterse en el Rio, y bolviò otra vez à la otra parte, y llegòse al cavallo, y passo à passo se metiò en el Rio. Ricarte se encomendò à Dios, y se metiò en el Rio siguiendo al ciervo, y sin peligro passò à la otra parte. Quando los Paganos, que estaban encima de la Torre, le vieron passar, dieron à Galafre voces, y Galafre quando le viò de la otra parte del Rio, fue muy triste, y mandò, que siguiessen à Ricarte hasta que lo alcanzassen, y dixo: Si entra en tierra de Christianos, no ossarèmos jamàs parecer delante del Almirante. Desque Ricarte se viò [illegible] parte del Rio, dando muchas gracias à [illegible] para tierra de Christianos, sin tener [illegible] Paganos. Aora dexarèmos de hablar [illegible] compañeros, y hablarèmos del Emperador Carlo Magno, y de su gente, que todavia estaba en Mormionda.

CAPITULO XLIX.

Como Carlo Magno quiso bolver à Francia por consejo de Galalòn, y de sus parientes.

EStando el Emperador Carlo Magno en Mormionda con gran tristeza porque no tenia nuevas de sus Varones, mandò llamar à Galalòn, y à Jofre de Altafoxa, y otros, y entre ellos vino el Duque Regner, à los quales dixo el Emperador: Amigos, yo estoy en muy gran congoja metido, y he menester deciros la causa de ella: Verdaderamente, si yo no sè de mis Varones, yo prometo dexar la Corona Imperial, y todo el Govierno, que hombre que tan desdichadamente pierde tales Cavalleros, no merece reynar. Por ende os ruego, que cada uno siga su parecer, y la manera que se ha de tener para saber de los Cavalleros. De esto le plugò mucho à Galalòn, aunque mostraba que le pesaba, dixo: Señor, si tu me dàs licencia, yo te dirè mi parecer. Carlo Magno le dixo, que dixesse: Señor, es mi parecer, que no passes mas adelante, antes haràs llevar todas las tiendas, y despues nos irèmos poco à poco, y por las animas de tus Cavalleros haràs decir Missas, y los cuerpos no creas que son vivos; y bueltos à tierra de Christianos, juntaràs mas gente, y despues bolverèmos à vengar la muerte de tus nobles Cavalleros, que has de creer, que el Almirante tendrà la mayor parte de Turquia junta para vengarse de ti por el vencimiento de su hijo; y esta es mi opinion, y creo, que te doy sano consejo. Quando Carlo Magno oyò las razones de Galalòn, puesta la mano en el rostro, arrimada la cabeza à la silla, estuvo gran rato sin poder hablar palabra, esforzandose quanto pudo, decia entre sì: O desdichado Rey! Què haràs si te buelves sin vengar la muerte de tus Varones? Seràs para siempre deshonrado; dirà la gente, que mejor supiste embiarlos adonde perdiessen las vidas, que vengar sus muertes: si me buelvo à tierra de Christianos sin tomar venganza del Almirante, què Cavallero querrà servirme? Quien se meterà en peligro por mi, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas en mi servicio, son tan presto olvidados? Ni yo tendrè razones para les mandar cosa alguna, ni ellos seràn de culpar, aunque dexen de hacerla: Como hablarè à los parientes de los muertos? Què diràn sino que los embiè donde perdiessen las vidas? O viejo sin ventura! Como no consintiò la fortuna, que tomasses la muerte con ellos, porque con deshonra no viviesses? O mis leales Cavalleros! quanta razon tengo de llorar, que allende de lo que yo pierdo en perderos, cada uno de vosotros era mas digno de la Corona, que yo. Por vosotros era temido de Christianos, Judios, y Paganos: vosotros erades firmes pilares del Imperio: vuestras espadas, y fuertes brazos la fortaleza de mis Reynos: en perderos

perdì todo mi consuelo; no sè con quien comunique la grande pena que siento; no tiene à quien pida consejo este viejo triste: con vosotros tenia todos los bienes del mundo, y en perderos, perdì la esperanza, y alegria que tenia, y solo quedo desamparado de todo el mundo, salvo de tristeza, à la qual ruego que acorte estos mis dias, pues no veo razon para vivir sin vuestra compañia. O Paganos! yà sabeis quanto ganasteis en la muerte de mis Varones: aquel dia cessaron vuestros temores: aquellos, cuyos solos nombres os hacian bolver la rienda en la mayor priessa de la batalla, yà no os iràn à sacar de vuestras Fortalezas; de mi gran pèrdida vendrà à todos los Infieles descanso en sus vidas; y estando mis nobles Cavalleros en mi Corte, sonaban los golpes de sus tajantes espadas en el corazon de Turquia. Despues que todo esto huvo razonado en sì, esforzandose, levantò la cabeza, y dixo à los Cavalleros: Señores, yà aveis oido el consejo que me ha dado Galalòn, y no me parece que lo debemos tomar, porque es contra la honra, y yo queria que vosotros diessedes vuestro parecer, porque oidas vuestras voluntades se tomasse el mas sano consejo que convenga. Entonces un Cavallero llamado Macayre, y Auberin, Jofre, y otros muchos Cavalleros de linage de Galalòn, y conforme à su condicion, le dixeron: Señor Emperador, Galalòn ha hablado cuerdamente, y es muy buen consejo, y de passar adelante no hagas cuenta, que en tu compañia ay mas de diez mil hombres, que sabida la muerte de sus Capitanes Roldan, y Oliveros, han hecho juramento de no passar de aqui, aunque se lo mandes. Carlo Magno diò un gran suspiro, diciendo: O verdadero Dios, en quien siempre hallè remedio en mis tribulaciones! no desampares este triste Cavallero, de tantas angustias cercado, que el consejo de estos Cavalleros no me parece bueno. Entonces el Duque Regner, padre de Oliveros, dixo: Señor, los que este consejo te dieron no te quieren bien, ni desean tu honor: si es que algunos te dexaren de seguir, seràn de su linage, mas los que desean el ensalzamiento de tu Imperial Corona, ni te daràn tal consejo, ni dexaràn de seguirte. Auberin, pariente muy cercano de Galalòn, le dixo: Regner, si no estuvierades delante del Emperador, yo hiciera con mi cortadora espada, que os costàra muy caro lo que decis, que vos mentis en ello: y Regner le diò tan gran golpe con el puño, que diò con èl en el suelo, y huviera muy grande mal entre ellos, si el Emperador no se metiera enmedio, porque se hallaron de linage de Galalòn mas de seiscientos hombres armados. El noble Fierabràs, que estaba presente, metiò mano à su espada, y dixo: Juramento hago al Bautismo que he recibido, que si se mueve alguno para enojar al noble Duque Regner, que le tengo de mostrar como sabe cortar mi espada. El Emperador mandò que estuviessen quedos, so pena de la vida, y les dixo: Yà siento la falta de mis Cavalleros, que en vèr vosotros, que estoy sin ellos, me teneis en poco. Fierabràs le dixo: Señor, suplicote, que esto que aora passò sea perdonado; mas de aqui adelante tèn tu gente en justicia, y à mi me tendràs mientras viviere por firme columna de tu honra. Carlo Magno le dixo, què le parecia, si se bolveria, ò no? Y èl le dixo: El bolver bueno era para que descansasse tu persona, mas no para acrecentar tu honra. Entonces diò Carlo Magno un suspiro, y dixo: Al Alto, y muy Poderoso Dios encomiendo mis hechos, al qual prometo de no bolver à tierra de Christianos hasta que sepa nuevas de mis Cavalleros; y aviendo su consejo, fue acordado fuessen algunos Cavalleros à Francia para llegar gente.

CAPITULO L.

Como Ricarte de Normandia en breve tiempo llegò al Exercito de Carlo Magno.

QUeriendo Carlo Magno embiar à tierra de Christianos por gente, un Cavallero vino à Carlo Magno, y le dixo como venia à gran priessa un Cavallero de tierra de Turcos. Carlo Magno saliò presto al camino con el Duque Regner, y vieron de lexos à Ricarte; y el Duque Regner dixo: Este que aqui viene es Christiano, que los Turcos no cavalgan de aquella manera. Llegandose mas Ricarte, dixo Carlo Magno: Este parece en el ayre à Ricarte de Normandia: y llegando el Cavallero delante del Emperador, saltò del cavallo, y hizo acatamiento à su señor. Carlo Magno le dixo: Mi Cavallero, vos seais muy bien venido: què es de vuestros compañeros? Como venis solo? Son muertos, ò vivos? Ricarte dixo: Señor, dad gracias à Dios, que de muchos peligros los ha librado, y estàn vivos, y sanos, no muy lexos de Aguas-Muertas, en una Torre, cercados de mas de cien mil Paganos, y con ellos està la muy virtuosa Dama Floripes, hija del Almirante Balan, mediante la qual somos vivos, que es muy largo de contar lo que por nosotros ha hecho, y tiene las Santas Reliquias que buscas tanto tiempo hà, y otros infinitos tesoros; y te suplica, assi ella, como tus nobles Cavalleros, que te plegue de les dar socorro, y està Floripes con gran deseo de ser Christiana; y si tu ganas a Aguas-Muertas, y aquella Torre, en poco tiempo ganaràs la mayor parte de Turquia. Carlo Magno recibiò gran consuelo con estas nuevas, y dixo, que Galalòn, y sus parientes eran traydores, que porque muriessen los Cavalleros trabajaban de lo hacer bolver à Francia; y dixo: Dime, Ricarte, tienen mis Cavalleros provision alguna en la Torre? Podrian passar cinco, ò seis dias? El dixo que sì, y la provision que tienen tomamos en el aposento del Almirante à pesar de todos los de su Real. Carlo Magno le preguntò: Què hombre es el Almirante? Y èl dixo: Es feròz en hechos, y gesto, y es muy valiente por su persona, y enemigo grande de los Christianos. Para passar a Aguas-Muertas ay un passo peligroso, que es la [illegible] Mantible, y el Rio es muy grande, [illegible]

gor. La Puente es muy fuerte, con dos torres de marmol, y sus puentes levadizas; y tiene la Guarda de la Puente un Gigante muy espantable, y en su compañia tiene diez mil Turcos para guardar la Puente: de manera, que por fuerza no passarà todo el resto de este mundo; mas usarèmos de una industria. Carlo Magno le dixo: Què industria avrà para passar? Ricarte le respondiò: Señor, irèmos cinquenta de nosotros bien armados, y encima de las armas sendas capas largas, como Mercaderes, y llevarèmos quarenta acemilas cargadas de fardeles, que parezcan mercaderias; tu estaràs con tu Exercito en un montecillo, que està muy cerca de la Puente, y pensando las Guardas que llevamos mercaderias, abriràn la puerta, y pediràn sus derechos, y entonces dexando las capas, les darèmos batalla, y con una señal que harèmos vendràs con tus Cavalleros, y con el ayuda de Dios ganarèmos la Puente, y darèmos socorro à tus nobles Cavalleros, que estàn esperando. Este consejo pareciò bien à Carlo Magno, y à los otros Cavalleros, y el Duque Regner abrazò à Ricarte con grande amor, y Ricarte le contò lo que Oliveros avia passado en la Torre, y los beneficios que de Floripes, hija de el Almirante Balàn, avia recibido; y mandò el Emperador Carlo Magno à los Cavalleros, que hiciessen aderezar las armas, y assimismo à los Peones, y à los Capitanes proveyessen de armas à los que no las tenian, y mandò alzar todas las tiendas, y que todos estuviessen apercibidos para la partida, y dixo à Ricarte de Normandia, que hiciesse lo que avia ordenado. Ricarte mandò hacer muchos fardos del fardage del Real, y los hizo atar como fardos de mercaderias, y cargò quarenta acemilas, y rogò al Duque Regner, y à Hoel de Nante, que tomassen sesenta buenos Cavalleros, y el Duque fue muy contento. Armados sus Cavalleros, les diò Carlo Magno sendas capas para cubrir las armas, y pusieronse en camino para la Puente de Mantible, y iba delante el Duque Regner, y Ricarte, y luego las acemilas con algunos Peones. El Emperador mandò alzar sus vanderas, y puesta la gente en ordenanza, se pusieron en camino.

CAPITULO LI.

Como por industria de Ricarte de Normandia fue ganada la Puente de Mantible, y del Gigante Galafre, que la tenia à su cargo.

EL Emperador tuvo tal modo, que se metieron en el monte de noche, porque no lo viessen los de la Torre de la Puente de Mantible. Ricarte, pues, Hoel de Nante, y el Duque Regner fueron con las acemilas cargadas para la Puente; y quando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la Puente, y la grandeza del rio, fueron maravillados, que por fuerza no la tomaria el grande poder de los Christianos; y Ricarte dixo: Dios nos quiera guardar, que nos cumple oy batalla con el mas feroz Gigante de el mundo, y con diez mil Turcos, que no se aparta de su compañia para guardar la Puente. El Duque le preguntò como passaron quando iban con Roldàn, y los otros à llevar la embaxada al Almirante? Ricarte le contò el ardid, que el Duque Naymes avia tenido. Llegados à la Puente, dixo Ricarte: Señores, yo serè el primero: en abriendo la Guarda la puerta entrareis, y quando me vieredes echar la capa, no seais perezosos en echar las vuestras, y procurad ser buenos Cavalleros, que serà bien menester. Ellos dixeron, que ningun rezelo tuviesse de ello, ni tampoco de dexar de señorear la Puente, si una vez entraban en ella. Luego que Galafre los viò, abriò un pequeño postigo de la primera puerta, y tenia en su mano derecha una hacha de armas muy gruessa, y grande à maravilla, y los ojos muy grandes, y bueltos en sangre, y las narices muy anchas, y romas, la boca muy grande, y los labios gruessos, y negros: tenia las piernas gruessas, y los pies grandes: tenia muy gran fuerza, y de continuo estaba armado. Este era muy querido del Almirante Balàn, y se fiaba mucho de èl, y era Condestable de toda aquella tierra, y era muy cruel, especialmente con los Christianos. Abierto el postigo, dixo à Ricarte: Dime, hombre, què buscas por esta tierra, y què es lo que traes aì? Ricarte mudò de lenguage, porque no le tuviessen por Francès, y dixole: Señor, nosotros somos Mercaderes, que venimos de Tarascòn, y tenèmos paños de todas suertes, y queriamos llevarlos à Aguas-Muertas, para vender de ellos, y traemos muchas joyas para presentar al Almirante Balàn; y si vos me mostrassedes el camino, os dariamos de nuestras mercaderias, porque no sabemos los passos de esta tierra, y ninguno de nosotros passò otra vez por aqui. Galafre respondiò: Sabed, que yo tengo cargo de guardar esta Puente, y todos los passos de esta tierra, y no ha mucho tiempo, que siete traydores vassallos de Carlo Magno me burlaron malamente, diciendo, que llevaban embaxada al Almirante, y me dieron à entender, que traìan el tributo que se ha de pagar, y que los dexasse passar, y han hecho gran daño, y enojo al Almirante; mas ellos estàn cercados en una Torre de mas de cien mil Turcos, y poco ha se escapò uno, que cierto tenia el diablo en el cuerpo, pues matò al Rey Clarion mi sobrino, con tres mil Turcos que le seguìan, y le tomò el mejor cavallo del mundo, y como vido las Guardas que tengo en esta Puente, se lanzò en el rio, y passò à nado, lo que otro hombre nunca hizo, y fue à llevar las nuevas à Carlo Magno; y à esta causa me mandò el Almirante, so pena de la vida, no dexe passar persona alguna sin saber primero donde và; por lo qual quiero saber esto, que no me pareceis Mercaderes. Ricarte dixo: Bien nos place que sepais, y mireis nuestra mercaderia; y diciendo esto, entrò en el postigo, y luego le siguieron el Duque Regner, y Hoel de Nante Riol. Quando

Ga-

Galafre los vido dentro, no le plugò mucho, y cerrò el poſtigo porque no entraſſen los otros, y dixoles ſe quitaſſen las capas, que queria vèr què llevaban. Ricarte ſe deſviò, y dexando la capa, puſo mano à la eſpada, y lo miſmo hicieron los otros, y Ricarte le diò un golpe en la cabeza, mas tenia en ella una calavera de ſerpiente, mas dura que hacero, y reſvalò la eſpada, y cortòle parte de una oreja, y los otros aſsimiſmo procuraron de lo herir reciamente, mas no aprovechaba dàr en èl, pues era lo miſmo darle golpes, que ſi los dieſſen en una peña, à cauſa de traer el cuero de la ſerpiente ſobre las armas. Galafre alzò la hacha de armas para herir à Ricarte, mas viendo venir el golpe, deſviò el cuerpo, y diò en un marmol, que entrò la hacha en èl mas de un palmo, y dando el golpe en vaciò, diò un grito, que le oyeron los Paganos que eſtaban en la otra parte, y los Chriſtianos hicieron ſeñal à Carlo Magno, el qual con toda ſu gente llegò con gran preſteza à la Puente, y huvo gran mortandad entre ellos, y Galalon hizo aquel dia coſas muy ſeñaladas, pero ſu lealtad durò poco.

CAPITULO LII.

Como Carlo Magno ganò la Puente de Mantible.

LA multitud de Paganos que vino en favor de la Puente fue tanta, que cubrian dos leguas de tierra; y viendo Carlo Magno que los Chriſtianos ſe retiraron, cubierto de ſu eſcudo comenzò à derribar Paganos à una parte, y à otra, y Fierabràs à ſu lado peleando valeroſamente; y ſiguiendo la batalla, viò Carlo Magno à Galafre con la hacha de armas en las manos, haciendo gran daño en los Chriſtianos; y viendo que no aprovechaba nada procurar herirlo con la eſpada por la fortaleza de las armas, pidiò una lanza, y con ella le diò tantos encuentros, que le derribò, y Ricarte le cortò la cabeza, y quando ſe viò en el ſuelo diò un grande grito, que lo oyeron tres leguas de alli, y acudiò mucha gente para defender la Puente, y entre ellos vino un fuerte Gigante, llamado Anſeon, y los ſeguia una Giganta, llamada Amiota, con dos niños en los brazos de quatro meſes, y eran de cinco pies de largo, y bien fornidos, ſegun ſu grandor. Puſoſe eſte Gigante à la puerta de la Puente por donde avian de ſalir los Chriſtianos con una grande barra de hierro en la mano, y comenzò à decir: Donde eſtà aquel viejo de Carlo Magno? Si quiere llevar las Reliquias, ò ſi quiere paſſar à dàr ſocorro à los Cavalleros, venga, que la puerta eſtà abierta. Carlo Magno ſe cubriò de ſu eſcudo para acometerlo, mas Fierabràs le ſuplicò, que le dexaſſe a èl aquella batalla, que conocia mejor aquella gente, y el modo de ſu pelear, que es gente de muy grandes fuerzas, mas que no tenian maña alguna, ni deſtreza en las armas; y diciendo eſto, cubriòſe de ſu eſcudo, y llegòſe al Gigante quanto le pareciò, que podia alcanzar con la barra. El Gigante [illegible] la barra con las dos manos, y el noble Fierabràs hizo ſemblante de eſperarle el golpe, mas viendole venir, deſviò el cuerpo, y el Gigante diò el golpe en el ſuelo, y fue tan recio, que hizo eſtremecer toda la Puente, y antes que alzaſſe la barra otra vez, le cortò Fierabràs ambos brazos de un golpe, y le diò otro en la cabeza. Entonces ganaron los Chriſtianos la Puente, mas la gran multitud de los Turcos no los dexaban ſalir, y les hicieron retraer àcia enmedio de la Puente; murieron muchos de la una parte, y de la otra, y eſtaban ſiempre à el lado de Carlo Magno Fierabràs, y el Duque Regner, y Ricarte de Normandia. Y viendo Carlo Magno que no podia ir adelante, antes les era forzado retirarſe, pues iba perdiendo mucha de ſu gente, comenzò de ſuſpirar, diciendo, que yà perdia la eſperanza de nunca ver ſus Cavalleros, pues que aquel paſſo no lo podia ganar; y Fierabras le dixo: Señor, no cumple aora llorar à los que eſtàn auſentes, ſino à noſotros miſmos, que ſi no ganamos eſta Puente, ſerà milagro eſcapar de las manos de nueſtros enemigos, por la muchedumbre que ſiempre viene. Entonces dixo Carlo Magno: Ea, pues, buenos Cavalleros, aora es tiempo de emplear vueſtras fuerzas, y diciendo eſto, ſe adelantò de los ſuyos, y comenzò à hacer tales coſas, que todos eſtaban eſpantados, aſsi ſus Cavalleros, como ſus enemigos. Y pueſtos à ſu lado Ricarte, Regner, y Fierabràs, dieron tal prieſſa à los Turcos, que les fue forzado meterſe en la Villa, y penſaron de alzar una puente levadiza los que eſtaban en ella, mas no pudieron, porque la detuvo Fierabràs mientras entraron los Chriſtianos en buena ordenanza, ſin dexar de herir varonilmente en ſus enemigos. A la entrada huvo gran mortandad de Chriſtianos, que de las ventanas los mataban à pedradas; y viendoſe Carlo Magno en tanta afrenta, diò una voz, diciendo: Socorro, Cavalleros. Entonces llegò Galalon, y ſus parientes con mil y docientos Cavalleros, y hicieron alli grandes proezas, aunque deſpues fue trayor. Durò el combate de la Puente quatro horas, y entrò Carlo Magno con poca gente en la Villa; y deſpues de entrado, un Cavallero del linage de Galalon, llamado Alorino, dixò à Galalon: Señor Galalon, Carlo Magno eſtà en la Villa con poca gente, y ſerà maravilla ſalir de ella; porque los Turcos tienen mucha gente en ella, y placeme, que ninguno de mis amigos quede con èl, y aora nos verèmos vengados de èl, y ſi vos quereis, nos bolverèmos à Francia, y nos alzarèmos con las fortalezas, y ſerèmos Señores de todo el Reyno. Galalon dixo: Verdaderamente yo tengo grande enojo de el Duque Regner, porque [illegible] mente nos injuriò el otro dia delante de Carlo Magno, porque ſe le moſtrò muy favorable [illegible] no me parece que podemos vengarnos ſin [illegible] mento de nueſtras honras, dexandole [illegible] neceſsidad en poder de Infieles, [illegible] podia ſer, que no ſalieſſemos [illegible] cion. Alorino reſpondiò: Se[illegible] [illegible] y cortò [illegible]

vos quereis venganza de vuestros enemigos, aòra tendreis tiempo para ello, y quando os quisieredes vengar, no tendreis lugar; y sobre esto huvo grande enojo entre ellos. Estando ellos en esta contienda, sobrevino el buen Cavallero Fierabràs, y preguntòles por Carlo Magno; y Alverino le respondiò: Creo que nunca lo vereis, que està en la Villa entre gran numero de Infieles. Fierabràs dixo: Y vosotros, què haceis aqui? Por què no le dais socorro? Bien podeis ser acusados de traydores, pues que en tanta afrenta olvidais à vuestro Rey; y diciendo esto, tomò una grande hacha de armas, y fuese para la puerta dando voces: Cavalleros, Cavalleros, socorred à vuestro Señor; y llegando à la puerta, hallò à Galalòn à su lado con alguna gente; y viendo Carlo Magno la poca gente que tenia, se retirò àzia la puerta peleando; y perdiendo todavia de los suyos, se metiò entre los Christianos, hasta que llegò Fierabràs, y Galalòn con èl, y hicieron tan grande matanza los dos, que arroyos de sangre corrian por la Villa; y no tuvieron otro remedio los Paganos, sino dando grandes alaridos echaron à huìr, y fueron à contar la desventura, y la pèrdida de la Puente al Almirante Balàn. Los Christianos fueron señores de la Puente, y de la Villa, donde se hallaron muchas riquezas.

CAPITULO LIII.

Como Amiota, Giganta, de quien arriba diximos, matò muchos Christianos, y como supo el Almirante la pèrdida de la Puente.

COn mucha pèrdida de gente ganò Carlo Magno la Puente de Mantible; y venida la noche, tomaron los Christianos posada pacificamente, y se desarmaron para descansar, que estaban fatigados de la batalla. Y una Giganta, muger de un Gigante, que matò Fierabràs, sintiendo que los Christianos estaban descuidados, rabiosa por la muerte de Anseo, tomò una visarma à manera de hoz; y saliendo de una cueva donde estaba con sus dos hijos, entrò en la Villa con grande furor; à quantos en la calle hallaba, à todos daba la muerte; y no hallando hombres por la calle, entraba en las casas, y como estaban desarmados, sin mucho trabajo, matò muchos, de tal manera, que se alborotò la gente. Quando Carlo Magno sintiò el alboroto de la gente, pensò que serian Turcos, que venian en socorro de la Puente, y fue muy presto armado. Luego Fierabràs, y los otros Cavalleros salieron con èl, y dixeronles, que una sola muger hacìa el alboroto, y que mataba muchos Christianos. Carlo Magno dixo, que queria verla; y llegando adonde estaba, fueron espantados de vèr cosa tan maravillosa, que llegaba con la cabeza à los texados, y relucìan sus ojos como hachas encendidas: la espuma que le salia por la boca, la corrìa por los pechos hasta los pies; daba de rato en rato un gemido, que se oìa media legua: solo el peso de la visarma bastaba para derribar una torre, y con solo su vista ningun Christiano le paraba delante. Carlo Magno se cubriò de su escudo, y con la espada en la mano quiso ir para ella; y Fierabràs le dixo: Señor, no es honesto que ensucies tu espada en una muger, ni serà cordura esperar sus golpes; empero decirte he el modo que se ha de tener; y llamando à unos Peones, que traìan hondas al modo de Turquia, les mandò que la tirassen, y tiraronla muchos tiros, sin que ningun daño la hiciessen; y tomando Fierabràs la honda, dixo: Feo me parecerà matar una muger; mas no puedo vèr delante de mi este diablo; y tiròla una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, la quitò del brazo, y diò un gran grito, que gran parte de la Villa hizo estremecer, y luego acabaron de matar los Peones; y mandò Fierabràs, que se velasse la Puente, y la Villa toda la noche. Venida la mañana, mandò Carlo Magno repartir lo que avian hallado en la Villa entre los suyos; y quedaron todos muy contentos, que por ser aquel Lugar tan fuerte, tenia alli el Almirante gran parte de sus tesoros; y andando mirando las cercas de la Villa, viò una cueva muy grande, y en ella estaban dos niños llorando, hijos de la Giganta, que los pariò de un vientre; y eran tan grandes de quatro meses como un hombre, y hizolos bautizar, y al uno llamaron Roldàn, y al otro Oliveros, y no vivieron mas de tres dias, de que pesò mucho à Carlo Magno; y queriendo passar adelante, mandò, que todos los muertos fuessen enterrados, los heridos curados, y mandò llamar al Duque Regner, y à Ricarte de Normandia, y les dixo, que queria luego passar adelante, y queria dexar alguna gente en la Villa, que guardasse la Puente; y el Duque dixo: Necessario es dexar aqui la gente, porque los Paganos no nos tomen este passo; mas hase de mirar, que los que aqui quedaren no carezcan fidelidad, que esta es la llave por donde nos avemos de salvar, que no todos los que vienen en tu compañia son fieles; y despues de bien mirado, acordaron, que dos nobles Cavalleros, llamados Hoel de Nantes, y Riol de Nans, con diez mil Christianos, quedassen en la Villa para guardar el passo; y Carlo Magno con la otra gente saliò de la Villa, y hizo de ella quatro batallas; la una diò à Fierabràs; la otra al Duque Regner; la otra à Ricarte; y la otra tomò en guarda: y diòle à Fierabràs la delantera, porque sabìa mejor la tierra, y en la retaguardia quedò Ricarte de Normandia, y puestos en buena ordenanza, se pusieron en camino. Quando huvieron subido una cuesta assaz alta, Carlo Magno se parò à mirar su gente, y viendola tan lucida, huvo mucho placer, y mas, porque à todos los vido con mucha gana, y buen proposito de pelear, y diò infinitas gracias à Dios por ello. En este intermedio supo el Almirante como la Puente de Mantible era ganada por los Christianos, y los Gigantes muertos, y de pesar cayò amortecido; y quando bolviò en sì, dixo: O Mahoma! como te han faltado tus fuerzas? Nunca hombre te honrò tan-

tanto como yo, y en ninguna parte son las Mezquitas tan ricas, ni tan servidas como las que en mi tierra estàn, y gran parte de mis tesoros he gastado en hacer imagenes de oro, y plata à tu semejanza, porque fuesses adorado de el Pueblo como Dios; y tu, como ingrato, y desconocido, en tanta necessidad olvidaste mis servicios? A ti solo avia encomendado mi Torre, y los tesoros que en ella estaban; en ti solo tenia esperanza que guardariais mi Puente de Mantible: descuidandome en tu guarda, no puse en ella el cuidado que era razon. En las cosas de poca importancia, me mostraste tus alhagos, porque en las arduas mas facilmente me pudiesses derribar. Dicho esto, tomò una hacha de armas, y con ella despedazò todos los Idolos. Sortibràn, viendo al Almirante tan desconsolado, trabajò quanto pudo por le consolar, reprehendiendo la injuria, que à su Mahoma avia hecho, diciendo, que le pidiesse perdon, porque no le castigasse con saña; y èl dixo: No le podrè yo obedecer, ni querer, pues tan desconocido me ha sido en dexar tornar mis Fortalezas de Christianos. Sortibràn le dixo: Señor, no digas tales palabras; mas demanda perdon à tus Dioses, pues aora los has menester mas, y ordena de embiar espìas para vèr si es cierta la venida de Carlo Magno, y què gente trae, y les darèmos batalla campal; y si cae en nuestras manos, le harèmos quemar, y à Fierabràs, que en su favor viene. El Almirante dixo: Harè lo que me ruegas, mas bien veo que Mahoma me tiene enemistad.

CAPITULO LIV.

Como los Cavalleros Christianos huvieron gran combate, y la Torre fue casi derribada.

TAnto rogò Sortibràn al Almirante, que pidiò perdon à Mahoma delante de sus Cavalleros, y por mayor satisfaccion le prometiò de hacer su imagen, y añadirle cien libras de oro fino, porque le diesse victoria contra Carlo Magno: y embiò secretamente espìas para que le supiessen de la gente de Carlo Magno; y bueltas las espìas, dixeron, que Carlo Magno era partido de Mantible, y que venìa à gran priessa à dar socorro à sus Cavalleros, que en la Torre estaban, y que traìa poca gente, y muy bien armada: y aviendo su consejo el Almirante, mandò apercibir su gente, y dar combate à la Torre antes que llegasse el socorro; y mientras se ordenaba el combate, embiò por gente por todos sus Reynos. Comenzòse el combate, y dieronse tanta priessa, que derribaron otra esquina de la Torre; y aunque morian muchos Turcos, no se ossaban apartar del combate por temor del Almirante, que daba muy grandes voces, que trabajassen en derribar la Torre, y la tenian hecho un agujero para entrar dentro, y no ossaba ninguno [illegible] entrar, por mucho que el Almirante muy ayrado les mandaba que entrassen. Quando los Cavalleros vieron la esquina derribada, y el agujero abierto, tuvieron algun tanto de temor à sus enemigos, mas por las Damas, que por ellos, que por ellas no ossaban salir à la batalla, ni apartarse de la Torre, diciendo, que mientras ellos peleaban se podia perder la Torre; y Oliveros dixo à los otros: Señores, cumple que salgamos à nuestros enemigos, porque no tengan lugar de derribar la Torre, y no debemos desviarnos mucho de ella, sino tanto que tengamos lugar de reparar el agujero hecho; y aora nos cumple ser buenos Cavalleros, que la gente es mucha, y el furor del Almirante es grande; por que os ruego tengamos buena orden en pelear, porque si uno cayere, tenga quien le ayude à levantar; y sed ciertos, que en mi tendreis buen compañero, que si mi espada no me falta, yo harè que al Almirante, y su gente pese del combate que oy nos dieron. Todos dixeron, que era buen consejo, y ordenaron de salir. Mucho pesò à Floripes; y viendo que no se podia escusar, llorando les dixo: Señores, antes que salgais quiero que veais las Santas Reliquias, porque con mas contrito corazon rogueis à vuestro Dios, que por su piedad nos saque de tanta afrenta. Y puestos de rodillas delante de las Santas Reliquias, con muchas lagrimas rogaron à nuestro Señor, que por su piedad, y misericordia los guardasse de sus enemigos. Estando en esto, las Damas de Floripes à grandes voces dixeron, que los Turcos subian por la Torre, y llegaban à las ventanas; y teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso assomada à la ventana, y plugò à Dios demostrar alli un milagro, que los que subian por la Torre; viendo el cofre, al punto cayeron subitamente abaxo. Viendo esto los Christianos, dieron gracias à Dios, y bolviò Floripes las Santas Reliquias à su lugar, y luego se bolviò à las ventanas donde estaban los Cavalleros. Viendola el Almirante su padre con ellos, dixo: O Floripes, hija mia, quan grande fue tu ossadìa, pues por ella dexaste à tus Dioses, vendiste à tu padre, y à todos tus parientes! mas soy cierto, que muy presto te harè que el gran amor del Christiano, que tanto quieres, le olvides, que ellos, y tu sereis quemados en este dia; y ella dixo: Cierto, padre mio, no dices verdad, antes Dios me encaminò al camino de la verdad, como à mi hermano Fierabràs, y este camino querria que tomasses, porque no te perdiesses, y à esta causa he rogado à los Cavalleros que no te maten; y si lor persigues, no tendrà poder tu gente de librarte de sus manos, que està Dios con ellos, como vès por el destrozo que en tu gente han hecho, no siendo mas de diez C[illegible] De esto huvo tanto enojo el Almirante, [illegible] en tierra amortecido; y Sortibràn, y [illegible] otros Cavalleros trabajaron mucho [illegible] lar; y tornando en sì el Al[illegible] homa! como me has [illegible] poder, y el [illegible]

podemos resistir! Sortibran le dixo: Señor, simplemente has hablado contra tu Dios: tu no vès con quanta abundancia nos dà los bienes temporales? Y esto que aora padeces por tus pecados lo permite; mas pidele perdon porque te sea favorable contra Carlo Magno: y traxeronle luego una Imagen de oro fino, à semejanza de su Mahoma, en cuya cabeza estaba un diablo encantado, que hablaba, y respondia tres veces en la semana à lo que le preguntaban, y dixo Sortibran: Señor, pide perdon à tu Dios, pues le tienes delante, y èl te ayudarà: y puesto de rodillas, à ruego de los suyos, dixo: O Mahoma! suplicote quanto puedo, que no mires à las malas palabras, que este atribulado viejo dixo, pues està en proposito de hacer enmienda de sus yerros, y yo harè acrecentar tu Imagen con cien libras de oro fino, y seràn tus Mezquitas reparadas, porque con tu favor tome venganza de los Christianos tus enemigos. El diablo, que estaba metido en la figura, respondiò: Almirante, tus yerros son yà perdonados, por el grande arrepentimiento que tienes, y tambien porque sè que erraste con sobrada angustia de corazon: manda apercibir tu gente, y dà otro combate à la Torre, que sin duda seràs Señor de tus enemigos. El Almirante hizo grandes fiestas, tañendo añafiles, y otros instrumentos, en señal de la victoria que esperaba; y apercibida su gente, con esperanza de la victoria, dieron combate con tanto denuedo, que dieron con parte de la principal pared en el suelo. Entonces dixo Oger de Danois: Señores, forzado nos serà buscar otra morada, salgamos, pues, à buscarla, que Dios es servido que dexemos esta, y vamos, que mejor resistirèmos los golpes de nuestros enemigos, que à la caida de la Torre; y si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de los Infieles, tenga cada uno modo de vengar su muerte antes que la reciba: salgamos, yà que Dios lo quiere, y contra su voluntad no queramos cosa. Y estando apercibidos para salir, puesta Floripes à los pies de su amado Gui de Borgoña, con lagrimas, y sollozos le dixo: Señor, por aquel Dios en quien crees te ruego sean tus hechos segun la generosidad de tu sangre: mira que la Torre està abierta por muchas partes, y mis fuerzas son pequeñas, y la crueldad de mi padre muy grande: no creas menor venganza tomarà de mi, que de ti, si pudiesse verme en su poder, y con gran razon, si en tanto grado, por servirte, le he debido. Gui de Borgoña la dixo: No creas, señora, que sea tan pequeño el amor que te tengo, que no reciba yà de ti mayor pena, que de mi. Bien vès que la salida no se escusa, mas no serà de manera, que tu, y tus Damas quedeis desamparadas, que no nos apartarèmos de la Torre mas de quanto apartèmos los Turcos, que no la acaben de derribar; si de ello fuereis servida, dos de nosotros quedaràn en vuestra compañia. Viendo Floripes el amor de Gui de Borgoña, le dixo: Señor, tu te ofreces dexar parte de tus compañeros en mi guarda, yo recibo dolor en pensar, que con tan poca gente sales à la batalla; por ende te suplico nos armes à mi, y à mis Damas, y con hachas de armas, ò el amparo de vosotros, irèmos en guarda de tu persona. Viendo Roldàn las razones de Floripes, sonriendose dixo: Gui de Borgoña, grande es el amor de la Dama, mas no serà honrosa su salida, por ende, mi señora, no te fatigues tanto, cessen yà tus ojos de llorar, y tèn esperanza en aquel verdadero Dios, que como por su piedad nos ha sacado de otros peligros, nos sacarà de este; y despedidos de ella, salieron con buena ordenanza, y comenzaron la batalla con sus enemigos, y hicieron tanto, que en poco tiempo los desviaron gran trecho de la Torre, y à su salvo se bolvieron à ella, y hallaron à Floripes, y à sus Damas armadas de todas armas, con sendas hachas en las manos, y puestas adonde estaba derribada la parte de la Torre.

CAPITULO XV.

Como los Cavalleros supieron la venida de Carlo Magno, y assimismo el Almirante: y como Galalon fue con Embaxada al Almirante Balàn.

LOS Cavalleros passaron aquella noche con gran placer hablando de Floripes, y de sus Damas, que con varonil corazon se avian armado para defender la Torre, y dixo Gui de Borgoña: Con mayor esfuerzo saldrèmos de aqui adelante à la batalla, pues tales valedores tenemos para guardar la Torre; y Oliveros dixo: Señora, mañana saldrèmos à la batalla, y si te parece, saldràs con tus Damas, porque demos presto fin de estos descreidos, y no dudo que haga Gui de Borgoña quanto quisiere teniendote en su compañia. Ella dixo: Cierto, señor Oliveros, haced vos con mi señor Gui de Borgoña, que me dexe salir, y vereis como donde yo estuviere no harà falta mi hermano Fierabràs. Venida la mañana, Oger de Danois subiò à la Torre por mirar el Real de sus enemigos, y vido de lexos muchas Vanderas desplegadas, y con gran compañia, y conociò ser de Christianos; y baxando muy presto donde estaban sus compañeros, dixoles: Señores, y leales amigos mios, pidoos por merced, que deis gracias à Dios, que tan piadosamente se ha movido con nosotros, que muy grande compañia de Christianos viene en nuestro socorro: y todos corrieron à abrazarlo con muy gran placer, y subieron prestamente à la Torre, y Floripes, y las Damas con ellos, y se les doblò el placer quando conocieron el estandarte, y las armas de Carlo Magno, y assimismo el Almirante, que estaba cerca de su Real. El Rey Cursèl aconsejò al Almirante hiciesse apercibir su gente, y antes que llegassen à un valle, por donde avian de passar, les diesse la batalla. Tuvo el Almirante su consejo por muy bueno, y mandò luego apercibir su gente, y apercibida, se hallaron cien mil hombres de pelea. El Empera-

perador entrò aquel dia à la entrada del valle, y tomòles alli la noche, y quedaronse alli sin tienda alguna, que todas las avian dexado en Mantible; y venida la mañana, el Emperador Carlo Magno mandò armar toda su gente, y se hallaron cinquenta mil Christianos; y Fierabràs, apercibida la gente para dàr la batalla à su padre, dixo à Carlo Magno: Muy noble señor, por los servicios que te entiendo hacer, te suplico me otorgues una merced. Carlo Magno le dixo, que pidiesse qualquiera cosa, que no le seria negada. Yà sabes, magnifico señor, quanto deben los hijos à los padres: aunque mi padre sea Turco, no por esso he perdido el amor que le debo, antes querria trabajar, que dexasse los Idolos, y meterlo en el verdadero camino de la salvacion, y querria que sobre esso le embiasses de tu parte, y de la mia una embaxada, que le amonestasse de ello, diciendole, que si se tornaba Christiano, que le haràs toda honra, y merced; y si no, que le trataràs como enemigo mortal, sin haver de èl, ni de ninguno de los suyos piedad alguna. Carlo Magno le dixo: De aquesso me place mucho, Fierabràs, y vaya el Mensagero, que os pareciere mas suficiente, y por el amor que os tengo querria hacerle este servicio, que de toda su tierra no le tomarìa nada, solamente que de ella pague un pequeño tributo. Fierabràs le besò la mano por ello, y preguntò Carlo Magno à sus Consejeros, quien les parecia que embiasse al Almirante? y acordaron de embiar à Galalon, que era muy eloquente; y Carlo Magno le llamò, y le dixo delante de Fierabràs, y de los otros Cavalleros: Amigo Galalon, Nos os avemos escogido para que lleveis Embaxada al Almirante. Galalon dixo, que de grado lo harìa. Direis al Almirante, que yo, y su hijo le rogamos se torne Christiano, y que me embie mis Cavalleros, y no irèmos adelante, y le darèmos toda su tierra, pagando un pequeño tributo; y si esto no hace, que sin alguna piedad lo seguirè hasta darle la muerte, ò echarle de su tierra. Galalon, armado de todas armas, y cavallero en un poderoso cavallo, y una lanza en su mano, se fue para el Real. Llegado Galalon à las primeras Guardas, le quisieron prender, y como vieron que era Mensagero, le dexaron passar, y llegando à la tienda del Almirante, dixo, que era Mensagero de Carlo Magno, que traìa Embaxada. Sabido por el Almirante, saliò de su tienda armado, con una hacha de armas en las manos, y dixole: Què era lo que buscaba en su Real? y arrimado Galalon à su lanza, sin hacerle acatamiento, dixo: El muy noble, y poderoso Emperador Carlo Magno, y el muy valeroso Cavallero Fierabràs tu hijo, doliendose de la perdicion de tu alma, me embiaron à ti para que te dixesse, que dexasses tus Idolos, que te traen engañado, y te tornes Christiano, y creas en un solo Dios verdadero, y embies al Emperador sus Cavalleros, que tienes cercados, y las Santas Reliquias que tienes: y si esto haces à ruego de tu hijo, es contento el Emperador de dexarte todas tus tierras; y si esto no haces, te harà morir mala muerte. El Almirante huvo tanto enojo, que por poco perderia el sesso, y dixo à Galalon con mucha ira, amenazandole con la hacha, que en las manos tenia: Ossadamente hiciste tu Embaxada, y me amenazaste en mi Real, y porque eres Embaxador no te mando dàr el castigo que mereces, y puedes conocer el poco amor, que el Emperador te tiene, pues te embiò adonde muy facilmente se te podrìa dàr la muerte; mas mira, que no buelvas otra vez con tal Embaxada, si no tuvieres poco deseo de vivir. Galalon le dixo: No creas tu el Almirante, que tan poco amor tengamos con el Emperador, que por ningun peligro dexemos de hacer su mandado, y mira lo que te dixe, pues te cumple, y dame la respuesta que por bien tuvieres, porque se detenga la gente. Viendo un Cavallero el enojo del Almirante, dixo à Galalon: Porque otro no se atreva à hablar demasiado, es razon que seas castigado, y alzò una maza de hierro con ambas manos para le dàr. Galalon que le vido venir, tomò su lanza prestamente, y diòle con ella en los pechos al Turco, que le passò de parte à parte, y cayò muerto à los pies del Almirante, el qual diò muy grandes voces à los Cavalleros que le prendiessen, y Galalon diò à huir por el camino donde avia venido, y le siguieron mas de veinte mil Paganos, mas iba en un cavallo muy ligero, y no le alcanzaron. Don Roldàn, y los otros Cavalleros, que estaban en la Torre, le vieron salir del Real à rienda suelta, y conociendo que era Christiano, les dixo Oliveros: Este se parece en las armas à Galalon, y avrà venido con Embaxada al Almirante, plegue à Dios lo libre de tal peligro; mas Galalon huyò sin parar, hasta que subiò una cuesta apartada del Real, y quando se viò en lo alto, bolviò à mirar à los que le seguian, y viò un Turco armado de muy lucidas armas, y con èl venia Tenebre, hermano de Sortibràn, y venian buen trecho delante de todos los otros, y con magnanimo corazon los esperò, y encontrò al uno de manera, que diò con èl en el suelo, y buelto para el otro, le diò tan gran golpe en la cabeza, que le cortò el yelmo hasta la carne; y viendo la multitud de gente que le seguia, bolviò rienda para donde estaban los Christianos. Esto vieron los que estaban en la Torre, y fueron muy maravillados de verle hacer tales cosas, y los Paganos le siguieron hasta que llegò al Exercito. Viendole los Turcos, dieron la buelta, y contaron al Almirante, y al Rey Sortibràn lo que les avia sucedido. Quando Sortibràn supo que su hermano estaba herido, hizo juramento de matar à Carlo Magno, y à todos los suyos. Desto se holgò mucho el Almirante, porque cobrassen esfuerzo.

***

*** *** *** *** *** ***

CAPITULO LVI.

Como Carlo Magno hizo tres batallas de toda su gente, y puesto en buena orden acometieron à todo el poder del Almirante; y de las grandes valentìas, que Carlo Magno hizo.

EL Conde Galalòn llegò delante del Emperador, y le dixo: Muy poderoso Emperador, el Almirante no quiere ser Christiano, y tiene apercibida toda su gente, y huvo grande enojo de lo que le dixe, y un Cavallero alzò una maza de hierro para darme con ella, y en su presencia le meti la lanza por los pechos, y me siguieron mas de diez mil Turcos por prenderme, y à los dos que mas delanteros venian derribè, y vine huyendo por escaparme de los otros. Entonces mandò el Emperador à Fierabràs, y al Duque Regner, y Ricarte de Normandia, que ordenasse tres batallas, la primera diò à Ricarte de Normandia, la segunda al Duque Regner, y la otra guiaron èl, y Fierabràs, y puesto en orden, mandò tocar sus trompetas. Los Cavalleros que en la Torre estaban huvieron grande placer, y sin salir de ordenanza, los Christianos se fueron para el Real del Almirante; y quando el Rey Brulante, y Sortibràn, y Tenebre, que tenìa cargo de guiar las batallas de el Almirante, supieron que Carlo Magno venìa, ordenaron sus batallas, poniendo su gente en buena orden. El Rey Brulante suplicò al Almirante, que le dexasse la primera batalla, y el Almirante se la dexò, y le dixo: Si encontrares con Carlo Magno, ò con Fierabràs, no los mates, que los quiero hacer quemar con Floripes, y con los que estàn en la Torre. Estando en esto vieron assomar à Carlo Magno, y Brulante con cien mil Paganos le saliò à recibir, adelantandose de su gente, à muy grandes voces comenzò à decir: Ha Carlo Magno, adonde estàs? Apartate de tu gente como yo estoy de la mia, y comencemos los dos viejos esta batalla; vente seguramente para mi, que mi gente no se moverà hasta que vea el fin de nuestra batalla; no seràs digno de las alabanzas que esperas si no participas de las afrentas: cata que de tu gente seràs tenido en poco si de la batalla de un solo Rey te desvias. Oyendo Carlo Magno al Pagano, demandò una gruessa lanza para salir à la batalla. Viendo esto Fierabràs, saltò del cavallo, y pusose de rodillas delante de èl, suplicandole no saliesse en ninguna manera à la batalla, ofreciendose de salir à ella, diciendo, que en su vida se encerraba la honra de su gente, y que el Pagano era muy diestro en armas: Ricarte le suplicò, y el Duque Regner, y otros Cavalleros; y èl les dixo: Señores, en merced tengo la buena voluntad; mas no hallo razon alguna para dexar esta batalla, que aunque uno de vosotros supla en ella por mi persona, no suplirà por mi honra. Como tendràn los mios gana de pelear viendome apartar de la batalla? No solamente han de ser solìcitos en ordenar su gente los Caudillos, mas ossados para llevar la delantera en los mayores peligros; assi propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con mayor animo entreis en ella: y yà me parece soy digno de reprehension por detenerme tanto; y mandò à su gente, que ninguno viniesse en su favor hasta vèr el fin de ella, y saliò al campo con el Pagano, y le preguntò si era Carlo Magno? y desque fue cierto de ello, tomaron del campo à su placer; se encontraron con toda la fuerza, que los cavallos pudieron llevar, y cayeron entrambos de los cavallos, sin que se conociesse ventaja entre ellos, y metieron mano à las espadas, y se dieron tales golpes, que los que los miraban les tenian embidia. Viendo Carlo Magno, que por fuerza de armas no le podìa herir, fiado en la destreza que tenìa en el juego de la lucha, queriendole el Pagano tirar un tajo, se metiò con èl, y dexò caer la espada, y le abrazò por el cuerpo, y diò con èl en tierra, y con el puñal le cortò los lazos del yelmo, y la cabeza. Buelto para los suyos fue servido de cavallo, y lanza, y mandò, que fuessen adelante con buena ordenanza, y lo mismo hicieron los Paganos. Llegados los unos à los otros fue tan grande la matanza, que los muertos cerraban el passo à los vivos; y Carlo Magno hizo tales hechos aquel dia, que los suyos estaban espantados. Y entre los Turcos avia un Rey llamado Tenebre, el qual hacìa gran daño en los Christianos; y viendolo un Cavallero Christiano, que se llamaba Juan Pantoyla, se fue àcia èl con su lanza, y el Pagano le esperò ossadamente, y del encuentro cayò Juan Pantoyla del cavallo, y puso el Pagano mano à la espada, y matò à un Cavallero anciano, que llamaban Hugo Guarin, y llamaba à grandes voces à Carlo Magno, y à Fierabràs, amenazandoles de darles muerte. Oyendo esto Ricarte se fue para èl, y le diò tal golpe, que el escudo cortò en dos piezas, y el Pagano le diò un gran golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzon de la silla; y queriendole dàr otro golpe, le tirò Ricarte de Normandia un revès, y le cortò la mano derecha por la muñeca, y queriendo bolver riendas para huir de èl, Ricarte de Normandia le diò otro golpe encima del yelmo, y resvalando la espada le cortò la cabeza al cavallo, y un Peon le acabò de matar; y de la otra parte estaba Carlo Magno, y Fierabràs haciendo gran matanza en los enemigos, que grandes arroyos de sangre corrian por todo el campo, y traìan las armas todas teñidas en sangre, y fueles forzado à los Paganos retirarse hasta donde estaba el Almirante Balàn acompañado de seis Reyes, y de cien mil hombres de pelea, que aun no avian salido de la batalla; y quando supo, que Tenebre su hermano avia sido muerto, llorando, y mesandose sin piedad sus cabellos, llamò à un sobrino, que se llamaba Tempeste, y Sortibràn de Cohimbres su Secretario, y dixo: Señor, bien veis que mis Dioses me son contrarios, no sè si tienen hechas paces con los Chris-

Christianos, yo veo mi muerte muy cercana, y si solo me pudiesse vengar de Carlo Magno, alegremente recibiria la muerte; por ende os ruego, que mireis con diligencia por el campo de la batalla si le pudieres vèr; y ellos llorando amargamente de lastima que de èl huvieron, le prometieron de lo hacer assi.

CAPITULO LVII.

Como Sortibràn de Cobimbres fue muerto à manos del Duque Regner, padre de Oliveros, y de las Cavallerias, que el Almirante hizo contra los Christianos.

EL Almirante mandò, que la gente que en su compañia avia quedado fuesse repartida en dos batallas, y el Rey Tempeste guiasse la primera, y Sortibràn de Cohimbres la otra; y tañendo añafiles, comenzaron à dàr la batalla à los Christianos, y Sortibràn acometiò con grande denuedo à la batalla del Duque Regner, y matò muchos Christianos; y viendo el Duque Regner, que andaba feròz entre su gente, tomò una gruessa lanza, y fue para èl; y desque Sortibràn lo vido, pidiò otra lanza, y saliòle al encuentro, y volaron las lanzas en muchas piezas; y metieron mano à las espadas, y se dieron tales golpes, que ambos escudos cayeron en el suelo hechos pedazos, y escusandose de las espadas, cortòle el Duque Regner las guardas de la espada, y manopla, y los dedos de la mano, y le diò otro golpe encima de el yelmo, que le echò del cavallo aturdido, y los Peones le acabaron de matar; y el Duque Regner passò adelante, derribando muchos de sus enemigos. Quando el Almirante supo, que Sortibràn era muerto, como desesperado, y fuera de sì, echando espuma por la boca, y muy grande abundancia de lagrimas por los ojos, decia: O Sortibràn, mi especial amigo! por què me dexaste en tanta necessidad? aunque no es mucho me dexes, y te vayas de mi compañia, pues viste que mi mismo hijo huyò de ella, y me hace con mis enemigos cruel guerra; y mi hija Floripes no tan solamente aborreciò mi conversacion, mas como mortal enemiga, en pago de mis beneficios, entregò la fortaleza, y mi persona à mis enemigos; y lo que mas me aflige, es, que mis Dioses, à quien tantos servicios he hecho, y con quien he gastado tantos tesoros, por honrarlos, son favorables à mis enemigos. Pues como podìas tu tener firmeza conmigo, pues no tuvo lealtd mi propria sangre? Mas soy cierto, que si tu pudieras no me dexàras, y me fueras mas leal que mis proprios hijos, y por esto te seguirè luego, por estàr en tu compañia; y si es que algun tanto me detengo, no me culpes, que no serà mas mi tardanza, que mientras vengo tu muerte, que aunque la edad me aya enflaquecido, me darà animo el dolor de tu muerte, y la ingratitud de mis hijos. Y diciendo esto, pidiò una gruessa lanza, y como Leon hambriento entrò por los Christianos, y encontrò un Cavallero con tanta fuerza, que diò con èl, y con el cavallo en tierra, y no quebrò la lanza: encontrò con otro, sacòle de la silla, y llamò à grandes voces à Carlo Magno: O viejo Carlo Magno, à donde estàs? Pues en la Turquìa entraste en busca mia, por què huyes aora de mì? Por pelear contigo entrè en esta batalla. Grande honra serìa à tu Imperial Corona, si con tus proprias manos me diesses la muerte, y consuelo llevaria mi anima, si primero bañasse mi espada en tu sangre. Vente para este viejo, que tantas veces lo has amenazado: no ayas piedad de quien de los tuyos no la tiene, ni tendrà de ti. Y diciendo esto, y otras cosas, se cubriò de su escudo, y apretò las espuelas: como hombre desesperado se metiò entre los Christianos, y en poco tiempo derribò treinta Cavalleros, y atropellò mas de doscientos Peones; y mirando su espada, que muy teñida estaba en sangre de los Christianos, comenzò de nuevo à llamar à Carlo Magno; y desque vido que no le podìa hallar, entrò en los Christianos haciendo grande matanza: y todo esto estaba mirando Fierabras, y maravillado de las hazañas de su padre, estaba puesto en grande confusion. Pesabale de la muerte de los Christianos, y le temblaban las carnes quando pensaba poner las manos contra su padre, y tenìa gran verguenza, porque no servia à Carlo Magno; y queriendo evitar el daño que hacia el Almirante en los Christianos, el amor del padre le bolvia del camino; quando via la muerte de los Christianos, de su misma lealtad era combatido, y el Almirante su padre jamàs descansaba, derribando Cavalleros, y Peones; y viò un Cavallero, que se llamaba el Conde Milòn, armado de lucidas armas, y conociendo que era hombre principal, se fue para èl, y el Conde le esperò varonilmente, y dieronse tantos golpes, que el Conde quebrò su espada: el Almirante le diò à su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, y juntar la cabeza con las ancas de el cavallo, y le tomò en sus brazos, y diò con èl buelta à su gente; y viendo esto Fierabràs, apremiado del mucho amor, que con los Christianos tenìa, arremetiò à rienda suelta à se lo quitar; y queriendoselo estorvar Rubion, metiò mano à su espada, y matò à Tempeste, y seis Cavalleros, y llegando à su padre, tomòle el Cavallero sin le hacer mal alguno, y el Almirante le quiso conocer, y dixòle: Eres tu Fierabràs mi hijo? El dixo, que sì. Entonces el Almirante, viendo que matàra delante de èl à Tempeste su sobrino, aunque quisiera vengarse, no tuvo esfuerzo para le herir, ni tuvo aliento para le hablar; y un Cavallero Christiano le quiso herir, mas Fierabràs se puso delante, y no lo consintiò; y tornando en sì, le dixo: O quanto bien me haria Dios, padre mio, si dexasses los Idolos, y conociesses al verdadero Dios todo poderoso, que te criò! El Almirante le dixo: Mayor merced me hicieran mis Dioses si tu no nacieras, ni te [illegible] dràra. Y viendo Fierabràs gran batalla [illegible] junto al Estandarte de Carlo Magno, [illegible] padre, y se fue para allà, y se metiò [illegible]

tàl denuedo, que en poco rato los derribò, y hizo gran mortandad.

CAPITULO LVIII.

Como los diez Cavalleros salieron de la Torre, y entraron en la batalla, y como el Almirante Balàn fue preso.

LA multitud de Turcos era tanta, que no podian dàr fin à la batalla, y continuamente venian Turcos de muchas partes. Y viendo esto, los Cavalleros que estaban en la Torre salieron, y sin estorvo alguno de sus enemigos, tomaron sendos cavallos, y con sus espadas en las manos se metieron en la batalla: sabiendolo el Almirante, recogiò gran parte de su gente, y les quiso atajar el camino, y fue tanta la matanza de los Paganos, que todo el campo estaba cubierto de sangre; y sabiendo el Almirante como aquellos Cavalleros estaban con los otros, dixo: Aora es muy cierta mi perdicion. Mahoma, perro engañador, en què te deservì, que tan grande enemistad tienes conmigo? Por què me dixiste que ganaria la Torre, y me prometiste el vencimiento de la batalla? Bastàrate engañarme una vez, y no tantas: y si de mì tienes enojo, por què consentiste que lo pagassen mis Cavalleros? Buelve, pues, si algun poder tienes, tu ira sobre mi, y no consientas que pague tanta gente el yerro que yo cometì. Diciendo estas razones de gran dolor, fueron los suyos todos desvaratados; de suerte, que el que mas huia, pensaba que mejor hecho hacia; mas no por esto quiso el Almirante bolver el rostro à sus enemigos, antes los esperò con muy grande animo; y queriendo dàr à un Cavallero con la espada en la cabeza, le cortò el pescuezo al cavallo, y viendose el Cavallero à pie, matò el cavallo del Almirante: y assi à pie fue luego de todos conocido, y à ruego de Fierabràs no lo mataron, mas sin hacerle mal, le llevaron delante de Carlo Magno, el qual estaba en gran placer con sus Doce Pares, y le estaban contando de las cosas que les avian acaecido, y de lo que passaron en la Torre, y de los muchos beneficios que de Floripes avian recibido.

CAPITULO LIX.

Como el Almirante, por ruegos, ni amenazas, nunca quiso ser Christiano; y de como Floripes fue bautizada, y casò con Gui de Borgoña.

EL Almirante fue muy bien recibido del Emperador Carlo Magno, mostrandole mucho amor, pensando que se tornaria Christiano: y fue Carlo Magno con sus Cavalleros à la Torre, donde estaba Floripes con sus Damas. Y como Floripes supo la venida del Emperador, se vistiò sus mejores ropas, con muchas joyas de grande valor, y sus Damas lo mismo, y salieronle à recibir, y le besaron la mano, y el Emperador besò à Floripes en el rostro, y fue muy maravillado, assi de la grande hermosura de Floripes, como de la grande riqueza, y ornato muy estremado de todos sus vestidos. Venidos todos, mandò Carlo Magno llamar à todos, y dixola: Querria que hablasses con el Almirante, para que queriendo ser Christiano, le hiciesse mucha honra. Fierabràs le rogò, que lo dixesse èl mismo; y venido el Almirante, le dixo el Emperador de esta manera: Almirante, todas las criaturas racionales deben dàr singular honra à aquel que les diò el sèr, conocimiento, y vida, y es justo, que se dè toda honra al que hizo el Cielo, y la Tierra, y todo lo que en ella està, pues que es superior à todas las cosas criadas: y caen en grande simplicidad los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, hechas de materia muerta; por lo qual te ruego, que por la salud del alma quieras dexar tus Dioses, y creer en la Santissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, y que recibas el Sagrado Bautismo, como tu hijo Fierabràs; y si esto haces, allende de salvar tu anima, libraràs tu cuerpo de la muerte, y no perderàs tus Señorios, que por amor de tu hijo te harè merced de todos ellos. El Almirante dixo, que no lo haria en ninguna manera, y Carlo Magno, sacando la espada, le dixo: Si no fuera por tu hijo, tus dias se acabàran en un punto; mas si no te bautizas, te mandarè matar. El Almirante le dixo: Emperador, no te manda esso la Ley de Jesu-Christo, tu Dios, que à nadie hagas fuerza, que la verdadera creencia del corazon ha de proceder. Viendo esto Fierabràs, se puso de rodillas delante de su padre, y le rogò que hiciesse lo que Carlo Magno le mandaba. El Almirante huvo miedo de morir, y dixo, que le placia. El Emperador, y todos los Cavalleros huvieron grande contento, y placer, y fueron aparejadas todas las cosas necessarias con mucha honra. Y estando el Almirante junto à la Pila do avia de ser bautizado, le dixo un Arzobispo: Señor Almirante, negais de todo corazon vuestros Idolos, que tanto tiempo os han traido engañado? Y creis en Nuestro Redemptor Jesu-Christo, que naciò de la Virgen Santa Maria, siendo ella Virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto? Entonces el Almirante, temblando como azogado, y encendido el rostro como desesperado, dixo, que no, y escupiò en la Pila, en menosprecio del Santo Bautismo, y alzò la mano, y diòle al Arzobispo en la cara, que le hizo saltar la sangre por la boca, y le ahogaba en la Pila si no se lo quitàran: y de esta accion fueron todos muy maravillados. El Emperador mandò llamar à Fierabràs, y le dixo: Bien visteis lo que vuestro padre hizo, y no fue tan liviano su yerro, que no mereciesse la muerte por ello, y por vuestro amor no se le ha hecho mal. Y Fierabràs le suplicò, que por aquel dia tuviesse paciencia, y que si otro dia no se quisiesse bautizar, hiciesse de èl lo que por bien tuviesse; y el Emperador dixo era muy contento de ello, y estuvo Fierabràs todo aquel dia, y aquella noche rogando à su

su padre quisiesse ser Christiano, mas nunca quiso consentir en ello. Venido el dia, se lo rogò Carlo Magno nuevamente, y ninguna cosa aprovechó. Viendo esto Floripes, dixo à Carlo Magno: Señor, no gasteis tiempo con el Almirante, que jamás serà buen Christiano: mandalo matar, y sacarlo has de pena, y à ti de enojo. Fierabràs la dixo: En esto veo, hermana, la poca virtud de las mugeres, que por cumplir sus deseos, ninguna cosa dexan de hacer: Por traer à efecto tus deseos con Gui de Borgoña, vendiste à tu padre, y à todo tu linage, y fuiste causa de la muerte de cien mil hombres; y no contenta con esto, perdido el cuerpo, quieres que se pierda el alma, diciendo, que le mate sin que reciba el Bautismo. Ella dixo: No creas, hermano, que no me pesa de la muerte de mi padre, y de la perdicion de su alma, mas sed cierto, que aunque por vuestro ruego se bautice, jamás serà buen Christiano. Y buelto Fierabràs à su padre, dixo: Suplicote, padre mio, que creas en Dios todo Poderoso, que hizo el Cielo, y la Tierra, y te hizo à su semejanza, y en Jesu-Christo su Hijo, que muriò en la Cruz por salvar nuestras almas. El dixo, que en ninguna manera tal harìa. Y Fierabràs dixo al Emperador, que hiciesse de èl lo que quisiesse; y èl mandò se lo quitassen de delante, y unos Peones lo llevaron al campo, y le mataron. Floripes hizo llamar à los Cavalleros que avian estado en la Torre, y dixoles, que cumpliessen lo que la avian prometido, y Roldàn dixo que se harìa, y dixo à Gui de Borgoña: Señor primo, bien serìa que Floripes reciba el Santo Bautismo, y despues entenderèmos en vuestros desposorios. Gui de Borgoña dixo que le placìa, y hablaron al Emperador, y mandò al Arzobispo, que hiciesse aderezar las cosas necessarias, y assi fue bautizada sin mudarla el nombre. Fueron padrinos Carlo Magno, el Duque Regner, y Tierri, Duque de Dardania; y luego fueron desposados, y hechas las bodas segun à tales personas pertenecian. Carlo Magno embiò à todas las Provincias del Almirante à amonestar à las gentes, que creyessen en la Fè de Jesu-Christo, y recibiessen el Santo Bautismo, y que les harìa mercedes; y si no, que les harìa morir, ò los cautivarìa. Y en poco tiempo fueron todos bautizados, y Carlo Magno diò à Fierabràs una parte de las tierras del Almirante, y otra à Gui de Borgoña con Floripes: y con la Corona del Almirante los coronaron por Reyes de ella, con que la tuviessen en su nombre, y estuvo el Emperador dos meses en gran placer, hasta que lo vido todo en paz.

CAPITULO LX.

Como Floripes diò las Santas Reliquias à Carlo Magno.

TEniendo Carlo Magno toda la tierra en paz, propuso de tornarse à Francia, y llamò à Floripes, y dixola: Hija, yo me quiero bolver para Francia, y tengo deseo de vèr las Santas Reliquias que vos teneis, que las quiero llevar à tierra de Christianos, porque sean mas guardadas, y vos quedareis en esta tierra con vuestro hermano. Y èl la demandò perdon, porque antes no se las avia dado, y sacò el cofre, y se le diò; y queriendosele dàr, quedò el cofre en el ayre entre las manos de Carlo Magno, y las de Floripes, y fue causa de desarraygar alguna incredulidad que en su corazon avia quedado. Y Carlo Magno, y los otros Cavalleros, puestos de rodillas llorando, con muchas lagrimas de sus pecados, dieron muchas gracias à Dios por las mercedes que les hacia, y el Arzobispo tomò el Cofre, y dixo: Verdaderamente estàs son las Santas Reliquias, que tanto tiempo ha que avemos buscado, y las sacò todas una à una, y las mostrò à los que presentes estàban, y saliò de ellas un suave olor: y Floripes fue muy maravillado de ello, que de quantas veces las avia sacado, nunca avia sentido aquel suave olor hasta entonces: y esto causò la gran virtud de el Bautismo. Y estando Carlo Magno de rodillas delante de las Santas Reliquias, dixo: Todo Poderoso Dios, que me has dado victoria contra mis enemigos, y me diste gracia para que hallasse tus Santas Reliquias, y las sacasse del poder de los Infieles: à tì doy gracias, y infinitos loores. Suplicote, que por tu Santissima piedad me dès gracia que las pueda llevar à Francia, y me enseñes el lugar donde eres servido que estèn. El Arzobispo bendixo à todos con las Santas Reliquias; y queriendolas bolver al cofre, viendo Carlo Magno que estaban en un viejo cendal colorado embueltas, hizo traer un poco de brocado, en que se embolvieron, y el cendal doblò, y le metiò en el seno; luego dixo el Emperador à Gui de Borgoña, y à Fierabràs: Hijos, yo os ruego que tengais vuestros Reynos en mucha paz, y hagais justicia, assi à los chicos, como à los grandes, y tengais vuestras Fortalezas bien abastecidas, porque os podais defender algunos dias, si los Turcos vinieren sobre ellas, y no maltrateis à vuestros vassallos. Mandad assimismo hacer Iglesias, do se celebren los Oficios Divinos, y se sirva, y alabe à aquel Verdadero Dios, que tantas mercedes nos ha hecho. Y mandareis guardar vuestras Fronteras, por si alguna mudanza huviere en vuestros vassallos, que esteis aparejados. Aveis de hacer assimismo instruìr à vuestros vassallos en la Fè de Jesu-Christo, y que tengais buenos Predicadores, y hombres de buena vida, que los enseñen. Procurareis assimismo derribar las heregìas, y castigar por justicia à los que erraren: Y porque tengan temor vuestros vassallos, y los tengais mas sujetos, yo os quiero dàr quince mil hombres de pelea, los quales os encomiendo que sean bien tratados. Dicho esto, se despidiò de ellos, y elos le besaron la mano, y assimismo Floripes, y sus Damas, y al despedirse de Roldàn, y Oliveros, y de los otros, que en la Torre avian estado cercados, no la podian consolar, [illegible] ñada Floripes en lagrimas, y sollozos, dixo [illegible] lo Magno: No recibì tanta pena en [illegible] cada, quanta recibo aora en esta partida [illegible]

riendose despedir Don Roldàn de su primo Gui de Borgoña, se le hizo un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dexò hablàr à Gui de Borgoña, y con mas lagrimas que razones, le dixo: En dicha tendrè, señor, que otro reciba las mercedes del Emperador, y se quede con las tierras del Almirante, y no me aparten de vuestra compañia. Esforzandose Roldàn lo que pudo, dixo: Gran pesar siento en la partida, mas no se puede escusar, pues Carlo Magno lo ordena assi. De la despedida de Oliveros, y Fierabràs no escrivo, por escusar dolor en los oyentes; mas pesò tanto à Fierabràs, que puesto de rodillas ante el Emperador, le suplicò no le apartassen de su compañia, diciendo, que estimaba mas su amistad, que ser Señor de todo el Mundo. Carlo Magno mandò luego poner la gente en orden para partirse, y yendo su camino, se le cayò el cendal que traia en el seno, en que avian estado las Santas Reliquias, y le vieron los suyos en el ayre, y lo fueron à decir al Emperador, y el bolviò con el Arzobispo Turpin, y lo pusieron en el cofre de las Reliquias.

CAPITULO LXI.

Como Santiago se apareciò à Carlo Magno, y como fue, por voluntad de Dios, guiado de ciertas Estrellas hasta Galicia.

DEspues de muchos trabajos recibidos, el noble Emperador, por ensalzar la Fè Christiana, propuso no seguir mas guerras, y apartarse à vida contemplativa, dando infinitas gracias à Dios, que tantas mercedes le avia hecho en la sujecion, y vencimiento de sus enemigos; y estando una noche mirando al Cielo, que estaba estrellado, vido unas Estrellas en gran concierto, señalando de sì mismas un camino, y comenzaba aquel concierto de Estrellas desde la Mar de Francia, y passaba por Alemania, Italia, y Navarra de Gascones, las quales Provincias, con grandes trabajos, y guerras, avia traido à la Fè de Jesu-Christo, y seguia este concierto de Estrellas hasta Galicia, à donde estaba el Cuerpo de Santiago, y no sabia lugar cierto, y miraba cada noche aquellas Estrellas, maravillandose de ello: y decia entre sì, que aquello era no sin gran mysterio; y despues de lo aver mirado muchas veces, con gran deseo de saber, què podia significar aquel concierto de Estrellas, se puso en oracion, y rogò à Dios, que por su santa piedad le hiciesse sabidor de ello. Estando una noche en este pensamiento, vido à deshora junto à su cama un hombre muy hermoso, de gentil presencia. Carlo Magno se quiso levantar para hacerle acatamiento, y dixo, que se estuviesse quedo; y preguntòle, què era lo que tanto deseaba saber? Y dixo, que deseaba saber, què significaba aquel concierto de Estrellas, que nuevamente parecian en el Cielo? Dixo: Sepas, que soy Santiago, Apostol de Christo, hijo del Cebedeo, y vengote à decir, que aquellas Estrellas que estaban en aquel concierto, seràn guia para llevarte à Galicia, donde està mi Cuerpo en poder de Moros, y placerà à Dios ganes aquella Tierra, y la conviertas à su Santa Fè; y ganada, haràs un Templo en mi nombre, à do vendràn de todas partes de la Christiandad à ganar muchas Indulgencias, y remission de pecados, y esto durarà hasta la fin del mundo. Y de esta manera apareciò tres veces à Carlo Magno Santiago. Desde alli à poco llevò el Emperador cincuenta mil hombres, y con ellos siguiò el camino que le enseñaron las Estrellas, y passò toda Francia, y Gascuña, y el primer Lugar que se rebelò fue la Ciudad de Pamplona, que era fuerte, y abastecida de todos pertrechos, y estuvo tres meses sobre ella, sin hacerle daño, que estaba bien cercada. Viendo el Emperador la gran fuerza de la Ciudad, y que no la podia tomar sino por largo tiempo, no supo què remedio tomar, salvo encomendarse à Dios, y à Santiago, por cuyo mandado se puso en aquel camino, diciendo de esta manera: Señor Dios mio, Criador, pues por tu mandado vine à esta Tierra para que fuesse ensalzada tu Santa Fè, y tu, Señor Santiago, que fuiste medianero para que me fuesse dado este cargo: yo os suplico humildemente, que me sea dado vuestro poder para sojuzgar à esta Ciudad, y que pueda traer à este Pueblo à verdadera carrera de salvacion, y desviarlos de sus errores. Diciendo esto, estaba de rodillas ante un devoto Crucifixo, que continuamente traia consigo, y antes que se levantasse, le dixeron, que muy gran parte de cerca de la Ciudad se avia caido; y conociendo, que esto venia por la gracia de Dios, le diò infinitas gracias. Viendo los Turcos, que la cerca se caia, fueron espantados, y muchos desampararon la Ciudad. Entrando el Emperador, mandò, que à los que quisiessen ser Christianos no les hiciessen mal ninguno; y viendo los Paganos el milagro, la mayor parte se convirtieron a Dios, pidiendo el Santo Bautismo. Carlo Magno mandò edificar las Iglesias, y Monasterios, y las dorò cumplidamente, para que Dios fuesse servido, y alabado; y despues tomò su camino para Galicia, y en poco tiempo la señoreò, honrando mucho à los que se bolvian Christianos, y matando à los que de ella se desviaban: y continuamente le seguia el Arzobispo Turpin, y por su mandado bautizaba à los que pedian el Santo Bautismo. Llegò hasta Finis-Terræ, que se llamaba entonces Petronium, y alli hincò la lanza en tierra, y puesto de rodillas, diò infinitas gracias à Dios, y al Señor Santiago, por tan grandes mercedes como avia recibido de aver sojuzgado tantos Pueblos, y tan fuertes en tan poco tiempo. Conquistò en Galicia, y su comarca diez y seis Ciudades, y Villas muy fuertes, entre las quales ganò una llamada Perosa, donde se hallaba Mina de Plata fina; otra llamada Ganiva, donde se hallò el Cuerpo de San Torqueste, que era Discipulo de Santiago, en cuya sepultura avia un olivo, que cada año, un dia en el mes de Mayo, producia flores, y fruto muy abundante. Reduxo assimismo à la Fè de Jesu-Christo muchos Pueblos de Portugal, algunos por fuer-

fuerza, y otros por buenas nuevas que de èl oìan; y puso su Real sobre una Ciudad, que se decia Lucerna, que estaba en un fructifero valle, y estuvo sobre ella quatro meses; y viendo que no la podian ganar, pusose en oracion à Dios, que le diesse gracia de la ganar, y bolver à su Santa Ley; y Dios, por su misericordia, y piedad, oyò su oracion, y delante de sus ojos cayò gran parte de la cerca, y huvo muy grande mortandad en la entrada, assi de la una parte, como de la otra; mas al fin la señoreò, y no hallò una persona que quisiesse conocer à Dios, ni recibir su Santo Bautismo, y los mandò matar à todos, salvo à los niños inocentes, los quales hizo sacar de la Ciudad, y llevar à los Lugares de los Christianos, para que fuessen bautizados.

CAPITULO LXII.

Que habla de un grande Idolo, que hallò en una Ciudad.

CArlo Magno trabajaba de continuo en la destruicion de la Heregìa, y encaminar las gentes por el verdadero camino de la salvacion: y queriendose ocupar en edificar un Templo à honra del Señor Santiago, dixeronle como en las partes de Andalucìa, en una Ciudad llamada Salanca en Arabigo, que en nuestra lengua quiere decir el Lugar del Gran Dios, avia un Idolo por arte Maxica hecho, y deciase, que Mahoma lo hiciera por sus manos, y avia metido en èl una legion de demonios para le guardar, porque el Pueblo diesse mayor credito à sus engaños: y los demonios lo guardaban con tanta diligencia, que ningun Christiano ossaba llegar al termino de media legua; y si por acaso alguna ave en èl se assentaba, luego moria; y quando los Moros le iban à adorar, èl respondia à todo lo que le preguntaban, y por esto ninguno ossaba hurtar, ni hacer otros males, temiendose, que el Idolo lo descubriesse, y por esto le tenia aquel Pueblo por verdadero Dios, sabidor de todas las cosas. Era de fino cristal, y tan grande como un hombre, y estaba sobre una piedra de jaspe maravillosamente labrada, y tan alto, que escasamente se podia divisar, y la piedra era de ocho esquinas, muy guessa por el pie, y delgada por arriba. Estaba puesto à Mediodia, y tenia en la mano derecha una llave, y en la otra un dardo, y sabian los Paganos de grande antiguedad, que quando aquel Idolo dexasse caer la llave serian destruìdos; y como supieron, que Carlo Magno les venia à dàr guerra, juntaron mucha gente, y bien apercibidos salieron à esperarlo en el campo, y estando assi, dexò el Idolo caer la llave; y visto esto por los Paganos, atemorizados, temiendo su perdicion, enterraron sus tesoros, y pusieronse en huida, desamparando la Ciudad. Llegado el Emperador, entrò en la Ciudad sin resistencia alguna, y mandò derribar el Idolo, y procurò se poblasse la Ciudad de Christianos.

CAPITULO LXIII.

Como el Emperador Carlo Magno mandò edificar la Iglesia de Santiago de Galicia.

DEspues que el Emperador huvo ganado aquella Ciudad, y destruìdo las Heregìas juntamente con el Idolo, que tantos Pueblos tenia engañados, se bolviò para Galicia, y hizo fundar una muy hermosa Iglesia à honra, y alabanza del Apostol Santiago, y distribuyò gran parte de sus riquezas à los pobres; y dexando la tierra pacifica, se bolviò à Francia, y llegando à Tolosa, mandò edificar otra Iglesia en honra, y alabanza del Bienaventurado Apostol Santiago, y abasteciòla de hermosas Campanas, Calices de oro, y plata, y de Capas riquissimas, y de todas las cosas necessarias, y le diò gran renta. Ademàs de estas Iglesias, y otros Hospitales, y Monasterios, que fundò de su misma renta, fundò las Iglesias siguientes. Primeramente en Aquisgràn, en Alemania mandò hacer una devota Iglesia de Nuestra Señora. En Minerva, tierra de Roma, mandò fundar una Iglesia de Santiago, y la diò gran renta. En Gascuña mandò hacer otra Iglesia de Santiago muy devota. En Paris mandò hacer otra Iglesia de Santiago, entre la Soma, y el Monte de los Martyres. Y no escrivo las Iglesias pobres que reparò, y los devotos Monasterios, y Hospitales que fundò.

CAPITULO LXIV.

Como un Rey de Turquìa passò el Mar con gran poder, y tomò muchos Lugares de Christianos, y matò gran numero de ellos, y como Carlo Magno se los bolviò à ganar.

BUelto Carlo Magno para Francia, estuvo algun tiempo sin guerras, mas no por esso estuvo una sola hora ocioso, antes mandaba visitar à menudo las Ciudades. Visitaba assimismo todas las Iglesias pobres, Monasterios, y Hospitales, y los mandaba proveer de todo lo necessario. Estando en este exercicio, un Rey Moro, llamado Aygolante, vino con cien mil hombres, entrò en tierra de Christianos, y tomò muchos Lugares. Venido esso à noticia de el Emperador, doliendose mucho de ello, mandò juntar cincuenta mil hombres bien armados, y se puso en camino en busca de el Rey Aygolante; y llegados à dos leguas donde estaba, certificado Aygolante de su venida, le embiò Embaxadores, diciendo, que èl avia pensado de què manera no muriesse mucha gente en la guerra, como èl entendia, y era que embiasse veinte Cavalleros, que peleassen con otros veinte, que èl embiaria, ò cincuenta à cincuenta, ò mil contra otros mil, y que no moviesse ninguno hasta que los unos [illegible] fuessen vencidos. Carlo Magno [illegible]

tir en ello, mas los Cavalleros se lo rogaron, y lo huvo de hacer, y mandò apercibir cien Cavalleros: fue ordenado el campo entre el Real de los Christianos, y el de los Moros; y viendo el dia, comenzaron su batalla, y durò hasta medio dia, y de los Infieles no escapò mas de uno. Otro dia por la mañana embiò Aygolante docientos Cavalleros, y Carlo Magno embiò otros docientos, y plugò à Dios, que la mayor parte de los Turcos fuessen muertos, y los otros malamente heridos. Aygolante embiò à decir à Carlo Magno embiasse mil Cavalleros contra otros mil, y al momento fueron embiados mil Cavalleros, y Aygolante buscò en su Real otros tantos, y puestos en el campo, comenzaron cruda batalla; y finalmente muriò la mayor parte de los Paganos, y los otros bolvieron huyendo à su Real, y los Christianos los siguieron hasta entrar entre los suyos, y se moviò todo el Real contra ellos, mas Aygolante los hizo muy presto bolver, y passaron tres dias sin menearse. En este tiempo hizo Aygolante hacer experiencia à unos Astrologos, y dixeron, que si Carlo Magno diera entonces la batalla, perderia mucha gente. Entonces Aygolante le embiò à decir à Carlo Magno, que saliesse con su gente, que èl saldria con la suya. Carlo Magno mandò apercibir su Real, y ordenaron su batalla; y el dia antes de la batalla, estando los Christianos en un campo llano, hincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche las dexaron assi hincadas, y Dios nuestro Señor hizo un milagro, que las lanzas de los que avian de morir en la batalla se hallaron verdes, y floridas. En aquel mismo lugar estàn los Cuerpos de los Bienaventurados Martyres San Facundo, y Primitivo, en una Ciudad que Carlo Magno mandò edificar, y poblar de Christianos à honra de estos Santos Cuerpos en memoria de tan gran milagro. Cada uno tomò su lanza para salir à la batalla; y los que las hallaron verdes, las cortaron à raiz del suelo, y las enderezaron para servirse de ellas, sin saber lo que significaba, y ninguno lo supo sino Carlo Magno, à quien plugò Dios fuesse revelado. Puesta la gente en ordenanza, se comenzò muy cruda batalla, y murieron en ella trecientos Cavalleros, sin los Peones, entre los quales muriò el Duque Milòn, padre de Roldàn, y mataron el cavallo al Emperador, y peleò gran parte del dia à pie, y hizo grandes hechos de Cavallero. Yà que llevaban los Paganos lo mejor de la batalla, los cavallos de los Christianos muertos entraron en la batalla, peleando con tal concierto como si tuvieran entendimiento; y venida la noche, tuvieron por bien de dexar la batalla, assi los unos, como los otros, y plugò à Dios, que el dia siguiente, apercibiendose unos, y otros para la batalla, llegaron al Real de Carlo Magno quatro Marqueses de la parte de Italia, cada uno con quatro mil hombres bien armados, y sabiendo esto Aygolante, comenzò à huir secretamente hasta el mar, y los Christianos los siguieron, y tomaron todo el fardage, y las riquezas que traìan, y Carlo Magno lo diò à todos los Cavalleros que le vinieron à ayudar, y otro dia se despidieron de èl, y el Emperador se bolviò à Francia, y estuvo siete años sin guerra.

CAPITULO LXV.

Como Aygolante embiò à decir à Carlo Magno, que le queria hablar, y como Carlo Magno, en habito de Mensagero, le fue à buscar.

Visto por Aygolante el socorro, que de Italia avia venido à Carlo Magno, se bolviò para su tierra; y quando supo, que Carlo Magno se retraia à vida contemplativa, y que no cuidaba de guerra, pensò que tenia buen aparejo para cautivar à los Christianos, y tomarles sus tierras, y llamò en su ayuda nueve Reyes Turcos, y vino cada uno con diez mil hombres bien armados, y se hallaron en su servicio docientos mil hombres, aunque avia muchos de ellos, que no eran diestros en las armas, y con ellos passò à Gascuña, y tomò una Ciudad, que se decia Ogenes, y alli hizo su assiento, y deseaba mucho vèr à Carlo Magno, por vèr su fisonomìa; y esto hacia por conocerlos en las batallas, y à esto le moviò su diligencia. Quando supo que avia aportado en Gascuña, no huyendo el grande trabajo de las guerras, ni cuidando del descanso, y como supo que con muy lucida gente de guerra venia à la batalla, y le embiò tres Dromedarios cargados de oro, y plata, y piedras preciosas de gran valor, y le embiò à rogar, que si quisiesse ir à cierto lugar con poca gente, que èl assimismo iria con pocos Cavalleros à le hablar, y que alli darian orden à las guerras, ò à las paces, porque diesse yà algun descanso à sus viejos miembros, y pudiesse seguir la vida contemplativa, pues que de ella era Dios servido mas, que de las guerras. Carlo Magno recibiò bien los Mensageros, y les dixo, que sì haria, y mandò apercibir dos mil Cavalleros, y con ellos fue hasta un monte no muy lexos de la Ciudad, donde estaba Aygolante, y alli dexò las armas, y se puso en trage de Correo, y con solo un Cavallero de la misma manera vestido, y sin armas, se fue para el Rey Aygolante; y llegados à la puerta de la Ciudad, fueron llevados en son de presos al Rey Aygolante, y Carlo Magno le dixo: El muy poderoso Emperador Carlo Magno mi señor me embia à te hacer saber como en el lugar que le embiaste à decir te està esperando con solos cinquenta Cavalleros, quando quisieres podràs ir à hablar con èl. Aygolante le dixo se bolviesse, y dixesse à Carlo Magno, que presto seria con èl. Despedido de Aygolante, se fue por la Ciudad, y mirò la parte que estaba menos fuerte, y vidò toda su gente; y aviendolo mirado, se bolviò para sus Cavalleros, que estaban en el monte, y el Rey Aygolante se partiò de la Ciudad con diez mil Cavalleros para ir à hablar à Carlo Magno; y sabiendo Carlo Magno, que venia con tanta gente, se bolviò con sus Cavalleros à su Real.

CAP. LXVI. *Como Carlo Magno tomò la Ciudad donde estaba el Rey Aygolante.*

QUando Carlo Magno huvo mirado las fuerzas de la Ciudad, y el Real de sus enemigos, no dudando la victoria, hizo apercibir su gente, y mandò, que fuessen proveìdos de armas los que las avian de menester; y puestos en ordenanza se puso en camino de la Ciudad, donde estaba Aygolante, y en el monte donde se avian de hablar los dos, hallò gran multitud de Paganos en dos batallas, y huvo cruda guerra, y de los Paganos fueron muchos muertos, y los demàs se pusieron en huìda, pensando meterse en la Ciudad, y los Christianos enmedio de ellos, y no les ossaron abrir las puertas los de adentro, y estaba dentro Aygolante, y el Emperador mandò, que fuesse alguna gente en guarda de las puertas, porque no se saliesse Aygolante, y los otros siguieron el alcance, matandolos sin alguna resistencia; y buelto Carlo Magno, puso cerco à la Ciudad, y la tuvo cercada tres meses. Viendo Aygolante, que no podria tener mucho tiempo la Ciudad, por falta de mantenimientos, mandò cabar por debaxo de tierra, y en poco tiempo cabaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, y se metieron en otra Ciudad. Viendo los Christianos, que no avia gente por la cerca de la Ciudad, ni sentia bullicio alguno, derribaron una puerta, y entrando dentro se espantaron quando vieron la Ciudad sola, y hallaron la mina por dò se fueron. Pusieron cerco à la Ciudad, y estuvieron sobre ella mas de dos meses, y Aygolante embiò à decir à Carlo Magno si queria que ellos dos se combatiessen, con calidad, que si Carlo Magno fuesse vencido, se bolviesse à Francia sin hacer guerra, y que si èl fuesse vencido, passaria la mar con la gente que tenia; Carlo Magno fue contento, mas los Cavalleros no quisieron consentir en ello; y el Rey Aygolante dixo, que fuesse la batalla entre docientos Cavalleros Christianos, y docientos Paganos. El dia que los Cavalleros comenzaron su batalla, el Rey Aygolante se fue secretamente, y de los docientos Paganos ninguno se escapò.

CAP. LXVII. *Como Carlo Magno fue à Francia, y como bolviò otra vez à dàr guerra el Rey Aygolante.*

SAbiendo Carlo Magno, que en toda Gascuña no quedaba Pagano alguno, ni avia quien hiciesse guerra en aquellas partes; se bolviò à Francia, y de alli à pocos dias despidiò la gente de guerra. No passaron muchos dias quando Aygolante juntò gran numero de Paganos, y le embiò à desafiar: Carlo Magno huvo mucho enojo, y llamò todos sus vassallos, y les rogò con todo su poder le ayudassen contra Aygolante; los quales vinieron prestamente. Primeramente vino el Arzobispo Turpin con dos mil hombres: El Conde Don Roldàn de Cenobia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana Berta: y el Duque de Milòn, con quatro mil: Oliveros, Conde de Hens, hijo del Duque Regner, con tres mil: Anguerius, Duque de Aquitania, con siete mil: Gauferius, Rey de Guardesois, con siete mil: Gaudebonus, Rey de Frisa, con siete mil: Baldovinos, hermano de Roldàn, con dos mil: Sanson, Duque de Picardia, con diez mil: Oger de Danois con diez mil; y sin estos juntò el Emperador en su tierra treinta mil hombres.

CAP. LXVIII. *De las treguas de Carlo Magno, y Aygolante; y de las treguas de los Cavalleros Christianos contra los de Aygolante.*

LLegado Carlo Magno con su gente à las fronteras de Aragon, Aygolante le embiò à decir, què embiasse veinte Cavalleros contra veinte Paganos; Carlo Magno los embiò al lugar señalado, y los Paganos fueron muertos, sin que ninguno escapasse. Y despues fueron embiados quarenta para quarenta, y assimismo fueron muertos. Aygolante embiò à decir à Carlo Magno, que embiasse mil Cavalleros Christianos contra mil Turcos, con tal condicion, que si los suyos eran vencidos, que prometia bolverse Christiano. Carlo Magno fue muy contento; y llegados los Cavalleros al campo, comenzaron una cruda batalla, y los Paganos no murieron todos, mas echaron à huir; y de los del Emperador huvo tres muertos, y seis heridos. Viendo esto Aygolante, dixo: Verdaderamente la Ley de los Christianos es mejor, que la de los Turcos; propuso de bautizarse, y pidiò treguas à Carlo Magno para entrar seguro en el Real; Carlo Magno se lo otorgò, y el dia siguiente, antes de medio dia, entrò Aygolante en el Real de Carlo Magno, y sabiendo que estaba sentado à la mesa, quiso verle comer por vèr la manera de su servicio; y estandolo mirando, vido, que le servian muy bien, y vido à otra parte, desviados de la mesa, trece pobres assentados en el suelo, que les daban de comer lo que alzaban de la mesa, y esto mandaba hacer todos los dias el Emperador, en reverencia de nuestro Señor Jesu-Christo, y de sus doce Apostoles. Aygolante preguntò al Emperador despues de aver comido, què gente era aquella que estaba en la sala comiendo en el suelo, y tan miserablemente vestidos? El Emperador le dixo: Estos son pobres de Dios, y mandoles dàr de comer por amor suyo. Aygolante le dixo: Como, Emperador, la gente de tu Dios traes de esta manera, y los dexas morir de frio por falta de ropa, y les dàs lo que dexas sobrado, y tu gente tienes à tu mesa muy bien servida? Grande injuria haces à tu Dios quando tratas tan mal su gente: Dices que tu Ley es buena, y en tus hechos la muestras mala. Y fue tan escandalizado de esto, que dexò su buen proposito, y buelto à su Real, embiò à desafiar al Emperador.

***

CAP. LXIX. *De la muerte del Rey Aygolante, y de ſu gente, y como murieron muchos Chriſtianos por codicia de llevar la riqueza de los Moros.*

QUando el Emperador Carlo Magno viò à Aygolante en ſu Real, penſando que ſeria Chriſtiano, fue muy alegre; y ſabiendo que ſe avia ido aſsi eſcandalizado, peſòle mucho, y mandò buſcar todos los pobres del Real, y viſtiòlos à todos, y mandò, que los trece pobres de alli adelante fueſſen ſervidos como ſu perſona. El dia ſiguiente Aygolante mandò apercibir ſu gente, y pueſtos aſsimiſmo los Chriſtianos en orden, huvo tanta matanza, que los muertos, y los arroyos de ſangre cerraban los paſſos à los vivos. Aygolante, viendo la muerte de ſu gente, deſeoſo de morir, ſe metiò tanto en los Chriſtianos, que quedò muerto en el campo, y los ſuyos echaron à huir, y eſcaparonſe tres Reyes con alguna gente. Y quando los Chriſtianos fueron ſeñores del campo, entraron en la Ciudad, y mataron quantos en ella hallaron: y eſtuvieron alli aquel dia, y aquella noche. Y otro dia mandòle Carlo Magno poner en orden, y ſaliò de la Ciudad, y los Peones quedaron atràs; y llevaron muchas riquezas, que hallaron en la Ciudad. Y como los Reyes que avian eſcapado ſupieron, que los hombres de à cavallo iban delante, y que los Peones iban cargados de los teſoros, fueron para ellos en buena ordenanza, y ſin mucha reſiſtencia mataron quatro mil dellos. Y como las nuevas de Aygolante, y de ſu gente vinieſſe à Furre, Principe de Navarra, Gran Señor, y valiente por ſu perſona, embiò à decir à Carlo Magno, que los deſafiaba à batalla campal; pero Carlo Magno tenia tanta fè en el amor de Dios, y tanto deſeo de pelear por ſu Santa Fè, que huvo de ello placer; y aſsignado campo, y dia de la batalla, Carlo Magno ſe puſo en oracion, rogando à Dios le quiſieſſe dàr à conocer los Cavalleros que en aquella batalla avian de morir. El dia ſiguiente, que era dia de la batalla, eſtando la gente armada, viò Carlo Magno, que todos los que avian de morir en la batalla tenian una Cruz colorada en el hombro izquierdo; y aviendo piedad de ellos, los llamò, y los cerrò en un lugar apartado, y con la otra gente, en poco tiempo los deſvaratò; y quando ſe viò ſeñor del campo, bolviòſe donde avia encerrado los Cavalleros, y hallòlos muertos, y conociò, que la voluntad de Dios era darles aquel dia ſu ſanta Gloria, y la corona del martyrio à los que tenian las ſeñales, y avia hecho mal en aver querido alargarles la vida.

CAP. LXX. *Que habla de Ferragus, maravilloſo Gigante, que llevaba los Cavalleros debaxo del brazo; y como Roldàn huvo batalla con èl.*

MUertos Aygolante, y el Principe Furre, y otros muchos Reyes, y Señores de Turquia, fueron las nuevas al Almirante de Babylonia, el qual tenia en ſu tierra un Gigante, que llamaban Ferragus, y mandò apercibir treinta mil combatientes, y en ſu compañia del Gigante los embiò contra Carlo Magno, y aportaron à una Ciudad llamada Vigiſer, y la tomaron, y deſpues embiò Ferragus à decirlo à Carlo Magno, ſi queria aver batalla uno por uno; y el Emperador que no huyò batalla por la Fè de Jeſu Chriſto, aceptò el deſafio; mas ſus Varones le ſuplicaron, que en ninguna manera lo hicieſſen, ofreciendoſe todos à la batalla por èl, diciendo, que en ſu vida eſtaba la honra de ſu Exercito, y à ruego de ellos dexò de ſalir, y mandò à Urgèl de Danois, que ſe proveyeſſe de buenas armas, y cavallo, y otro dia de mañana ſalieſſe à la batalla con el Gigante, y fue contento. A la mañana Urgèl de Danois, armado de todas armas, y en un furioſo cavallo, ſaliò al campo donde era ſeñalada la batalla; y luego ſaliò el Gigante mirando à todas partes ſi venia mas de uno, y como viò que eſtaba Urgèl ſolo, llegòſe à èl ſin hacer ſemejanza de batalla, y tomandòle debaxo del brazo, ſin hacerle mal, le llevò à la Ciudad, y le mandò meter en una Torre. Era eſte Gigante grande como dos hombres, la cara tenia como tres palmos de largo, y otro tanto de ancho; ſus brazos, y piernas parecian grueſſas vigas, y tenia la fuerza de quarenta hombres; traìa dos arneſes, y ſu yelmo tenia dos dedos de grueſſo, y los dedos de las manos tenian tres palmos de largo; y dexando à Urgèl preſo, bolviò al campo, y ſabiendolo Carlo Magno, embiò à Reynaldos de Auberin, y el Gigante le llevò ligeramente à la Torre, y luego ſe bolviò al campo. Luego ſaliò Conſtantino de Roma, y lo llevò con los otros, y bolviò al campo. Luego ſaliò Noè de Nantes, y fue llevado à la Torre, y el Emperador embiò dos juntos, y el Gigante tomò uno debaxo de un brazo, y otro debaxo de otro, y llevòſelos. Viendo eſto Carlo Magno, fue muy eſpantado, y no ſabia què ſe hacer; pues embiarle muchos parecia feo, y uno, ni dos eran nada. Y Roldàn, viendo la proeza del Pagano, no eſtaba muy contento, que los que avia llevado eran todos buenos Cavalleros, y ſin temor de las fuerzas del Gigante fue à pedir licencia à Carlo Magno para ſalir à la batalla, y no ſe la quiſo dàr. Y aviendo eſtado Ferragus gran rato en el campo ſolo, embiò al Emperador le embiaſſe à Roldàn, ò al afamado Oliveros. Oyendolo Roldàn, tornò à ſuplicar al Emperador le dieſſe licencia para la batalla, que mas honra le ſeria morir, que ſufrir las amenazas del Pagano. Viendo Carlo Magno la pertinacia de Roldàn, y las amenazas del Gigante, huvo de darle licencia, y dixole, que llevaſſe otro compañero; y Roldàn dixo: Si à la batalla de un Cavallero fueſſemos dos, la honra era del que eſtaba ſolo, aunque muriera; tus Cavalleros, no por hacienda, ni riqueza, ſe han pueſto à las grandes afrentas, ſino por honra, ſirviendo à Dios, y à tu Imperial Corona; por ende no me mandeis ir acompañado para un ſolo Cavallero. Y deſpedido de Carlo Magno, ſe armò, y cavalgò en ſu buen cavallo, con una grueſſa lanza, y ſe fue al Pagano, que eſtaba ſin lanza, y tenia en ſu brazo izquierdo un

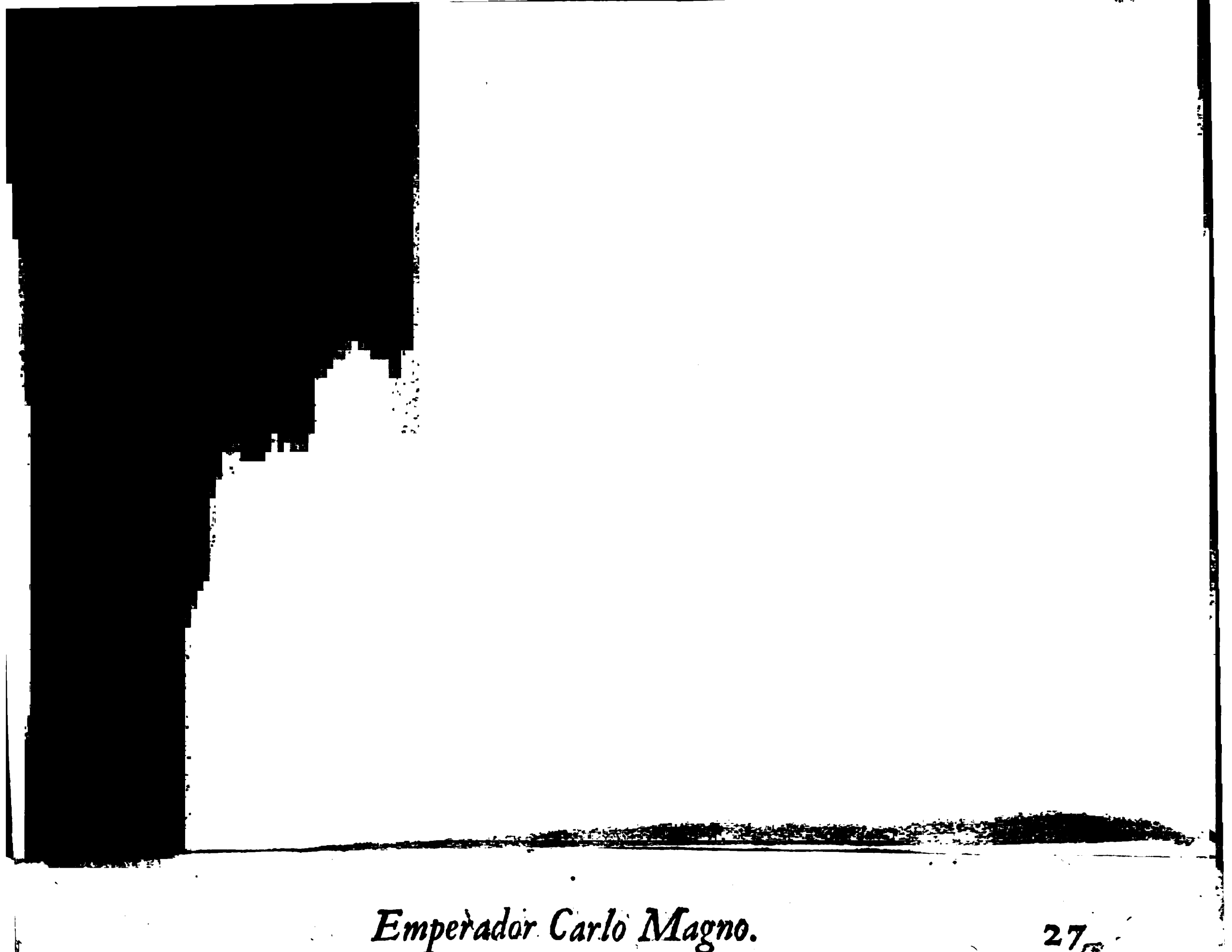
un escudo de acero, y en la mano derecha su espada. Roldàn le dixo, que tomasse su lanza, y sin responder, se fue para èl, y Roldàn no quiso tener ventaja en las armas; y dexando la lanza, metiò mano à su espada, esperòle con gran esfuerzo, y y llegandose el Gigante para lo llevar como à los otros, le diò Roldàn en el yelmo un gran golpe; mas no por esso dexò de juntarse con èl, y asiendole con el brazo derecho, le sacò de la silla, y bolviò riendas para llevarle à la Torre; y viendose Roldàn llevar, estrivò con èl en las ancas del cavallo, y se asiò con las manos del yelmo del Pagano, y trastornòle del cavallo, y cayeron ambos en el suelo, y el Pagano dixo à Roldàn si queria que cavalgassen en sus cavallos, y èl dixo que si; y bolviendo à la batalla, Roldàn diò à Ferragus tres golpes en el yelmo, y al tercero resvalò la espada, y le matò el cavallo; y viendose Ferragus à pie, con grande enojo se cubriò de su escudo, y alzò la espada, y temiendo Roldàn la fuerza del Gigante, se desviò del golpe, y todavia le alcanzò en la mano derecha, y se le cayò la espada en el suelo, y à pie entrambos siguieron su batalla, y durò hasta la noche, sin que se conociesse ventaja, y concertaron, que en la mañana à pie acabassen la batalla.

CAP. LXXI. *Como Roldàn, y Ferragus hicieron la batalla à pie, y como disputaron de la Fè, y de què manera fue muerto Ferragus.*

VEnida la mañana salieron Roldàn, y Ferragus al campo, y pelearon hasta medio dia, sin que ninguno fuesse herido, que Roldàn se guardaba de los golpes del Gigante, y èl se guardaba de los golpes de Durindana, por la fuerza de sus armas, que todas eran dobladas. Estando ambos cansados, pidiò Ferragus treguas à Roldàn para descansar un poco, y Roldàn fue muy contento, Ferragus se tendiò en el suelo. Quando Roldàn le viò echado, tomò un canto, y se lo puso por cabecera; y mirandole, maravillòse del grandor de su cuerpo; y quando despertò Ferragus assentòse, y dixole Roldàn: Maravillado estoy, Ferragus, de tu gran fuerza, y como puedes sufrir el peso de tus fuertes armas. Ferragus dixo: Sepas, que tengo la fuerza de quarenta hombres, y allende de esto no puedo morir à hierro sino por el ombligo: Roldàn mostrò no averlo entendido, y Ferragus le preguntò como se llamaba? Y èl dixo: Yo me llamo Roldàn, y soy sobrino del Emperador; y Ferragus le preguntò, què Fè tenia? Roldàn respondiò: Yo soy Christiano, y la Ley de Christo tengo, y en defensa de esta deseo morir; y Ferragus le dixo: Aquessa Ley Christiana quien la diò? Respondiò Roldàn: Despues que el todo Poderoso Dios hizo el Cielo, y la Tierra, hizo à nuestro Padre Adàn, el qual fue desobediente à sus Mandamientos, y fue todo el mundo privado de la Gloria; y doliendose el Hijo de Dios de la perdicion de las almas, descendiò del Cielo, y tomò nuestra humanidad, y sufriò Muerte, y Passion por librarnos del Infierno. Y despues que Ferragus le preguntò muchas cosas tocantes à la Fè Christiana, dixo: Tu eres Christiano, y tienes, segun parece, la Ley de tu Dios arraygada en tus entrañas, y por ella veniste à esta batalla, y yo vine de Turquia por vengar la sangre de los Reyes, y los Cavalleros, que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra; por ende quiero, que en nuestra batalla aya tal condicion, que la Ley del que venciere sea tenida por buena; y aunque Roldàn conociò que erraba en tener aquel concierto, confiado en la misericordia de Dios, dixo, que le placia; y levantandose, comenzaron su batalla; y viendo Ferragus, que no podia acertar à Roldàn, por su ligereza, sintiendose cansado, pensò usar de maña; y viendo que Roldàn le queria dar un golpe sobre el yelmo, lo esperò ossadamente, y quando le viò alzar la espada, dexò caer la suya, y lo abrazò, y derribò en el suelo, y le queria degollar. Roldàn sacò un puñal, y se lo metiò por debaxo del arnès, y le hiriò en el ombligo; y quando se sintiò herido, diò un grito, y conocieron los suyos que estaba en necessidad, y salieron prestamente en su favor; y viendolos venir Roldàn, tocò su cuerno, y vino Oliveros con muchos Christianos en su ayuda, y fue servido de cavallo, y lanza; y viendo que llevaban al Gigante à la Ciudad, fue en seguimiento de los que le llevaban; y Oliveros preguntò al Pagano si queria ser Christiano, y dixo que no, y mandò à los Peones, que le cortassen la cabeza.

CAP. LXXII. *Como Carlo Magno huvo batalla con los Reyes de Cordova, y Sevilla.*

COmo el Rey de Cordova, y el de Sevilla supieron la muerte de Ferragus, y de otros muchos Cavalleros, huvieron gran enojo, y embiaron sus Embaxadores à Carlo Magno, diciendo, como los Reyes de Cordova, y Sevilla tenian gran deseo de aver batalla con èl; y si queria ir à un campo llano con su gente, que los hallaria con sesenta mil hombres de pelea. Respondiò Carlo Magno: Decid à los Reyes, qne aunque no lleve tanta compañia como ellos, que no dexarè por esso de ir al campo para el dia que señalaren. Mandò luego apercibir su gente, y lo mismo hicieron todos los Reyes Moros, y mandaron hacer diez mil carantulas feas, unas negras, y otras coloradas, con grandes orejas, y mayores cuernos, y mandaron à los Peones que se las pusiessen, y cada uno tuviesse un cencerro en la mano. Llegando al campo Carlo Magno, y ordenadas sus batallas, pusieronse delante los Peones, y tañendo los cencerros, espantaron los cavallos de tal suerte, que à pesar de sus señores huyeron, y los desvarataron, y entonces los Paganos se metieron entre ellos, y mataron muchos. Roldàn, y Oliveros recogieron su gente, y dixeron à los Cavalleros, que cada uno tapasse con un paño los ojos, y los oìdos con algodon à su cavallo, y que à la mañana acometiessen [illegible] enemigos; y assi se hizo, y durò la bat[illegible] medio dia, y los desvarataron à todos [illegible]



hombres, que tenian en guarda diez carros con grandes reparos al rededor, y en el uno de los carros avia un estandarte: estos diez mil hombres estaban juramentados, que por peligro, ni afrenta en que estuviessen, no bolverian la cara al enemigo, mientras el estandarte estuviesse alzado. Sabiendo esto Carlo Magno, se metiò en ellos, è hizo tanto, que llegò al estandarte, y diò con èl en tierra. Entonces huyeron los diez mil Cavalleros, y los Christianos los siguieron hasta meterlos en una Ciudad, que era del Rey de Cordova; y el Cavallero que tenia la Ciudad à cargo se tornò Christiano, y los demàs murieron.

COMIENZA EL LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO LXXIII.

Como el Arzobispo Turpin consagrò la Iglesia de Santiago de Galicia.

DEspues de las guerras susodichas, viendo Carlo Magno que su Reyno estaba sossegado, y pacifico, ordenò de irse para Alemania, y antes que fuesse, quiso ir à Santiago de Galicia, y pusose en camino, y anduvo toda la Provincia visitando las Iglesias, y Monasterios que entonces avia, y las mandò reparar de todo lo necessario, como Campanas, Casullas, Capas, Calices, y Patenas: mandò hacer algunas Imagenes devotas à honra, y memoria de los Santos: hizo Constituciones, sojuzgò, y ordenò, que todas las cosas de Galicia tributassen cada un año à la Iglesia de Santiago quatro dineros de la moneda que entonces corria; y con este tributo eran libres de todo otro pecho: y fue ordenado, que todos los Obispos de aquella Provincia fuessen sujetos à el de Santiago. Y el Arzobispo Turpin, acompañado de nueve Obispos, consagrò la dicha Iglesia, y fue llamada la Iglesia de la Christiandad, adonde concurren los Christianos à ganar Indulgencias, y remission de pecados, y la primera es de San Pedro en Roma, por quanto San Pedro fue muy amigo de Dios, y èl predicò en Roma su Santa Fè, y fue en ella martyrizado: y assi el Señor Santiago, que tomò tanto trabajo, ensalzando el nombre de Dios en la Provincia de Galicia, por ende dignamente ay memoria de sus milagros, y martyrio por todo el mundo.

CAPITULO LXXIV.

Como Galalon fue embiado por Embaxador à los Reyes Moros, y como propuso de vender à sus compañeros.

EN este tiempo estaban en Zaragoza los Reyes [illegible], el uno llamado Marsirio, y el otro [illegible] quales embiò el Almirante de Ba[illegible] estos Reyes, en señal de amor, avian embiado à Carlo Magno grandes dones en otro tiempo; y deseando Carlo Magno tornarlos Christianos, propuso embiarles un Mensagero que se lo amonestasse, y fue para esto escogido Galalon, y le mandò el Emperador, que les dixesse se tornassen Christianos: y Galalon se partiò para Zaragoza, y fue de los Reyes bien recibido. Hecha su Embaxada, le preguntaron los Reyes por Carlo Magno, y por sus Cavalleros, y por su respuesta conocieron, que por dinero harìa qualquier vileza, y por esso le ossaron hablar de traycion, en la qual luego consintiò. Dieronle diez cavallos cargados de oro, y plata, y èl les prometiò entregarlos los Cavalleros del Emperador, y à èl mismo, si pudiesse, y dixoles, que embiasse su gente al Puerto de Ronces-Valles, que èl tendria modo de entregar los Doce Pares, y ordenaron entre ellos, que Galalon llevasse al Emperador veinte cargas de oro, y plata, y quatrocientas cargas de vino, y esto en señal de amor. Esta traycion hizo Galalon por codicia de dinero. O maldito hombre, y en fuerte punto engendrado, nacido de noble sangre, y fuiste provocado de avaricia à hacer tan gran traycion! Eras rico, y de gran renta, y por el dinero te moviste à vender à tu Señor? No podràs decir, que de necessidad eras constreñido, y aunque la tuvieras, no eras casado. Entre tantos Cavalleros fuiste escogido para llevar aquella Embaxada, fiandose el Emperador de ti tanto, como de qualquiera de ellos, y por dinero vendiste à èl, y à todos sus Varones. Si dèl tenias enojo, por què vendias los Nobles Cavalleros? Y si con los Cavalleros tenias algun rencor, por què vendias à tu natural Señor, de quien tantas mercedes avias recibido? Eran de toda la Christiandad queridos, y de ti fueron vendidos. Miraras que pecabas contra Dios en vender sus Cavalleros, y hacias mal à tu natural Señor, y à todos los Christianos, que tenian en ellos su fortaleza contra Infieles. O perversa avaricia, enemiga de caridad, de quantos males eres causadora! Por avaricia fue Adan desobediente à su Criador, y por ella fue Troya en sujecion puesta. Por avaricia vendiò Galalon los Cavalleros, en quien jamàs faltò virtud. Llevò Galalon el presente à Carlo Magno, el qual diò credito à sus engañosas palabras, y sin sospechar mal alguno, recibiò el presente, y lo partiò entre los suyos; y despues por consejo de Galalon partiò con su Exercito para Ronces-Valles, dandole à entender, que los Reyes querian ser Christianos, y diòles la primera guarda à Oliveros, y à Roldàn, como hasta cinco mil hombres, y èl se quedò atràs. Los Reyes Moros estaban en Ronces-Valles (como les dixo Galalon) con sesenta mil hombres, y puestos en dos batallas, en la primera avia veinte mil hombres, y en otra quarenta mil, y estaba apartada la una de la otra. Llegados los Christianos à la primera batalla de los Moros, los dexaron passar, hasta que los tornaron enmedio, y fueron los Christianos apremiados à retirarse, que estaban muy fatigados.

CAP. LXXV. *De la muerte de los Franceses, de Oliveros, y del Rey Marsirio, y como Roldàn fue mal herido.*

LOS Christianos, siendo yà apartados de sus enemigos, vieron venir otra batalla de Moros. Entonces Roldàn tañò su cuerno, mas no quiso Dios que le oyesse Carlo Magno, que los quiso dàr aquel dia las Coronas de martyrio, que de gran tiempo les tenia aparejadas en satisfaccion de sus trabajos; y Oliveros, y Roldàn pusieron su gente en orden para esperar al enemigo, y les dixeron, que sin rezelo de morir entrassen en la batalla, pues en esto hacian servicio à Dios, y à esto avian partido de sus tierras, y que mayor gloria esperaban, que la pena que recibian. Y viniendo los Paganos para ellos, tocò Oliveros su bocina muy recio, y encomendandose à Dios, entrò en la batalla con tanto denuedo, que en muy poco tiempo hizo muy gran matanza en ellos, y èl fue herido de siete lanzadas mortales, y dellas muriò. Luego llegaron cien Cavalleros Christianos, que capitaneaba Oliveros; mas quando Roldàn los vido, pensò que era Carlo Magno; y con este pensamiento se metiò muy dentro de la batalla sin ordenanza alguna, y siguieronle los cien Cavalleros; mas acudiò tanta gente, que los cien Cavalleros fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamaba Montesinos, y el otro Tierri. Y viendo Roldàn à todos sus compañeros muertos, y èl muy mal herido, y que Carlo Magno no venia, conociò que avian sido vendidos; y perdida yà la esperanza desalir vivo de la batalla, y deseoso de vengarse de sus enemigos, tomò un Turco por los cabellos, y pusole la espada en la garganta, diciendole que moriria si no le mostraba al Rey Marsirio; el Turco se lo prometiò, y dixo: Veis aquel Cavallero, que trae la divisa verde sobre las armas? Aquel es, y èl diò muchas riquezas à Galalòn vuestro Mensagero, porque os traxesse à esto que os veis. Entonces Roldàn besò la Cruz de su espada, y se cubriò de su escudo, y comenzò à derribar Cavalleros, y Peones, hasta que llegò al Rey Marsirio, y diòle tal golpe en el ombro derecho, que le endiò hasta la cinta; y Montesinos, y Tierri, que estaban con Don Roldàn, por huir de la muerte, se metieron en el monte, y todos los otros fueron muertos. Los mas tomaron gran temor de Roldàn, por la grande herida que diera al Rey Marsirio, que no le ossaban parar delante, y tuvo lugar de salirse de la batalla, y se tendiò en el suelo al pie de una peña, herido de quatro lanzadas mortales, y esto no lo supo Carlo Magno hasta el fin, que Galalòn, por dàr lugar à los Moros, lo entretenia en el juego de las tablas, y tambien al Arzobispo Turpin. El Rey Belegardus, viendo los Christianos muertos, temiendo que vendria Carlo Magno, tomò otro camino, y se fue para Zaragoza.

CAP. LXXVI. *De la muerte de D. Roldàn.*

EStando Roldàn al pie dè la peña herido de quatro lanzadas mortales, sin otras muchas heridas, que en cuerpo, y cabeza avia recibido, consolabase, que moria en defensa de la Fè de Jesu-Christo, y recibia pesar de verse en su postrimera hora en el monte desamparado de todos. Daba gracias à Dios, porque el dia antes avia confessado, y recibido el precioso Cuerpo de Jesu-Christo, que lo tenian de costumbre los Cavalleros de Carlo Magno, quando avian de entrar en batalla, ò se rezelaban de algun peligro. Alababa à su Criador, y Señor, porque le diera lugar de pedir perdon de sus pecados, lo que no tuviera, si muriera peleando; y esperando la muerte con mucha paciencia, decia: Mi Dios, mi Criador, y Redemptor, Hijo de la Madre de Consolacion, tu sabes lo que yo he hecho, y pensado: por los meritos de tu Sagrada Passion te ruego, que mis yerros sean perdonados, y no mires, ni repares à mis pecados, sino al arrepentimiento que dellos tengo; y suplicote me dès paciencia en mi muerte, y la recibas en descuento de mis culpas. Tu, que eres piadoso, y misericordioso, te ruego que me mires con ojos de piedad, como miraste al buen Ladron, y me perdona, y como perdonaste à la Magdalena. Y despues se parò à mirar su espada, diciendo: O espada de gran valor, la mejor que fue forjada! Gran esfuerzo me dabas quando te miraba: muchos arneses, y yelmos he despedazado contigo, y muerto gran numero de Infieles, y jamàs me faltaste. O quanto temor tenian de ti los Moros, viendote en mis manos! Con razon me pesa de te dexar, pues contigo he derramado mucha sangre de los Paganos, ensalzando el Nombre de mi Criador, al qual suplico tenga por bien te halle algun Principe Christiano, que conozca tu valor. Gran dolor siento el dexarte, y mayor si supiesse que quedabas en poder de Infieles, y por sacar mi anima de aqueste cuidado, harè que no te goce Moro, ni Christiano: levantòse con gran trabajo, y tomandola con ambas manos, diò con ella en una peña tantos golpes, que la hendiò, sin que en la espada hiciesse mella alguna. Y quando viò que no la podia quebrar, tomò su cuerno, por hacer señal à algun Christiano, si en el monte estuviesse escondido, y tocòle dos veces, y à la segunda se le abrieron todas las heridas que tenia. Aquella segunda vez que tocò llegò à oìdos de Carlo Magno, que estaba jugando con Galalòn, y conociò que era el que tañia Roldàn; y Galalon le dixo: Señor, Roldàn es ido à cazar, y tendrà muerto algun osso, ò puerco, que assi lo suele hacer; y Carlo Magno pensò serìa assi, y se estuvo jugando; y estando en el fin de su vida Roldán, llegò a èl su hermano Montesinos; y Roldàn le dixo: Hermano, mas me mata la sed, que las heridas. Montesinos anduvo parte del monte sin poder hallar agua, y buelto, viò à Roldàn mas muerto que vivo, y cavalgando en su cavallo, fue para dò estaba Carlo Magno; y luego llegò Tierri, Duque de Dardania, y tuvole lastima. Quando Roldàn le viò junto à sí, recibiò algun consuelo, y dixole: A quien miras, Duque Tierri? No es este Roldàn vuestro compañero, que en las fieras batallas acaudillaba los Christianos? No es el que vencia los feroces Gigantes? es este el enemigo de los Infieles

por ensalzar la Santa Fè Catholica, no tenia en nada los peligros del mundo? No es el que à Carlo Magno, y sus amigos sacaba del peligro, y afrenta? Este es un hombre sin ventura, y aborrecido de todo el mundo, y fue tanta su desdicha, que no solamente le privò de la compañia de sus parientes, mas en la postrimera hora le desterrò en las peñas à fenecer sus dias entre animales. No son estos los brazos que quebrantaban las gruessas lanzas? No son estas las manos que daban los fuertes golpes, y despedazaban los finos arneses? Y tomando la espada en la mano, dixo: Mas no niego ser esta Durindana mi buena espada, la qual es de gran virtud, y abrazandose con ella, se amorteciò, y el Duque Tierri, sus ojos hechos fuentes, comenzò à desarmarle, por le afloxar el estomago, y le hallò las armas llenas de sangre, y no osò desarmarle, porque no se desangrasse. Tornando en sì Roldàn, juntò las manos, y pidiò à Dios perdon, y dixo à Tierri, que le oyesse de confession; y aviendo confessado, puso las manos en Cruz, y alzò los ojos al Cielo, diciendo: *Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.* Y puestas las manos sobre los ojos, dixo: *Et oculi mei conspecturi sunt.* Y abrazado con la Cruz de su espada, dixo: *In manus tuas, Domine, comendo spiritum meum.* Y diò el anima à su Criador à diez y seis dias del mes de Junio, año del Señor de ochocientos y diez.

CAP. LXXVII. *De una vision que viò el Arzobispo Turpin en la muerte de Roldàn, y Oliveros.*

EL Arzobispo Turpin era hombre de santa vida, y diciendo Missa, estando en el Memento, oyò grande melodìa de Angeles, y rogò à Dios le revelasse por què tenian los Angeles tanta alegria; y oyò una voz, que dixo: Llevamos las Animas de Roldàn, y Oliveros, Cavalleros de Dios, al Paraiso. Acabada la Missa, fue el Arzobispo à contar à Carlo Magno lo que avia oìdo, y estando contando esto, entrò Valdovinos diciendo à grandes voces, que Roldàn estaba mal herido, y Oliveros muerto, y los Christianos que con ellos fueron eran muertos, y que avian sido vendidos; y quando los del Real lo oyeron, lloraron, y se pusieron en camino: Carlo Magno llegò adonde estaba Roldàn, y como le viò muerto, cayò sobre èl amortecido, y quando bolviò en sì, comenzò à tirar de sus barvas, y llorando dixo: O Roldàn, consuelo de mi vejèz, honra de los Franceses, Espada de Justicia, Lanza, que nunca se doblaba, Yelmo de salud, semejante à Judas Macabeo en proezas, à Sanson en fuerzas! Y acordandose de Oliveros, dixo: O mi buen Oliveros, Coluna de la Iglesia, y Defensor de Christianos, Arrimo de viudas, Consuelo de huerfanos, Amparo de la Clerecìa, Lengua verdadera, Boca sin mentira, Guia de los Amigos de Dios, Ensalzador de la Fè de Christo, Amado de todos los buenos! Ay de mi, que te traxe à morir en tierra estraña! Como no morì contigo? O Oliveros, mi especial Cavallero, por què me dexaste solo? Ay triste! què harè, mezquino? Donde irè? A Dios suplico te quiera recibir en su santa Gloria; à los Angeles ruego, que te reciban en su compañia; à los Martyres invoco devotamente, que te quiera llegar à su numero: los dias que viviere en esta vida gastarè en continuo llanto, y sentirè tu ausencia, quanto sintiò David la ausencia de Natàn, y Absalòn. Y mirando à Roldàn, dixo: O Roldàn mi sobrino! tu estàs en la Gloria, y yo quedo en continuo lloro. Tu estàs en el Cielo, y yo quedo en mortal llanto, y tribulacion. Estas, y otras cosas decia Carlo Magno, y hizo alli sentar sus tiendas, y hacer grandes fuegos para velar el cuerpo de Oliveros, y Roldàn aquella noche, y à la mañana fueron embalsamados, y guardados con mucho honor.

CAP. LXXVIII. *Como hallaron à Oliveros desollado, y de la muerte de los Paganos, y de Galalòn.*

LA mañana venida, fue Carlo Magno al campo de la batalla con toda su gente, y tuvieron mucha lastima de la multitud de los Christianos que estaban muertos, aunque avia muchos Moros. Y hallaron al valeroso Oliveros aspado en dos palos, puestos à manera de Cruz, y desde los dedos de las manos, hasta los dedos de los pies estaba desollado, y tenia doce dardos por el cuerpo. Renovòse el llanto por el Real, viendo à su Capitan de aquel modo. Carlo Magno hizo juramento de vengar la muerte de Oliveros, aunque supiesse perder la vida, y fue en busca de los Moros de Zaragoza, y supo en el camino como estaban à orillas de Hebro en el prado descansando, y curando los heridos. Carlo Magno puso su gente en orden, y los acometiò con tanto denuedo, que en poco rato matò doce mil Moros, y muchos se ahogaron en Hebro por salvarse. Viendo Carlo Magno que tenia poca gente para los seguir, se bolviò à Ronces-Valles, y hizo embalsamar los cuerpos de Oliveros, y Roldàn, y con diligencia hizo pesquisa para saber de cierto la traycion, aunque avia oìdo à muchos, que Galalòn los avia vendido, especialmente se supo del Duque Tierri, que lo oyò al Moro, que lo dixo à Roldàn quando le mostrò al Rey Marsirio, y acusò à Galalòn, y le desafiò. Sabida la verdad, mandò Carlo Magno, que Galalòn fuesse atado à quatro cavallos cada pierna, y despues cavalgaron quatro hombres en ellos, y hiriendolos de las espuelas furiosamente, cada uno llevò su parte. Carlo Magno tenia dos Cementerios, el uno en la Ciudad de Arlès, y el otro en la Ciudad de Burdèos, y fueron estos Cementerios sagrados, y benditos de estos nombres de San Martin de Aquisgràn, San Turpin de Arlès, San Pablo de Narbona, San Saturnino de Tolosa, San Faustino de Fontiers, San Marcos de Limogenes, y San Entropio de Nantes: en ellos fueron enterrados los mas de los Christianos que murieron en Ronces-Valles. El Emperador hizo llevar el cuerpo de Don Roldàn en unas andas cubiertas de tercio-pelo negro

gro hasta Blès, à la Iglesia de San Romàn, la qual èl hizo edificar, y mandò poner encima de su sepulcro su espada, y à sus pies su cuerpo. Despues fue llevado à una devota Iglesia, que se fundò en servicio de Dios, y en memoria de esta batalla, y hizo junto à ella un rico Hospital, donde se hacen muy grandes limosnas por las animas de los Christianos, que alli murieron, como parece oy dia. Fueron enterrados en Burdèos Oliveros, Conde de Froenza; y Gui de Boy, Rey de Frisa; y Urgèl de Danois, y Christian, Rey de Borgoña; Guarin, Duque de Lorena, y Godofredo, Rey de Burdèos; Eugenio, Rey de Aquitania; Lamberto de Borges; Gayferos, y Reynaldos. Repartiò Carlo Magno muchos tesoros, y riquezas por las animas de los Cavalleros, y mandò, que la tierra al rededor de aquella tierra, y Cementerio fuesse sujeta solamente à la Iglesia. Y ordenò, que para siempre, el dia de Pascua Florida, fuessen vestidos docientos pobres, y que se dixessen trecientas Missas por las Animas de los que alli estaban enterrados. En Arlès fueron enterrados el Conde Langueros; Sanson, Duque de Borgoña; Naymes, Duque de Babiera; Alberto Borbòn, con otros cinco Cavalleros, y diez mil hombres de à pie: Constantino de Roma, fue llevado por Mar à Roma, con otros muchos Romanos; y distribuyò assimismo Carlo Magno muy gran tesoro, y dexò gran renta perpetua à la Iglesia, y Cementerio de Arlès por las Animas de sus Cavalleros.

CAPITULO LXXIX.

Como Carlo Magno se partiò de Francia para Alemania.

DEspues que Carlo Magno huvo hecho, y ordenado lo que està dicho, se partiò de Francia para Alemania, y con èl se partiò el Arzobispo Turpin; y quando llegaron à Viena, porque era viejo, con licencia de Carlo Magno se quedò en Viena, y Carlo Magno se fue adelante, y llegando à Paris, hizo llamar los Grandes de su Reyno, y todos los Arzobispos, Obispos, y Prelados, y hizo hacer Procesiones en alabanza de nuestro Criador, y de San Dionysio, y hizo constitucion, que los Reyes de Francia por venir, fuessen obedientes al Pastor, y Prelado de San Dionysio, y no pudiessen ser coronados sin el dicho Prelado, y su Consejo; y que el Obispo de Paris fuesse en Roma recibido honradissimamente; y ordenò, que todas las cosas de sus Reynos fuessen tributarias à la dicha Iglesia; y constituyò para siempre, que qualquiera esclavo, ò cautivo, que pagasse quatro dineros à la Iglesia de San Dionysio, que fuesse libre, y horro en todos sus Reynos.

CAPITULO LXXX.

Como Carlo Magno llegò à Aquisgràn en Alemania, y en ella muriò.

COmo el Emperador Carlo Magno entrò en Alemania, fue bien recibido de las Comunidades, y llegando à la Ciudad de Aquisgràn, hizo visitar las Iglesias, y Monasterios de la dicha Ciudad, y los mandò reparar, y proveer de todo lo necessario, especialmente una Iglesia de nuestra Señora, que hiciera fundar, y le diò grandes tesoros, y dotò de muy grandes rentas. Y à los setenta años de su edad, queriendo nuestro Señor dàr descanso à sus viejos, y fatigados miembros, lo llamò à su santa Gloria, año de nuestra salvacion de ochocientos y diez años. De su muerte escriviò el Arzobispo Turpin, hombre de muy santa vida, estas mismas palabras: Yo Turpin, Arzobispo de Rems, estando en la Ciudad de Viena en mi retraimiento rezando mis Horas, vide de una ventana una legion de diablos por el ayre, y que gran ruido traian entre sì, y conjurè à uno dellos, que dixessen de donde venian, y por què traian tan gran ruido? Y me respondiò, que venian de la Ciudad de Aquisgràn, adonde avia muerto un Gran Señor, y porque no pudieron llevar su Anima, iban muy enojados; y le preguntè, quien era aquel señor, y por què no podian llevar su Anima? El dixo, que era Carlo Magno, que Santiago les avia sido muy contrario. El Arzobispo le preguntò, en què manera les avia sido contrario Santiago? Y èl dixo: Nosotros, estando pensando los bienes, y males, que en este mundo avia hecho, traxo Santiago tanta madera, y tantos cantos de las Iglesias que avia fundado en su nombre, que pesaron mucho mas que los males, y assi nos quedamos sin ella: y el diablo luego desapareciò. Hase de entender por esta vision del Arzobispo, que los que edifican, ò reparan las Iglesias en este mundo, aparejan estancias, y posadas en el otro, y fueron hechas sus exequias, y honras segun à tal señor pertenecia.

LAUS DEO.